

HARLEQUIN®

Recrea el tiempo para ti™

BIANCA®

Amor en familia

Catherine Spencer

Amor en familia
Catherine Spencer

4º Mult. Se busca niñera



Amor en familia (1999)
Título Original: A nanny in the family (1998)
Serie: 4º Mult. Se busca niñera
Editorial: Harlequin Ibérica
Sello / Colección: Bianca 1031
Género: Contemporáneo
Protagonistas: Pierce Warner y Nicole Bennett

Argumento:

Pierce Warner se estaba acostumbrando a los cambios en su una vez organizada vida, ahora que era el responsable del hijo de su primo. Aparte de tener a un niño de cuatro años corriendo por toda su lujosa casa, también estaba teniendo que empezar a aceptar las órdenes de la hermosa pero terca nueva niñera.

Y pronto, además de hacer de padre, empezó a pensar en otro papel: el de marido de Nicole.

¿Querría seguir casándose con ella cuando descubriera que no le había contado un importante secreto… algo que podría explicar la buena relación que tenía con el niño?

Capítulo Uno

Debería hacer un día triste y lluvioso, con los árboles goteando como las lágrimas que ella había estado derramando toda la noche. Pero en vez de eso, hacía un día precioso, con el sol iluminando los jardines llenos de geranios y rosas tempranas.

Incluso la casa parecía sonreír, con sus paredes rosas y brillantes ventanales. Cuatro elegantes chimeneas se elevaban hacía el cielo azul y la puerta brillaba cegadoramente. ¿O era la amenaza de más lágrimas lo que la hizo parpadear cuando salió del coche?

De repente, se abrió la puerta de la casa y apareció una mujer de mediana edad. Se detuvo un momento y le habló a alguien que no estaba a la vista en el interior de la casa.

Nicole pensó que tenía todo el aspecto de una niñera; un poco regordeta, competente y alegre. Lo último que Tommy necesitaba en esos momentos de su vida era a una mujer inmersa en su propio dolor.

Parpadeó de nuevo y apartó la mirada. La voz del teléfono le había dicho que estuviera allí a las dos, y así lo había hecho ella con toda exactitud. Tenía un par de minutos para prepararse para el más difícil papel de su vida. ¿Cómo podía una persona apartar un dolor tan próximo aunque fuera por un momento? ¿Cómo iba a poder dejarlo escondido detrás de una fachada de serena capacidad?

La otra solicitante bajó las escaleras con un gran bolso en la mano. La saludó con la cabeza cuando pasó a su lado y siguió andando.

Esa mujer le parecía perfecta para el puesto. Bajo sus cuidados, Tommy aprendería a que le gustaran los guisantes y las espinacas. Cuando llorara preguntando por sus padres, lo sentaría en ese amplio regazo y lo consolaría. Pero eso no sería suficiente, sólo ella, Nicole, podría entender su pérdida y sólo ella lo podía compensar por ello.

La puerta siguió abierta y apareció otra mujer, mayor y más esbelta. Nicole se miró en el espejo retrovisor y agradeció haberse puesto el colirio para aliviar sus ojos enrojecidos. No podía permitirse tener mal aspecto.

—Usted debe de ser la joven que ha llamado esta mañana. ¿La señorita Bennett? —dijo la mujer con un leve acento británico—. Está bien que haya llegado a tiempo. El Comandante espera puntualidad.

Esas palabras la llenaron de temor y la hicieron pensar en un militar anciano y autoritario. Y Tommy tenía sólo cuatro años. ¡Pobre

niño!

—¿Han venido muchas más solicitantes para el trabajo? —preguntó rápidamente.

—Sólo tres, me temo —dijo la mujer agitando la cabeza—. Usted es nuestra última esperanza, a no ser que aparezca alguna otra inesperadamente. El Comandante Warner está un poco agobiado por haber perdido a su primo tan trágicamente y por tener que hacer de padre para el niño tan de repente.

La mujer se sacó un pañuelo de papel del bolsillo del delantal y se enjugó una lágrima.

Nicole deseó en silencio que no llorara, porque si no ella iba a empezar también y no iban a parar.

—Tengo entendido que el Comandante Warner no tiene hijos propios, ¿no es así?

—¡Cielos, no! —exclamó la mujer—. Ni siquiera está casado, ¡Aunque no porque no lo deseen algunas! Hasta ahora, sólo había ejercido el papel de tío del niño. Aunque no es que sea exactamente su tío, sino más bien su primo segundo. ¿Pero qué importa eso? Lo importante es que se tienen el uno al otro. De lo contrario, no sé cómo habrían pasado estos horribles momentos. Venga por aquí, querida el Comandante la entrevistará en la biblioteca.

Nicole siguió a la mujer por un largo pasillo con las paredes cubiertas de paneles de madera y el suelo de alfombras.

—La señorita Bennett está aquí, Comandante.

—Gracias, Janet. Hazla pasar.

La voz era profunda y rica, de alguna manera contraria a la impresión autoritaria que se había formado de él Nicole.

La mujer sonrió a Nicole animándola, luego se volvió y salió de allí.

Nicole deseó que no la dejara sola.

—¿Está usted ahí, señorita Bennett? —dijo la voz, un poco impacientemente esta vez, sugiriendo que había acero bajo tanto terciopelo.

—Sí —dijo ella entrando en la habitación.

—Entonces haga el favor de entrar.

Esta vez el acero de esa voz fue inequívoco. Alguna duda más por su parte y la entrevista podría terminar antes de empezar. Entró en la biblioteca rogando que todo fuera bien.

El hombre que se levantó de detrás de una mesa de trabajo victoriana para ofrecerle la mano no se parecía en nada a la imagen que se había hecho de él. De treinta y tantos años, alto y con los hombros anchos, con unos devastadores ojos azules y una barbilla como tallada en granito, parecía un artista de cine.

En cualquier otro momento, Nicole se habría imaginado el potencial romántico de semejante espécimen. Pero como estaban las cosas, él sólo significaba un medio y, por lo que a ella se refería, bien podría tener dos cabezas.

—¿Cómo está usted? Yo soy Pierce Warner —dijo mientras le daba la mano breve, pero firmemente—. Por favor, siéntese, señorita Bennett.

—Gracias —respondió ella, nerviosa como una adolescente.

La última vez que había estado tan nerviosa, fue cuando tuvo su entrevista final en la clínica. La tinta de su certificado de enfermera apenas se había secado por aquel entonces. Pero eso fue hacía seis años y creía que ya había superado la incertidumbre que la había asaltado entonces.

Había cuidado a niños con enfermedades terminales, había consolado a sus padres y, aunque muchas veces le había parecido que se le iba a romper el corazón, siempre había logrado controlar sus emociones. ¿Entonces por qué estaba tan nerviosa ahora?

—Hábleme de usted, señorita Bennett —le dijo el Comandante mirándola fijamente.

—Bueno —respondió ella secándose las manos en la falda—. Soy nueva en la zona.

—Eso le parece relevante, ¿no?

—Sí… hum, ¡no! Bueno, lo que quiero decir es que espero que hable con mis anteriores jefes, pero acabo de venirme a vivir a la costa oeste, así que no le puedo ofrecer ningún nombre local. Pero tengo buenas referencias.

Buscó entonces en su bolso y sacó el sobre que contenía sus cartas de recomendación y referencias y se lo ofreció.

Él lo dejó a un lado y entrelazó los dedos sobre la mesa.

—En estos momentos, estoy más interesado en oír por qué cree usted que es la persona más cualificada para el puesto de niñera en mi casa.

Ella respiró largamente, esperando que la próxima vez que abriera

la boca diera una mejor impresión. Pero una vez más, según su opinión, dijo algo equivocado.

—Bueno, yo preferiría decirle directamente que nunca antes he sido niñera.

Él entornó los párpados como si hubiera visto un barco enemigo en el horizonte.

—Eso sí que me parece relevante. ¿Le importaría explicarme entonces por qué se está molestando entonces en hacemos perder el tiempo a los dos?

—Porque tengo mucha experiencia en el trato con niños, sobre todo en los que están bajo estrés. Y soy muy consciente de que su…

—Siga, señorita Bennett.

¿Podría él ver la forma en que estaba retorciendo las manos en su regazo?

—Sé que su familia se ha enfrentado recientemente a una tragedia terrible, como resultado de la cual su ahijado ha perdido a sus dos padres. Permítame ofrecerle mis más profundas condolencias.

Él inclinó la cabeza en un gesto de aceptación. Una respuesta fría y casi displicente, si un músculo de su barbilla no hubiera traicionado sus emociones.

—He pedido una excedencia en mi anterior trabajo para venir a Oregon y estar cerca de mi familia —añadió ella acercándose tanto a la verdad como se atrevió—. De todas maneras, necesito ganarme la vida, así que, cuando supe que usted estaba buscando una niñera a tiempo completo, pensé que era un trabajo que podía llevar a cabo. Soy enfermera especializada en pediatría, Comandante Warner. Durante los últimos tres años he estado trabajando exclusivamente en la unidad de cuidados intensivos de mi hospital. Las enfermeras que trabajamos allí estamos muy acostumbradas a la muerte y aprendemos a tratar con tacto y compasión con la gente que la sufre de cerca. Si no es así, no duramos mucho. Puedo ayudar a su ahijado en estos momentos difíciles y puedo empezar a cuidarlo inmediatamente.

Por primera vez, el Comandante pareció un poco impresionado.

—¿Qué edad tiene usted? —le preguntó.

—Veintinueve.

—La madre de Tommy acababa de cumplir los veintiocho —dijo dándose la vuelta y mirando por la ventana que tenía detrás.

«Lo sé», pensó Nicole. «Era dieciocho meses más joven que yo. Su cumpleaños fue en febrero».

Pero en vez de eso, le dijo:

—Creo que puede ser mejor que lo cuide alguien cercano a la edad de su madre.

—Estoy de acuerdo —respondió él y se volvió de nuevo, tomó el sobre y extendió por la mesa su contenido—. ¿Se da cuenta de que va a tener que venirse a vivir aquí? ¿De que no va a tener mucho tiempo para pasarlo con su familia? La necesito aquí por lo menos cinco días a la semana.

El alivio casi la hizo descuidarse. No podía decirle que ella preferiría trabajar todo el día siete días a la semana.

—Por supuesto.

—Es posible que no pueda dormir mucho. Tom ha llorado por su madre todas las noches.

—Soy enfermera. Dormir mal es algo habitual en mi trabajo.

—La respuesta al anuncio que puse ha sido muy decepcionante. La mujer a la que he visto esta mañana temprano, no era mucho más que una niña. La que vino antes que usted, se había pasado once años con la misma familia y habría sido ideal para el trabajo, pero no podría empezar con él hasta finales de mes.

Nicole contuvo la respiración, sintiendo la victoria. Entonces, en alguna parte de la casa, el grito de un niño rompió el silencio.

—No creo que pueda esperar tanto tiempo —dijo el Comandante—. Supongo que debería leer estas referencias. ¿O son sólo la palabrería habitual?

—Eso es algo que usted debería decidir.

—Muy bien —respondió él encogiéndose de hombros—. ¿Desea un café o algo fresco, señorita Bennett?

—Un vaso de agua estaría bien.

La sonrisa de él le produjo unos inesperados hoyuelos en las mejillas.

—Creo que podemos conseguirle algo mejor que eso. Haré que Janet le lleve algo al patio.

Afuera, la vista le cortó la respiración a Nicole. Sobre un acantilado, la casa daba a una playa por un sendero de grava que conectaba varias terrazas. Una escalera similar a la que había delante de la casa daba a una piscina excavada en una depresión natural de la

roca, todo ello rodeado de flores. Abajo, el océano se juntaba con el cielo en el horizonte.

Janet apareció con una bandeja en las manos.

—Bonita vista, ¿verdad? —dijo dejando la bandeja en una mesa bajo una sombrilla—. Se siente la paz hasta en lo más profundo.

A Nicole no le pareció así. Estaba llena de dolor. Para ella, aquella belleza y tranquilidad eran casi una afrenta.

Janet le sirvió algo en un vaso largo.

—¿Cómo ha ido la entrevista?

—No estoy segura. Espero conseguir el trabajo.

—Bueno, querida. Le puedo decir que el Comandante no se molestaría en entretener a alguien aquí si no diera la talla. Si pensara que está perdiendo el tiempo con usted, ahora ya habría salido por la puerta. Pruebe esta limonada. Es natural.

—Gracias.

—Y le he traído también un plato de galletas. Por si quiere comer algo mientras espera.

Había desayunado hacía ya mucho tiempo y la noche anterior no había cenado, pero pensar en comida le daba náuseas. Aun así, por educación, tomó una galleta y dijo:

—Lo que realmente me gustaría sería conocer al pequeño. ¿Cree que podría hacerlo salir para que nos conozcamos?

Ya había vuelto a meter la pata. Janet retrocedió como si le hubiera hecho una proposición indecente.

—Oh, eso no lo puedo hacer, querida —exclamó anonadada—. Eso es cosa del Comandante, y si decide que es usted la mejor para el trabajo.

«Pero es mi sobrino y necesito verlo», pensó Nicole. Necesitaba tenerlo en brazos, besarlo. Necesitaba saber que no se sentía solo y abandonado.

Janet se arregló el delantal y suspiró.

—Espero que él se decida rápidamente. No me importa decírselo a usted, pero estoy muy agobiada de trabajo tratando de llevar la casa y cuidando de Tommy al mismo tiempo. Es un buen niño, pero ya sabe usted que, a esa edad, un niño sólo está tranquilo cuando se duerme.

—¿Dónde está ahora?

—Dormido. Todas las tardes se echa la siesta durante una media hora. Estoy segura de que el Comandante lo traerá para que lo

conozca, si le gusta lo que le digan de usted.

—¿Lo que le digan?

Janet se acercó y le dijo en confianza:

—Estaba llamando por teléfono cuando yo le llevé su limonada y oí que mencionaba su nombre.

El agotamiento debía de estar apoderándose de ella y no pudo evitar reírse un poco ante la idea del Comandante bebiendo limonada. ¿No sería más de su estilo una pinta de ron?

—¿Por qué lo llama el Comandante?

—Ése es su rango. Está en la Armada, ¿no lo sabía? Ahora trabaja diseñando barcos de guerra, porque tiene mal la espalda, pero fue un disgusto para él cuando tuvo que dejar el servicio activo. Sabía que quería ser marino desde que tenía la edad de Tommy. Aprendió a navegar a vela antes de los ocho años y se pasaba todo el tiempo en el puerto deportivo. Se sabía el nombre y el modelo de todos los barcos que había allí. Tan pronto como tuvo la edad suficiente, entró en la Academia Naval y, después de eso, la gloria. Es algo así como el héroe local, se podría decir.

Se acercó de nuevo a ella, como si fuera a compartir un secreto, revelado sólo a unos pocos.

—Debería ver las medallas que tiene. Estuvo en la Guerra del Golfo, ya sabe. Allí fue donde lo hirieron. Fue rescatando a uno de sus hombres de una explosión; lo condecoraron por su valor.

—Ya que estás, ¿por qué no le dices también la talla de zapatos que uso, Janet? —dijo el objeto de su conversación sonriendo.

Sus ojos eran más azules que el cielo, pensó Nicole. Y su sonrisa era deslumbrante.

—¡Oh, Comandante! —exclamó Janet ruborizándose como una colegiala—. No lo he oído salir.

—Me imagino —dijo él y se dirigió a Nicole—. Tráigase dentro la limonada y seguiremos hablando, señorita Bennett.

¿Decía él «por favor» o «gracias» alguna vez? ¿O era que estaba tan acostumbrado a dar órdenes que ni se le ocurría?

—¿Por qué no me ha dicho que trabajó en la Clínica Mayo? —le dijo él tan pronto como estuvieron sentados de nuevo en la biblioteca.

Nicole no lo pudo evitar y le preguntó antes de pensarlo:

—Eso le parece relevante, ¿no?

Él no sonrió exactamente ante esa audacia, pero los ojos le brillaron, divertidos.

—Si estuviera en la Armada, señorita Bennett, la reconvendría por insubordinación. He de preguntarme qué es lo que le atrae de este trabajo. Debe saber que está mucho más que cualificada para él.

—Sobre el papel, tal vez. Pero necesito un cambio.

—¿Y eso?

—Cualquier enfermera que trabaje en una unidad de cuidados intensivos le dirá que es muy normal acabar quemada profesionalmente. Puede pensar que terminamos siendo indiferentes a la muerte, pero no es así. Y, cuando los afectados son niños pequeños, el estrés es particularmente intenso.

Hizo una pausa, odiando el hecho de que estuviera a punto de añadir otra mentira a las que ya le había contado y deseó poder decirle toda la verdad. Pero era demasiado pronto y el riesgo era demasiado grande, así que añadió:

—Pensé que era el momento de darme un descanso.

—Se lo agradezco, señorita Bennett, y la comprendo. Pero mi principal prioridad es el bienestar de mi ahijado y me pregunto si será capaz de llenar sus necesidades emocionales. En estos momentos, necesita mucho apoyo emocional. ¿Cómo va a proporcionárselo teniendo en cuenta que acaba de admitir que está usted misma en un estado emocional un tanto frágil?

—Que necesite un cambio no altera el hecho de que ame a los niños —dijo ella, agradeciendo poder ser completamente sincera de nuevo—. Y puede estar seguro de que siempre pondré por delante los intereses de su ahijado.

—Eso espero.

Ella lo miró entonces, esperanzada.

—¿Me está diciendo que he conseguido el trabajo?

—Todavía no. Antes de tomar esa decisión, creo que debería conocer a Tom.

«¡Sí!»

—Eso estaría bien. Tenemos que ver antes cómo nos llevamos.

¡Como si hubiera alguna duda de que no lo fuera a adorar a primera vista!

—Lo traeré —dijo el Comandante al tiempo que le pasaba de nuevo el sobre con las referencias—. Puede que sea un poco tímido con

usted. Ha visto a muchos desconocidos esta última semana y, evidentemente, está confundido, pero estoy seguro de que usted lo comprenderá.

—Por supuesto.

Entonces, él se marchó y la dejó sola. Dándose cuenta de lo difícil que le estaba resultando contener sus emociones y de que el Comandante se daría cuenta de cualquier movimiento en falso, Nicole utilizó ese tiempo para recomponer su compostura. Tenía una cosa clara, no importaba lo que le costara, debía aparentar calma y tranquilidad si quería convencerlo fuera de toda duda de que ella era la mejor niñera para Tommy.

Creía que lo había logrado. Pensó en todos esos años trabajando en el hospital la ponían en buen lugar. Después de todo, Tommy era un niño saludable, no un pobre niño sin futuro. Pero cuando se abrió la puerta y vio al niño que llevaba en brazos el Comandante, se olvidó de todo; de su profesionalidad, de su investigación, de sus mentiras. De todo.

—Este es Tom, señorita Bennett.

En vez de decir algo racional, como «hola» o algo parecido, se llevó los dedos a la boca para que no le temblaran los labios y susurró:

—¡Oh! Sabía que sería guapo, pero no tenía ni idea de que fuera tan perfecto.

—Espere a que la despierte a las cinco de la mañana tres días seguidos antes de decir eso —dijo el Comandante dejando al niño en el suelo.

El niño se apoyó contra la pierna de su tío y miró a Nicole con unos ojos grandes y solemnes. El sueño se le notaba en la cara y tenía el cabello mojado por un lado por el sudor. Llevaba en la mano una manta pequeña.

La necesidad de abrazarlo, de acercarse ese pequeño cuerpo al corazón fue casi imposible de soportar. Pero no se atrevió a ceder a esa necesidad, estaba demasiado cerca de ponerse a llorar y destruir la imagen que tanto le había costado componer. Se volvió, buscó un pañuelo de papel en el bolso y se sonó la nariz.

—Perdón —dijo—. Creía que iba a estornudar.

—¿Está acatarrada?

—No. Estoy muy bien de salud —dijo y luego sonrió a Tommy—.

Hola, yo soy Nicole.
—Hola —respondió el niño.
—Tienes una manta muy bonita. ¿Te la llevas a la cama?
—Sí. Es mi mantita.
—Es una manta, Tom —dijo amablemente el Comandante—. Los niños grandes no hablan como los pequeños. Deja que vea como le das la mano a la señorita Bennett.
¡Estaba muy claro que ese hombre tenía tanta idea de cómo hablarle a un niño de cuatro años como la que ella tenía de hablarle a un orangután!
—¿Por qué no me enseñas el jardín? Si a tu tío no le importa…
—En absoluto —dijo el Comandante—. Eso les dará la oportunidad de conocerse mejor. Ve a enseñarle el jardín a la señorita Bennett, Tom.
—De acuerdo. Pero no a la piscina. No puedo ir allí. Va contra las reglas.
—No a la piscina —repitió ella—. Yo prefiero ver las flores.
El niño lo pensó por un momento y luego se adelantó y la tomó de la mano.
—Yo tengo un jardín en casa —le dijo—. He plantado cosas y luego las he regado.
—¿Sí?
—Sí, y han salido hasta árboles.
—¿Tom? —intervino el Comandante—. ¿Recuerdas lo que hemos hablado de no exagerar? Atente a los hechos, por favor.
Nicole pensó que iba a tener que ponerse una mordaza si ésa era la idea de ese hombre de cómo tratar a un niño de cuatro años. Le apretó la mano al niño para darle seguridad.
Pero eso no lo consoló.
—Sólo estaba bromeando —dijo y toda la animación desapareció de su rostro—. Mamá se reía cuando yo bromeaba con ella. Quiero ver a mi mamá. ¿Puedo irme a casa ahora?
—No para de pedirme eso —dijo el Comandante con un destello de pánico en la mirada—. Y no sé qué decirle.
—Dado que tantas ganas tiene de atenerse a los hechos, tal vez debiera decirle la verdad —dijo y luego se volvió a su sobrino—. Ahora estás viviendo aquí, Tommy, pero alguna vez podemos ir a ver tu casa, si quieres.

—¿Estará allí mi mamá?

A Nicole se le hizo un nudo en la garganta.

—No, Tommy. Pero tal vez podamos encontrar una foto suya.

—Oh. ¿Y una de papá también?

—Claro.

El niño levantó la cabeza y la sonrió.

—Las flores son rojas —le dijo.

Agradeciendo que el niño cambiara de conversación antes de que le fallaran los nervios, Nicole le dijo:

—¿Todas?

—Y amarillas y azules. Y rosas y negras.

—¿Negras? —respondió ella dejándose llevar fuera—. No creo que nunca antes haya visto flores negras. Muéstramelas.

—No hay flores negras, Tom —intervino el Comandante—. No debes decir mentiras.

¡Por favor! Nicole hizo girar los ojos en sus órbitas y se preguntó si ese hombre se acordaría de lo que era ser niño y estar en mundo lleno de maravillas, limitado sólo por su imaginación.

—Azules. Me fascinan las flores azules.

—¿Te fascinan? —dijo Nicole riéndose por primera vez desde hacía mucho tiempo.

—A veces utiliza unas palabras muy adultas —dijo el Comandante —. Luego, por alguna razón, vuelve a hablar como un niño, cosa que he de admitir que encuentro sorprendente.

—Todos lo hacen a esta edad. Comandante. No es nada raro, y dejará de hacerlo mucho antes si no le damos mucha importancia.

—Supongo que tiene razón.

—La tengo. Confíe en mí, he tratado con suficientes niños de su edad como para saberlo.

Él inclinó la cabeza y se sacó una llave del bolsillo.

—Los voy a dejar solos para que se conozcan mejor. Si quiere bajar a la playa, va a necesitar esto para abrir la puerta. Por favor, asegúrese de que luego la vuelve a cerrar. No quiero que el niño vaya a bajar sin darnos cuenta. Las olas son bastante traidoras.

Luego, los observó mientras bajaban antes de entrar de nuevo en la casa cuando la voz de una mujer que no era Janet lo llamó. Después, Nicole oyó una risa femenina. ¿Quién sería?

Esperaba que fuera la mujer con la que estuviera saliendo o

comprometido. Cuanto más ocupado estuviera con otros asuntos, menos interferiría en su relación con Tommy.

Miró al niño que tenía a su lado y el corazón se le llenó de amor. Era rubio y tenía los ojos azules, como su madre.

Deseó abrazarlo fuertemente, besarlo y decirle que lo quería, pero se recordó a sí misma que, aunque ella lo sabía todo de él, ese niño no sabía nada de ella. Semejante despliegue de afecto lo haría sentirse incómodo y eso era lo último que ella deseaba.

Cuando llegaron al final del camino y las escaleras, Tommy se soltó y corrió a la arena.

—Yo lo cuidaré, Arlene —susurró ella sin apartar de él los ojos—. A ti y a mí nos quitaron veinticinco años de saber que éramos hermanas, pero yo me aseguraré de que tu hijo nunca te olvide. Tu hijo estará a salvo conmigo.

Ésa era la promesa más sagrada que había hecho en toda su vida, y que pretendía mantener a cualquier coste.

Capítulo Dos

—Bueno, por fin han vuelto.

Todavía cegada por el sol, Nicole tardó un momento en ver a la dueña de la voz que los recibió a Tommy y a ella cuando entraron de nuevo en la biblioteca.

Estaba sentada en uno de los sillones de cuero al lado de la chimenea.

—¿Hemos tardado mucho?

—Pierce estaba punto de llamar a la Guardia Nacional —dijo la mujer, muy hermosa y elegantemente vestida—. Haberse transformado en padre de la noche a la mañana lo ha puesto muy nervioso. Tenía miedo de que usted fuera a raptar al niño.

—Lo siento si los he preocupado.

—Oh, a mí no. Pero Pierce se está tomando muy en serio sus responsabilidades y parece que se cree que tiene que estar alerta las veinticuatro horas del día. ¿Va a quedarse con el trabajo?

—Si me lo ofrecen, sí.

—Estoy segura de que sí —dijo la mujer recorriéndola con la mirada—. Ciertamente, cuenta con mi voto.

—Gracias.

—De nada. Parece que tiene todo el aspecto de seriedad que necesita el trabajo, aunque viste de una manera más elegante de lo que me habría imaginado. Siempre será mejor que se dedique usted a ello que yo, es todo lo que puedo decir.

—¿No le gustan los niños?

—Por supuesto que sí… a distancia. Pero ciertamente, no los quiero poniendo sus manos sucias por mi ropa. Yo cuidaría esa falda tan bonita si estuviera en su lugar. No durará ni media hora en este lugar.

—Ya veo —dijo Nicole, acariciándole el cabello a Tommy—. ¿Dónde está el Comandante?

—Hablando con la señorita Janet. No estaremos aquí para la cena, lo cual seguramente la disgustará.

—Ya veo —repitió Nicole, no muy segura de que esa mujer le cayera bien.

Por su expresión, estaba claro que Janet le gustaba tan poco como los niños, que no era mucho.

El silencio que siguió hubiera sido incómodo si no hubiera sido

por los pasos que se oyeron en el pasillo. Un momento más tarde, el Comandante entró en la habitación.

—Oh, ya estás aquí, querido —dijo la mujer al tiempo que se levantaba.

Era alta y tenía las piernas envidiablemente largas.

—Tu niñera ha vuelto y nuestro pequeño está a salvo, ¿no es así, Thomas?

El Comandante sonrió levemente.

—Nunca se me ocurrió que no fuera así, Louise. ¿Te has presentado ya a la señorita Bennett?

—No formalmente —dijo Louise, tomándolo del brazo—. Pero hemos estado charlando y creo que será maravillosa para este trabajo, Pierce. Ya ves lo bien que se llevan Thomas y ella.

—Estoy de acuerdo —respondió él, soltándose y señalando a Tommy—. ¿Quieres llevártelo un momento a la sala de juegos mientras yo termino de hablar con la señorita Bennett?

Louise sonrió forzadamente.

—Si me prometes no tardar mucho. Tengo que presentar una oferta para la propiedad de los Willington a las cuatro y tengo que enseñar otra propiedad a las cinco.

—Diez minutos.

Luego, él esperó a que el niño y Louise se hubieran marchado y se dirigió a Nicole.

—Bueno, señorita Bennett. ¿Sigue interesada en ser nuestra niñera?

—Absolutamente, Comandante Warner. Tommy es encantador.

Él asintió y se sentó a su mesa.

—Muy bien. Entonces, el trabajo es suyo, si acepta los términos que he escrito en este contrato.

Se lo pasó y ella hizo como si lo leyera detenidamente. De hecho, habría trabajado por nada, si se lo hubiera pedido, pero el sueldo que él le proponía era extremadamente generoso.

—Esto es más que satisfactorio, Comandante —dijo ella, decidiendo que una parte de lo que ganara iría a parar a una cuenta a nombre de Tommy.

—Entonces, trato hecho.

Firmaron el contrato y él le dio la mano.

—La espero aquí mañana por la mañana. ¿Le parece bien a las diez?

—La verdad es que podría empezar esta misma noche, si quiere. Su amiga ha mencionado que van a cenar fuera y yo podría empezar hoy mismo.

Él pareció agradablemente sorprendido.

—Gracias, estoy seguro de que Janet agradecerá tener la tarde libre.

—Entonces iré por mi equipaje —dijo ella mirando el reloj—. Tengo que hacer algunas cosas, pero puedo estar aquí a eso de las seis.

—Gracias de nuevo. Le advertiré a Janet que se queda a cenar y haré que le muestre la casa.

—Muy bien. Lo veré más tarde, Comandante.

Una vez en su coche, condujo lo más tranquilamente que pudo hasta la carretera general y esperó a que la casa desapareciera de su vista antes de soltar un fuerte suspiro.

¡Perfecto! Si podía mantener oculta su pena, el resto sería fácil. Una vez que el Comandante confiara más en ella, podría aclararle todas las mentiras y medias verdades y contarle quién era ella en realidad. La hermana de la difunta madre de Tommy.

Mientras tanto, tenía que hacer algunas compras. Ropa de trabajo sobre todo, ya que, como le había dicho la amiga del Comandante, iba demasiado elegante para tratar con niños.

—Pierce, ésta es la cuarta vez que miras el reloj en el último cuarto de hora, y estoy empezando a sentirme abandonada.

—Lo siento —respondió él sonriendo a Louise y tocó su copa con la de él en un brindis—. No me daba cuenta de que fuera tan evidente.

—Querido, la chica es tan de fiar como la Madre Teresa. Cuando volvieron de la playa, estaba encantada con Thomas y él parecía a gusto con ella. Evidentemente, se llevan bien.

—Estoy de acuerdo. Lo que me tiene tan alterado es la razón por la que la he tenido que contratar. Todavía no me acostumbro a la idea de que Jim y Arlene no van a volver.

—Lo sé. Yo tampoco me lo puedo creer.

—La muerte nunca es fácil de aceptar. Todavía me acuerdo de ese chico que perdí en mi último destino. Y ahora perder también a Jim… me siento tan impotente…

Louise se acercó más a él, hasta que sus piernas se juntaron y uno

de sus senos le rozó el brazo.

—Pierce, déjalo ya. La muerte de ese marinero no fue culpa tuya, y tampoco el accidente de tu primo. Es triste que esas cosas sucedan de vez en cuando, pero lo mejor que podemos hacer es seguir con nuestras vidas. Y, querido, tú te has transformado en una parte de la mía. Lo sabes, ¿no?

Ella aumentó la presión de su brazo, recordándole que tenía unos senos muy hermosos. Lo miró con unos ojos llenos de promesas. Él sintió cómo se despertaba su respuesta, deseando que estuvieran solos en vez de en un restaurante lleno para poder perderse dentro de ella. Tal vez así pudiera olvidar, aunque fuera por sólo unos minutos, la imagen de Jim y Arlene cuando tuvo que ir a identificarlos.

—¿Cuánta hambre tienes, Louise?

Se habían hecho amantes haría cosa de un mes, y ella sabía perfectamente lo que quería decirle con eso.

—Estoy hambrienta. Pero no de comida. Vámonos, Pierce.

Ella vivía a un kilómetro de él, en una casa en la que se había gastado una pequeña fortuna renovándola. Todo en ella reflejaba sus gustos sibaritas.

—Hay copas y Champán enfriándose —le dijo señalándole el pequeño frigorífico cuando estuvieron en su dormitorio—. Volveré dentro de un momento.

Él descorchó el Champán, lo dejó en una cubitera con hielo y encendió las velas. Se acercó a la ventana y se soltó la corbata antes de mirar su reloj una vez más. Eran casi las nueve. ¿Estaría ya Tom preparado para pasar la noche? ¿Debía llamar para asegurarse de que todo iba bien con la nueva niñera?

Era una chica bonita y parecía suficientemente capaz. No era que los dos fueran familia, pero le parecía que sería más fácil para un niño de cuatro años aceptar a alguien que se pareciera a su madre que a alguien que podría ser su abuela.

No era que la señorita Bennett, morena y de ojos oscuros, se pareciera mucho a Arlene, que era rubia. Pero eran más o menos de la misma edad y de una altura y peso similares.

—¡Vaya, Pierce, aquí estoy yo lista para ser seducida y tú ni siquiera te has quitado los zapatos!

Louise volvió al dormitorio, semivestida con uno de sus flotantes camisones que revelaban más que tapaban y que él sólo había visto

antes en los carteles que se ponen en los camarotes de los barcos. Lo único que tenía que hacer era soltarle la pieza que lo mantenía unido y todo caería a los pies de ella. Ese pensamiento, unido a la generosa cantidad de piel que podía ver ya, debía de ser suficiente para animarlo.

Pero no fue así.

—Serviré el Champán —dijo.

Entonces supo por la forma en que ella se tumbó en la cama que no le había gustado nada esa táctica para perder tiempo.

—¿No te vas a reunir conmigo, querido? —dijo mientras aceptaba su copa—. Me siento sola en esta gran cama sin ti.

Antes de poderlo evitar, él miró de nuevo su reloj.

—Sólo son las nueve y cinco, Pierce —protestó ella—. Nadie va a llamar a la policía para que te busquen si te quedas una o dos horas más.

Estaba molesta y no la podía culpar por ello.

—Lo siento —dijo de nuevo y se tumbó en la cama colocándose una almohada tras la cabeza. Era la única mujer que había conocido que, de verdad, usaba sábanas de seda. Las encontraba demasiado deslizantes.

—Estás perdonado —respondió ella sonriendo y empezó a desabrocharle la camisa—. Pero que no vuelva a suceder.

Sus manos eran frías y muy hábiles. ¿Lo serían las de la niñera? ¿Sujetaría bien a Tom cuando lo sacara de baño?

Agitó la cabeza, irritado. ¡Por supuesto que lo haría ¡Era una enfermera, por Dios!

—Vuelve, querido —susurró Louise acariciándole el pecho con las uñas.

—Hey —exclamó él atrapándole la mano—. ¿Funciona aquí el teléfono? Quiero decir que, si alguien quisiera ponerse en contacto conmigo, ¿podrían hacerlo?

—Pierce —respondió ella suspirando—. Estamos en mi casa. ¿Ha estado desconectado el teléfono alguna vez?

—No.

Lo cierto era que, la primera vez que hicieron el amor, ella había recibido una llamada de un cliente. Ella había logrado establecer una cita como si nada. Pierce no había sabido entonces si sentirse sorprendido o insultado.

—Entonces, ¿por qué no te relajas y empezamos a pasárnoslo bien?

Ella tenía unas piernas increíbles. Un hombre tendría que estar muerto para no responder a esa visión.

—Muy bien —dijo él, dejando su copa en la mesilla—. Ya hemos perdido demasiado tiempo charlando.

—Gracias a Dios has recibido por fin el mensaje. Quítate los pantalones, Pierce. Aunque me encanten los hombres de uniforme, uno completamente vestido no me apetece nada en estos momentos.

Sus manos se deslizaron para soltarle el cinturón. Aquello debería despertar de una vez su respuesta. Pero esa noche él no lograba excitarse. Como ella misma descubriría muy pronto.

Le abarcó el rostro con las manos y la besó con mucha decisión. Pero nada.

Finalmente, Pierce se apartó, le tomó las manos y la mantuvo a distancia.

—Lo estamos intentando demasiado.

—¿Por qué, Pierce? —murmuró ella—. ¿Es que he perdido atractivo?

—No es culpa tuya —respondió él mirando de nuevo su reloj—. Tengo demasiadas cosas en la cabeza ahora.

—Y yo, evidentemente, no soy una de ellas.

No podía culparla por estar molesta. Estaban en la cama porque lo había sugerido él.

—Deja que llame a casa. Cuando sepa…

—¡Olvídalo! Francamente, ya no eres el único que no tiene ganas. Buenas noches, Pierce. Llámame cuando estés listo.

Cuando él llegó a su casa, la luz de la habitación de la niñera estaba encendida. Tratando de no despertar a Tom, que había estado durmiendo muy mal toda la semana, Pierce se detuvo delante de la puerta y se quedó sorprendido cuando la vio entreabierta. Había dado por hecho que ella ya estaría acostada, pero estaba sentada en el pequeño salón que daba a la parte trasera de la casa y al mar.

Llevaba una larga bata azul y unas zapatillas blancas. Su largo cabello oscuro le caía sobre los hombros en suaves ondas y en su rostro no quedaba nada del poco maquillaje que había llevado anteriormente. Estaba leyendo una carta y había otras en su regazo.

Tenía en las manos una taza humeante.

De repente, levantó la mirada y pareció sorprenderse por ser observada. Entonces, él se dio cuenta de que había estado llorando.

—Lo siento —murmuró él abriendo un poco más la puerta—. No quería interrumpir. Sólo me estaba preguntando cómo se las había arreglado con Tom. Parece preocupada. ¿Se lo ha hecho pasar mal?

—No —respondió ella haciendo un esfuerzo por mantener la compostura—. No es eso. Ha sido muy bueno.

Él se encogió de hombros, impotente. Nunca sabía lo que hacer con las mujeres que lloran; no eran algo muy habitual en un buque de guerra.

—Bueno, si no ha sido Tom, ¿entonces qué? ¿Se está pensando mejor lo del trabajo?

—No.

Ella dejó la taza sobre la mesa y se secó los ojos con un pañuelo de papel. Se quedó en silencio por tanto tiempo, que él pensó que la conversación había terminado, pero entonces ella pareció llegar a alguna decisión y habló de nuevo.

—Creo, Comandante Warner, que hay algo que usted debiera saber.

—La escucho —dijo él cruzándose de brazos.

El aspecto de ella indicaba problemas.

Ella se sonó la nariz antes de continuar.

—No he sido exactamente sincera, me temo.

Aquélla no era de la clase de noticias que a él le gustara oír. Era un hombre muy directo y sincero y no le gustaba la gente que no hiciera lo mismo.

—¿En qué aspecto, señorita Bennett?

—Bueno…

—Por favor, continúe.

—Recientemente he sufrido una… hum…

¿Una qué? ¿Una condena por maltratar niños? ¿Una crisis nerviosa? ¿Negligencia en el trabajo?

—Sucedió algo… —dijo ella bajando la mirada a las cartas que tenía en su regazo.

¡Por supuesto! Había recibido una carta cortando una relación o algo así y era por eso por lo que estaba llorando. Había visto eso muchas veces y reconoció los síntomas. Había visto a hombres hechos y derechos caer llorando de rodillas al leer en una carta que eran

historia en la vida de alguna mujer.

—Así que es por eso por lo que se fue de Minnesota.

Ella lo miró sorprendida.

—¿Qué?

—Quería empezar de nuevo.

—Sí —respondió ella mirándolo suspicazmente—. Pero ya había decidido hacer eso antes…

Estaba claro que iba a empezar a llorar de nuevo.

—…Antes de que él le rompiera el corazón —terminó por ella.

Lo cierto era que él pensaba que ir directamente al grano era mejor que andarse por las ramas.

Ella siguió mirándolo como si creyera que estaba un poco loco.

—No, alguien de mi familia murió.

—Oh. La verdad era que había pensado que algún tipo la había dejado.

Entonces ella se rió tristemente.

—No, me temo que no es nada tan sencillo.

—Lo siento, señorita Bennett. No he querido tomarme a la ligera su pérdida.

Una nueva oleada de lágrimas se asomó a los ojos de ella.

—Lo cierto es que mis emociones están muy cerca de la superficie en estos momentos.

—Ya me doy cuenta.

Sin que ella lo invitara, entró en la habitación y se sentó en el quicio de la ventana antes de añadir:

—¿Qué puedo hacer para facilitarle las cosas?

Ella agitó la cabeza, y eso fue suficiente para que las lágrimas le corrieran por las mejillas.

—Nada.

¿Debía dejarle un hombro sobre el que pudiera llorar? ¿Darle palmaditas en la espalda? ¿Acariciarle ese hermoso cabello y murmurarle palabras de consuelo?

Ese pensamiento le afectó más profundamente que el anterior encuentro íntimo con Louise. Se apresuró a darle otro pañuelo y deseó haber esperado hasta la mañana para tener esa conversación.

—¿Qué es eso que está bebiendo?

—Una infusión. Pensé que me ayudaría a dormir. Espero que no le importe que haya buscado en la cocina.

—En absoluto, ¿pero qué le parecería una copa de coñac en su lugar?
—No, gracias. No bebo mucho.
—Eso está bien. Pero puede que, por una vez, en estos momentos no esté mal hacer una excepción. De hecho, a mí tampoco me vendría mal.
Antes de que ella pudiera protestar más, él le puso otro pañuelo en la mano y salió de allí. De camino al piso de abajo, asomó la cabeza por la puerta de la habitación de Tom y vio que estaba dormido. A través de la puerta de Janet, oyó sus ronquidos.
Cuando volvió, ella ya tenía controladas las lágrimas. Incluso logró sonreír.
—Tome —le dijo ofreciéndole la copa—. Bébase esto y le prometo que dormirá como una niña.
Ella dio un trago e hizo una mueca.
—Le pido disculpas. Comandante Warner. Normalmente no suelo estar en este estado emocional.
—¿Por qué no dijo nada esta tarde? ¿Pensó que la rechazaría por haber sufrido una tragedia familiar?
Ella dudó antes de responder y él pensó que había visto una expresión como de culpabilidad cruzar su rostro, pero no pudo estar seguro.
—Los detalles privados no entran en estas entrevistas —dijo ella por fin.
—A veces sí, sobre todo si afectan a la habilidad de una persona para cumplir con su deber.
—¡Oh, no voy a permitir que eso suceda! —exclamó ella alarmada —. Nunca haría nada que perjudicara el bienestar de Tommy.
Parecía tan sincera, que él no tuvo más remedio que creerla.
—La creo, señorita Bennett.
—¿De verdad?
—De verdad. Mire, comprendo muy bien la sensación de pérdida que queda cuando alguien muere, pero la única manera de soportarlo es seguir adelante, porque seguir mirando atrás a lo que hemos perdido es demasiado doloroso.
Ella se levantó de la silla donde estaba sentada y apretó juntas las manos. Él se dio cuenta entonces de que eran tan finas y suaves como se había imaginado.

—Tiene razón. Gracias, Comandante, le juro que no se va a arrepentir de haber dejado a mi cuidado a Tommy.

—No espero hacerlo. Buenas noches, señorita Bennett.

Él se volvió y estaba casi en la puerta cuando ella lo hizo detenerse con una última pregunta.

—Por favor, ¿le importaría llamarme Nicole?

Fue extraño el efecto que tuvieron en él esas palabras. Había algo en su voz que le dijo más claramente que nada de lo que ya le había dicho que estaba profundamente dolida y que estaba luchando con todo su ser para soportar ese dolor.

—Nicole —dijo él, gustándole la cadencia de ese nombre y cómo sonaba.

Avergonzado por encontrarse mirándola a los ojos como si estuviera hipnotizado, se aclaró la garganta y dijo bruscamente:

—Bueno, si nos dejamos de formalidades, supongo que, como va a formar parte de la familia ahora, me puedes llamar Pierce.

—Sí —respondió ella sonriendo levemente—. El nombre te pega.

El instinto le dijo que no tenía que preguntar, pero ganó la curiosidad.

—¿Cómo es eso?

—Todo en ti es muy directo. Contigo una mujer sabe dónde está y a qué atenerse. Yo admiro eso en un hombre.

También había unas cuantas cosas que él admiraba en ella. Su cabello, por ejemplo. Y el óvalo de su rostro. Y sus largas y oscuras pestañas. Si no hubiera sido por el hecho de que ella se había quitado todo el maquillaje, podía pensar que eran postizas o algo así. En cualquier caso, añadían dramatismo a sus ya encantadores ojos.

Pero era más que su rostro lo que encontraba atrayente, pensó, recorriéndola con la mirada. Tenía la clase de cuerpo que despertaba los instintos masculinos de protección. Su cintura era tan delgada como la de una niña, sus caderas una suave sombra bajo esa amplia bata; y sus senos… Eso no era cosa suya.

Se volvió a aclarar la garganta.

—Sí, bueno. Buenas noches, Nicole.

—Buenas noches, Pierce.

—Que duermas bien.

—Lo intentaré.

Cerró la puerta cuando él salió y se apoyó contra ella, dejando escapar un suspiro de alivio, ¿Cómo podía haber estado tan cerca de destruir su cobertura, sabiendo lo que podía perder si lo hacía? El caso era que él la había pillado en un momento de debilidad y eso, combinado con la comprensión que él había mostrado, casi la habían convencido para hacerlo.

Se había dado cuenta inmediatamente de su error. ¿Cómo habría reaccionado él si hubiera terminado con lo que le iba a decir? No se atrevía ni a pensarlo. Probablemente en esos momentos estaría haciendo la maleta.

Después de todo, había elegido ignorar la advertencia de su madre cuando había hablado anteriormente con ella por teléfono.

—Estás pensando tonterías —le había dicho Nancy Bennett cuando le contó su plan—. Has ido a Oregón esperando reunirte con una hermana a la que habías perdido hace mucho tiempo y sólo para encontrarte con que la has vuelto a perder, pero esta vez permanentemente. Toda esa tragedia te está afectando. Acláralo todo ahora, querida, antes de que tus mentiras te atrapen.

Pero la tarde que había pasado con Tommy había ablandado sus defensas.

Se habían llevado bien instantáneamente, como tía y sobrino. Le encantaba todo de ese niño, su forma de hablar, su curiosidad y confianza.

—¿Nicole? —le había dicho él mientras cenaban.

—¿Sí?

—¿Vas a quedarte aquí esta noche?

—Sí. Y mañana también.

—Oh. ¿Nicole?

—¿Dime?

—¿Vas a dormir con el tío Pierce?

Entonces ella casi se había atragantado.

—No, Tommy.

—¿Por qué no?

—Porque yo tengo mi propia cama en mi propia habitación.

—Mamá dormía con papá.

—Ya lo sé. Se hacían compañía.

—¿Nicole?

—¿Sí, Tommy?
—Por la mañana podemos ir a nadar.
—Eso estaría bien.
—Pero sólo si tú estás conmigo. Tío Pierce dice que es muy, muy peligroso que vaya sólo a la piscina.
—Y tiene razón. Ahora, si ya has terminado de comer, ¿qué te parece si recogemos la mesa para que Janet no tenga que hacerlo?
—De acuerdo.
Y así lo hicieron. Janet, que había estado planchando en la cocina mientras observaba cómo hablaban sin intervenir, no hizo ningún comentario.
Cuando Nicole le había preguntado antes por qué no cenaba con ellos, ella le dijo:
—Es mejor que estén juntos a solas para que se conozcan mejor y lo más rápidamente posible. El pobrecillo necesita a alguien que le pueda dedicar toda su atención por un tiempo, y yo no puedo. Es así de simple. Me alegro de que usted haya venido.
Nicole le había agradecido entonces la confianza que mostraban esas palabras. Luego, había bañado a Tommy y le había leído un cuento hasta que se quedó dormido.
Esos últimos minutos habían sido preciosos para su intimidad con el niño.
—¿Nicole? —le había dicho él apretando su mantita.
—¿Sí?
—¿Mañana va a venir mamá a casa?
—No, pero yo estaré aquí. ¿Qué vas a querer desayunar cuando te despiertes, Tommy?
—Tortitas. Y sirope.
—Entonces eso será lo que desayunes.

Y así fue. Cada día durante el resto de la semana.
Pierce siempre desayunó con ellos y, también estuvo a menudo para cenar.
—¿Le viene bien a él todo eso? —preguntó a la tercera mañana—. ¿No debería comer algo más completo?
—No cuando hace tanto calor, Pierce. Y sólo le doy un poco de sirope. Siempre que se cepille los dientes no le pasará nada.

—Bueno, tú eres la enfermera —dijo él dudosamente—. Supongo que sabes lo que haces.

Pero realmente él no se creyó eso y continuó haciéndole preguntas sobre cualquier cosa, desde las veces al día que cambiaba de ropa a Tommy hasta el tiempo que tardaba el niño en comer.

—Veinte minutos deben ser más que suficientes para que cualquiera limpie su plato —dijo irritado el viernes, cuando Tommy tardó bastante en terminar—. Mi tripulación podría comerse cuatro veces esa cantidad en la mitad del tiempo que él.

—Dado que no está en la Armada, no creo que tenga importancia. En cualquier caso, las horas de las comidas no han de verse reducidas a carreras para ver quien termina antes. Deberían ser ocasiones sociales.

Pierce había dejado la conversación, pero la mirada que le dedicó la hizo recordar que él era el jefe y ella tomó buena nota de no olvidarlo. No lo podría soportar si la despidiera.

Las siguientes ocho semanas pasaron a toda velocidad, pero aunque el dolor de la pérdida de su hermana no desapareció, a Nicole le resultó más llevadero por la presencia de Tommy. Aparte de la casi confesión de la primera noche, se ajustó bien a su papel de niñera. Estaba segura de que nadie sospechaba que el afecto que le demostraba al niño provenía de otra cosa más que de la pura dedicación a su trabajo.

Entonces, ¿por qué mientras un miedo desaparecía, otra especie de incomodidad tomaba su lugar? ¿Por qué no era tan feliz como podía esperarse al vivir tan cerca de su sobrino y en un lugar tan hermoso?

No se atrevía a dar una respuesta. El problema era Pierce Warner. No porque tan a menudo pareciera olvidarse de que ya no estaba en la Armada y no se diera cuenta de que los niños de cuatro años no eran marineros en miniatura, con una disposición innata para el respeto estricto a las reglas. Eso lo podía soportar y controlar, aunque diplomáticamente.

Lo que no podía analizar objetivamente eran los ataques de envidia que le daban cada vez que Louise Trent aparecía y demostraba su posesión sobre Pierce con una decisión que era como si le dijera al mundo entero que apartara las manos de él, que era suyo.

Igual de difícil de soportar le resultaba el hecho de que, mientras

que ella iba por la casa vestida apropiadamente de niñera, Louise iba a la última moda, luciéndose todo lo que podía.

Mientras que Louise se cuidaba mucho de exponer su delicada piel al sol, ella cada vez estaba más morena por perseguir a Tommy por el jardín y la playa. Lo cierto era que se sentía como una sirvienta de pueblo en contraste con Louise que, evidentemente, se sentía como la señora de la casa.

Nicole trató de racionalizar sus sentimientos de la mejor manera que podía. Se dijo a sí misma que le molestaba porque Tommy se merecía tener cerca a Pierce más tiempo, en vez de tener que conformarse con una rápida visita entre las horas de trabajo y los planes que Louise tuviera para la velada.

Pero esos razonamientos cayeron por su propio peso cuando se descubrió despierta, esperando oír la puerta del garaje, indicando que Pierce estaba de vuelta y preguntándose lo seria que sería su relación con esa mujer y si se acostaban juntos.

Una vez que esas preguntas le entraron en la cabeza no hubo forma de escapar de ellas y, para su vergüenza, encontró la manera de lograr las respuestas. Una mañana, a primeros de julio, cuando Janet se reunió con ella en el patio para tomarse un café de media mañana, le dijo rogando que sonara como simple curiosidad:

—El Comandante y la señorita Trent, ¿piensan casarse pronto?

—Si ella encuentra la manera, lo harán. Esa mujer le clavó las garras desde el primer momento en que lo vio.

—Oh, ¿se conocen desde hace mucho?

—Unos seis meses. Se conocieron cuando él volvió de la marina y empezó a buscar un lugar donde vivir. Ella le encontró esta casa y se hizo indispensable mientras tanto.

Nicole sonrió. No era la primera vez que Janet le había dado a entender lo poco que le gustaba esa mujer.

—¿Dónde encajarías tú si ella se transformara en la señora Warner?

—No encajaría —respondió Janet sin dudarlo—. Me marcharía antes de que ella me echara. Fui el ama de llaves de los padres del Comandante desde que él tenía catorce años y trabajaría muy a gusto para él hasta que me jubilara, ¡pero esa cursi…!

Janet se interrumpió entonces, sonrió y añadió:

—Por supuesto, las cosas ya no van tan bien como ella quisiera —dijo señalando a donde Tommy estaba jugando—. Heredar un hijo

ajeno no formaba parte de sus planes, pero actúa muy bien cuando el Comandante está presente. Aunque supongo que eso ya lo habrás visto tú por ti misma. No me pareces una persona a la que se le pasen muchas cosas que tengan que ver con ese niño.

—No. La verdad es que ha sido por eso por lo que te he preguntado si la relación va en serio.

Nicole dijo eso y trató de creérselo. ¿Qué clase de idiota podría permitirse que le gustara un hombre que ya estaba enamorado de otra?

Pero continuó sintiendo envidia. Lo cierto fue que se transformó en puros celos. Y, sin saber cómo había sucedido, se encontró con que estar con Tommy no era suficiente para llenar sus necesidades. A veces ansiaba tener los brazos de un hombre rodeándola, los labios de un hombre sobre los suyos.

Y, específicamente, quería que fueran los brazos y labios de Pierce.

Se sentía tan avergonzada de sí misma, tan mortificada… Su único consuelo estaba en el hecho de que Pierce no tenía ni idea de lo que ella sentía por él.

Desafortunadamente, Louise Trent sí.

Capítulo Tres

Nicole siempre había creído que las mujeres son más intuitivas que los hombres y Louise demostró que no era una excepción. Su radar incorporado empezó a detectar señales de peligro tan pronto como la misma Nicole se dio cuenta de lo que sentía y dejó de ser cordial con ella.

Al principio, trató de dirigir sus ataques a través de Pierce.

El sábado, cuando llegó inesperadamente y se lo encontró compartiendo unos sándwiches en la piscina con Nicole y Tommy, dijo:

—Cielos, querido, menos mal que he pensado pasarme por aquí para irnos a almorzar.

—¿Por qué no te quedas con nosotros? —le sugirió Pierce ofreciéndole un asiento—. Tenemos mucha comida y té helado.

Louise miró con cara de asco los sándwiches y se estremeció.

—En el Club Náutico hay ensalada de cangrejo, Pierce.

—Lo siento, Louise, le prometí a Tommy que le daría unas clases de natación esta tarde.

Ella observó entonces la escena. Nicole se pudo imaginar perfectamente el cuadro que ofrecían los tres, rodeados de toallas, frascos de loción para el sol y juguetes hinchables para el agua. Bien podía ser una escena perfectamente familiar, siendo Louise la intrusa. Y estaba claro que ésa no era una imagen que le gustara a ella.

—¿Por qué tú, Pierce? —preguntó.

—¿Y por qué no?

—Porque no veo el sentido de contratar a un perro si tienes que ladrar tú mismo.

Ese fue un insulto calculado que resultó más ofensivo por la forma en que miró a Nicole, cosa que a Pierce no le pasó desapercibida. El hombre de familia sufrió entonces un cambio y apareció otra persona, el oficial de la Armada, nada acostumbrado a que sus decisiones se cuestionaran.

Dejó el sándwich que estaba a punto de morder y la miró de una forma que sólo un tonto no habría percibido como peligrosa. Luego miró a Nicole.

—¿Un perro, Louise?

El ambiente se llenó de hostilidad. Sintiéndose de repente desnuda ante semejante escrutinio, Nicole buscó su camiseta, a pesar de que el

traje de baño de una pieza que llevaba era muy decente.

Tommy rompió esa tensión.

—¿Dónde está el perro? —preguntó lleno de esperanza.

—Es sólo una forma de hablar, Thomas —dijo Louise—. Realmente no hay ningún perro por aquí.

Pero aunque se rió, el brillo de sus ojos era tan acerado como el de Pierce, haciendo que Nicole supiera sin ninguna duda que la mujer que había empezado siendo su aliada ya no lo era precisamente.

Una leve sonrisa se asomó a los labios de Pierce.

—Bueno, tal vez debiera haberlo. Nicole, ¿qué te parecería si compráramos un cachorro?

—Creo que sería maravilloso. Yo apostaría por cualquier cosa que ayudara a Tommy a pasar los próximos meses.

Louise pareció como si fuera a explotar, aunque no se podía decir si era porque no le gustaran los perros en general o sólo porque pensaba que aquello era como una invasión de su territorio.

—¡Oh, Pierce! —exclamó—. ¿Realmente crees que es una buena idea? Quiero decir, querido, que te lo pienses. Habrá pelo de perro por todas partes y huellas de barro. Eso por no mencionar los accidentes que pueden suceder en las alfombras.

Tommy levantó de nuevo la cabeza, menos entusiásticamente esta vez.

—Mamá y papá tuvieron un accidente. No van a volver a casa nunca más.

—Oh, Tommy —dijo Nicole tomándolo en su regazo—. Esa fue una clase distinta de accidente. Si tenemos un cachorro, no le va a pasar nada malo. Tío Pierce y yo nos aseguraremos de eso.

—Estoy hablando de la clase de accidentes que suceden cuando un animal hace sus necesidades en los sitios más inadecuados, Thomas —intervino Louise mirando fríamente a Nicole.

Pero Tommy siguió agarrado a Nicole.

—Lo está confundiendo, señorita Trent. Sólo tiene cuatro años y lo está pasando muy mal tratando de sobrellevar la catástrofe que ha sucedido en su vida. Hemos de tener mucho cuidado para no incrementar inadvertidamente sus aprensiones.

—Gracias por la corrección, señorita Bennett —contestó ella sarcásticamente—. No me puedo imaginar cómo nos las podríamos haber arreglado sin usted. Pierce, ¿estás seguro de que no te puedo

convencer de que te vengas a almorzar al club?
—Hoy no, Louise —dijo él tomando a Tommy del regazo de Nicole y colocándoselo en el hombro—. Una promesa es una promesa y ya es hora de esa lección de natación. Pero tú puedes ir.
—Lo haré. Sólo hablaré unos minutos con la señorita Bennett mientras vemos la lección —dijo ella mandándole un beso—. Te veré más tarde. ¿A eso de las seis?
—Bueno.
En el momento en que él estuvo fuera del alcance de la voz, empezó la ofensiva.
—Así que dígame, ¿siempre se toma un interés tan personal en sus pacientes, señorita Bennett?
—Sí. Aunque no es que vea exactamente a Tommy como un paciente.
—¿No? ¿Entonces cómo lo ve?
—No estoy segura de comprenderla.
—Oh, creo que me comprende, querida. Su relación con Thomas no es natural. Nadie entra en una casa y se hace con un niño tan rápidamente como usted lo ha hecho… a no ser que haya algún propósito oculto. Entre mujeres, Nicole, ¿qué es lo que quieres realmente de este trabajo?
A pesar del sol, Nicole sintió frío, temiendo que la otra mujer hubiera descubierto su secreto de alguna manera. Pero prevaleció el sentido común, Louise no estaba interesada en Tommy, su única preocupación era Pierce.
—No hay ningún propósito oculto, señorita Trent. Sólo le estoy dedicando la misma atención que le he dedicado siempre a los demás niños a mi cuidado.
—¿Así que lo que te importa es el niño?
—Sí.
—¿Y Pierce?
Nicole se levantó rápidamente, antes de ruborizarse y empezó a recoger las bandejas del almuerzo.
—El Comandante es simplemente mi jefe.
Eso era cierto. Él no había hecho ni dicho nada para hacerla creer otra cosa. Su primera preocupación era construir un hogar para Tommy y ella era sólo un accesorio. Un accesorio del que podía prescindir si no le servía satisfactoriamente.

A la luz del día, sus pensamientos nocturnos hacia él se revelaban como lo que eran en realidad, fantasías ridículas de la misma clase de las que tenían las enfermeras jóvenes con los médicos y que a ella le gustaba pensar que había dejado atrás hacía años. Louise Trent no tenía nada que temer de ella.

—Me encantan los niños —dijo—. Les he dedicado toda mi vida adulta.

—Muy noble por tu parte. Y muy inteligente también.

—¿Inteligente?

—Bueno, querida. A Pierce le costaría justificar tu presencia aquí si Thomas se pusiera a llorar cada vez que te viera, ¿no? Y así está en deuda contigo. Lo mismo que yo. Tú competencia y dedicación nos permite a Pierce y a mí continuar con nuestra relación sin temor de que Thomas esté desatendido. Los dos te estamos muy agradecidos. Estoy segura de que comprendes lo que te estoy diciendo, ¿no?

—Perfectamente —respondió Nicole manteniéndole la mirada sin pestañear—. Tres son multitud.

La sonrisa de Louise fue casi tan sutil como la de una tigresa enseñando los dientes.

—¡Muy bien, querida! No me gusta nada insistir en las cosas. Eres una chica perceptiva, Nicole.

Y Nicole lo que pensó fue que era una mentirosa mientras la veía alejarse. Estaba mintiéndole a todo el mundo, incluida ella misma. Y no se podía permitir convertir en enemiga a una mujer que podía obstaculizar de tal manera sus planes.

—¡Nicole! —le gritó Pierce desde la piscina—. Hay alguien aquí que quiere tu compañía.

La asaltó la tentación. ¿Qué tenía de malo, después de todo? ¿No era para eso para lo que la habían contratado? ¿Para hacer de madre del pequeño?

Sí, dijo la voz de su sentido común. Pero no si, mientras tanto, se olvidaba de que el papel de Pierce no era precisamente el de su pareja. Estaba saliendo con otra mujer. Iba a pasar la velada con ella… tal vez la noche entera. La verdad era que tres no eran una multitud en ese caso. Pero la tercera parte no era ella. Lo era Louise y no iba a renunciar fácilmente a ese puesto.

—Vamos, Nicole. ¿Por qué no vienes?

Sonrió con esfuerzo y recogió las fuentes.

—Le he prometido a Janet que la ayudaría a preparar el postre de esta noche. Me ocuparé de Tommy más tarde, cuando tú ya estés listo para salir.

Él se encogió de hombros.

—Si es eso lo qué quieres…

No lo era. Pero lo que quería no lo podía tener.

Él no volvió a casa hasta pasada la una de la madrugada. No era que Nicole se hubiera pasado todo el tiempo observando el reloj, pero Tommy se había despertado llorando y estaba de camino a su habitación cuando Pierce apareció en lo alto de las escaleras.

—¿Qué pasa? —preguntó él en voz baja acercándose a ella—. ¿Está enfermo Tom o algo así?

—Creo que está teniendo una de sus pesadillas. Lo he oído llorar por el interfono.

—Pobre niño. ¿Quieres que te eche una mano para tranquilizarlo?

—Me las puedo arreglar sola.

—Estoy seguro de ello, Nicole, pero puede que se sienta mejor teniéndonos a los dos allí.

—Bueno, como quieras.

Nicole no se pudo resistir a añadir:

—Eso es, si no estás demasiado cansado.

Seguramente, él habría advertido el sarcasmo, pero a Nicole no le dio tiempo a decir nada más al respecto, ya que se apresuró a entrar en la habitación de Tommy.

El niño tenía todas las sábanas revueltas y el rostro lleno de lágrimas.

—Está muy oscuro —gimió—. Quiero que venga mi mamá.

Nicole lo tomó en brazos y lo acunó.

—Tommy, despierta. Estabas soñando de nuevo, pero ahora yo estoy aquí.

—Mamá me ha olvidado. Me ha dejado solo.

—No estás solo. Tío Pierce y yo estamos aquí.

—Déjame a mí —dijo Pierce sentándose también en la cama y extendiendo los brazos.

Pero Tommy no la soltó. Sin saber qué hacer, Pierce se levantó de nuevo y empezó a pasear por la habitación. Luego, volvió otra vez a

la cama.

—¿Qué puedo hacer? —murmuró para sí mismo—. Si lo supiera, haría lo que fuera, sin importar lo que costara.

—Está aquí para él, Pierce —dijo Nicole comprendiendo su frustración y compartiéndola—. Quiérelo, ámalo. Es lo único que podemos hacer.

Un espasmo de ira cruzó el rostro de él.

—No es suficiente. Necesita a su padre y a su madre. Se los merece.

—Sí —respondió ella sin dejar de acunar a Tommy.

Los sollozos fueron remitiendo, pero aún seguía estremeciéndose ocasionalmente.

Pierce los observó seriamente.

—Que Dios me ayude si alguien le vuelve a hacer daño… Mejor sería que se apartaran de mí porque no creo que me pudiera contener.

Aquella no era una advertencia dirigida a ella. Racionalmente, Nicole lo sabía, pero aun así, el espectro de sus mentiras flotó entre ellos. ¿Cómo reaccionaría él si…? ¿Cuando lo descubriera todo?

—¿Por qué no te vas a la cama? —le preguntó—. No tiene ningún sentido que los dos estemos despiertos.

—Esperaré hasta que se tranquilice.

—Después de una de estas pesadillas, puede que tarde en dormirse.

—¿Pretendes quedarte con él mientras esté despierto?

—Por supuesto.

—¿Y si no se duerme? ¿Y si te pasas toda la noche despierta con él?

—Me lo llevaré a mi cama si es necesario.

—¿Estás segura de que es una buena idea?

—¿Por qué no? Sólo tiene cuatro años. ¿Qué puede tener de malo?

—No es necesario mimarlo, Nicole.

—Me parece que es una pequeña concesión si lo ayuda a superar la pérdida de sus padres, ¿Y no fuiste tú el que dijo que harías lo que fuera necesario por él?

—Sólo me estaba preguntando si no nos estaríamos pasando un poco. Tendremos problemas si estas cosas se transforman en hábitos, eso es todo.

Estaban suficientemente cerca como para que a ella le llegara el olor de su loción para después del afeitado. Y, si aquello no era suficiente, se dio cuenta de que, en algún momento de la velada, él se

había quitado la corbata; sobresalía del bolsillo de su chaqueta. Aquello la molestó extrañamente.

—Eso suena a lo mismo que habría dicho tu amiga Louise.

—De hecho, hemos hablado de eso.

—¿Eso? ¿De qué?

—De tu devoción hacia Tom. De tu paciencia. De lo rápidamente que has llegado a amarlo. Louise me mencionó anoche la gran mujer que eres, pero pensaba que, tal vez, lo estuvieras mimando un poco. ¿Te molesta eso?

A Nicole la molestaba todo de esa mujer y estuvo tentada de decírselo. Pero sobre todo la molestaba el hecho de que él hubiera llegado a casa medio vestido después de pasar las últimas seis horas con ella.

—En absoluto. Por lo que sé, todavía vivimos en una democracia y una persona puede dar sus opiniones.

¡Por muy desagradable que fuera!

Él no respondió inmediatamente y se limitó a mirarla con el ceño levemente fruncido. Luego, para su sorpresa, le acarició la mandíbula y le dijo amablemente:

—Ha sido un día muy largo, ¿verdad?

—Sí —murmuró ella derritiéndose con su contacto.

Deseó volver la cabeza y atraparle la mano, besársela y transformar ese gesto de amabilidad en algo mucho más íntimo e inolvidable.

—Vamos a acostar de nuevo a Tommy y a descansar un poco. Ahora está durmiendo tranquilamente, ¿no lo ves?

Era cierto. Lo acostaron y Pierce lo arropó cuidadosamente. Luego se levantó y la tomó de la mano, haciendo que ella lo siguiera.

Su agarre era firme y cálido. Contra su sentido común, dejó que su mano reposara en él, disfrutando del momento y esperando a que fuera él quien la soltara. Pero no lo hizo. En su lugar, entrelazó los dedos con los de ella, la hizo subir las escaleras y allí la hizo mirarlo.

Detrás de él, la puerta del dormitorio de ella estaba abierta, iluminando el pasillo. Se apartó de él, sabiendo que, cuanto antes lo dejara, más lejos estaría de actuar tan tontamente como se sentía impulsada a hacerlo.

—¿Nicole? —dijo él, poniéndole una mano en el brazo.

—¿Sí? —respondió ella sin atreverse a mirarlo.

—¿Todo va bien? Me refiero a entre nosotros.

¡Si él supiera!

—Sí.

—Si no fuera así, me gustaría que me lo dijeras.

Para entonces le estaba acariciando la muñeca como para hacerla confesar. ¿Realmente quería que le contara la verdad? ¿Que las emociones hacia él se le estaban escapando de las manos? ¿Que los celos se la comían viva cada vez que pensaba en que Louise Trent estuviera en sus brazos? ¿Que tenía miedo de estar enamorándose de él?

Soltó un sonido a medio camino entre una risa y un sollozo.

—Todo va bien —logró decir tratando de controlarse.

—Eso espero.

¿Se daba cuenta él de que estaban demasiado cerca? ¿Era por eso por lo que la voz le había sonado rara? Pero si ése era el caso, ¿por qué no la soltaba, por qué no ponía un poco más de espacio entre ellos? ¿Por qué le había metido las manos por dentro de las amplias mangas del camisón, la había tomado por los codos y la estaba atrayendo hacia él?

—Porque —continuó él—. No sé cómo me las podría arreglar sin ti, Nicole. No llevas mucho tiempo aquí, pero ya te has hecho…

—¿Me he hecho útil? —preguntó ella, temblorosa.

—No exactamente —dijo él haciéndola acercarse más—. Yo diría más bien indispensable.

Esas palabras flotaron entre ellos, sorprendentemente eróticas. Aquello bastaba para indicar que, en el espacio de una fracción de segundo, su relación había cambiado.

¡La iba a besar!

Lentamente, él la hizo acercarse más todavía, poco a poco. Ella sintió los fuertes músculos de sus caderas para, a continuación, notar algo más duro sobre su vientre. Le apoyó las manos en el pecho cuando él le pasó las suyas por la cintura y la boca le rozó la suya, tan suave y seductoramente que la hizo pensar que se iba a morir. Cerró los ojos y sintió su olor. Olía a los pinos de Oregón bañados por la luz de la luna. A la brisa marina y a sándalo… y levemente a jazmines y almizcle.

¡Olía a Louise Trent!

Nicole se apartó bruscamente y se alejó.

—¿Cómo te atreves?

Él se incorporó y las brumas de la pasión desaparecieron de sus ojos. Pareció como si no tuviera ni idea de por qué estaba en una posición tan comprometedora.

—Perdóname, Nicole. Esto ha estado fuera de lugar.

—Sí, lo ha estado.

—No volverá a suceder.

No, lamentablemente, no iba a volver a suceder. A la mañana siguiente, él se preguntaría qué clase de locura le había hecho besarla.

—Será mejor que no.

Él no desayunó con ellos a la mañana siguiente. Algo raro, sobre todo teniendo en cuenta que era domingo.

—Ha desayunado antes —le dijo Janet—. Dijo que tenía mucho que hacer para mañana y que no quiere que lo molestemos.

Pero cuando no apareció tampoco al almuerzo y prefirió tomarse un sándwich en la biblioteca, Nicole se vio obligada a pensar que la estaba evitando deliberadamente, una teoría que se hizo más creíble cuando él apareció de repente en el jardín a las tres y le dio el resto del día libre.

—No has tenido nada de tiempo libre —le dijo sin mirarla a los ojos —. Ve a ver a tus parientes o algo así. Dijiste que eran la razón principal para venir a vivir aquí, ¿no?

La alarma la invadió. ¿Y si le preguntaba dónde vivían sus parientes? O peor, ¿sí le preguntaba sus nombres?

—Tal vez lo haga —dijo ella, ansiosa por escapar antes de que le hiciera más preguntas.

—Quédate a pasar la noche si quieres. Siempre que vuelvas antes de que yo me vaya a trabajar, me las podré arreglar sólo con Tom.

¿Quedarse dónde? No tenía dónde a ese lado de las Montañas Rocosas. Sin Tommy que la anclara allí, era como una de esas personas sin hogar que había visto en los bancos de los parques en la ciudad.

—Volveré antes —dijo inclinándose para darle un abrazo a su sobrino—. Adiós, te veré por la mañana.

—No —protestó Tommy, agarrándose a sus rodillas—. Quiero ir

contigo.

—Nicole está libre esta tarde, Tom, así que nos vamos a quedar solos los hombres. Déjala ir, campeón, se merece un poco de tiempo libre, como el resto de nosotros.

—¡No! No te quiero a ti. Quiero a Nicole.

Pierce le señaló la casa y dijo:

—¡Vete! —le ordenó Pierce.

Deseó decirle que no tenía a dónde ir. Todo lo que le importaba estaba allí con él y Tommy.

No le quedaba más remedio que marcharse a pesar de los gritos de Tommy, pero cuando entró a su habitación, ya se había vuelto a hacer el silencio.

Levantó con cuidado la esquina de la cortina y miró al jardín. Pierce y Tommy estaban sentados en la hierba, el uno delante del otro. Pierce estaba hablando y Tommy parecía escucharle. Debía sentirse aliviada, pero en vez de eso, lo que se sintió fue apartada.

—Será mejor que tengas cuidado, Nicole —se dijo a sí misma—. Ya tienes suficientes problemas con la mentira que estás viviendo. Deja ya esta tontería romántica, antes de que todo te estalle en la cara.

Todos los fines de semana del verano, se organizaba un mercado al aire libre en el Parque Central de Morningside, que se llenaba de gente. Allí se podía encontrar casi de todo, desde joyas artesanales en plata hasta cerámica mexicana, antigüedades y demás.

Nicole se dirigió al mercado como una flor mirando al sol. Pierce había tenido razón al insistir en que se tomara un rato libre. Necesitaba estar entre la gente anónima, con la que no tuviera que estar siempre en guardia.

Las voces, la música, todo aquello le recordó que había todo un mundo fuera de la casa de Pierce; que el dolor podía desaparecer para hacerle sitio a la alegría de vivir. Había pasado mucho tiempo desde la última vez que se había reído y bailado sólo para divertirse. Por mucho que le gustara estar con Tommy, el espectro de sus mentiras la seguía a todas partes en la casa y, bajo él, la razón trágica que la había llevado allí. Le agradó olvidarse de todo aquello por un rato, ser sólo otra turista disfrutando de la tarde.

Le gustó una camiseta que vio en uno de los puestos, se la probó

entre unas cortinas y se la compró junto con otra más.

En el siguiente puesto, descubrió un delantal de plástico decorado con una pintura de Renoir. Seguramente, a Janet le encantaría, lo mismo que el rallador de nuez moscada a pilas, sin el cual, el vendedor le aseguró que no estaba completa ninguna cocina.

Evitó un puesto de juguetes. La tentación de comprárselos todos a Tommy era demasiado grande como para arriesgarse. Las tías podían comprarles juguetes a sus sobrinos, no así las niñeras. Pero sí que le compró un pez de cartón, muy barato, lleno de color y que podía colgar en su cuarto.

Cuando el sol se ocultó tras los árboles, el hambre la llevó a un restaurante. Desafortunadamente, otra gente había tenido la misma idea.

—Tendrá que esperar un cuarto de hora a tener mesa —le dijo la camarera—. Pero se puede tomar algo en el bar mientras espera.

Normalmente no solía ir a los bares y, mucho menos sola, pero la atmósfera alegre era contagiosa.

—¿Por qué no? —dijo.

Pidió una copa de vino.

El bar era fresco y espacioso, con muchas plantas de interior y unos grandes ventanales que daban al mar. Los sillones eran cómodos y la música baja y relajante.

Después del calor del mercado, le resultó agradable relajarse allí, en la intimidad que le proporcionaban las plantas que rodeaban su mesa, así que se quitó los zapatos, estiró las piernas y se puso a disfrutar de la música. Después de cenar, cuando ya estuviera oscuro, volvería a la casa y trataría de entrar discretamente para pasar la noche en su propia cama.

Luego, se quedó un rato, mirando las olas como hipnotizada.

Debió quedarse dormida y entonces la despertó alguien que tropezó con sus pies.

—Perdone —dijo una voz—. ¡Oh!

Nicole se incorporó en su silla y se encontró mirando a una mujer que parecía muy sorprendida. Se había llevado las manos a la boca y se le había caído el bolso al suelo.

La desconocida la estaba mirando fijamente y ella hizo lo mismo. La mujer pareció entonces no saber si acercarse o retroceder. Luego, se recuperó y se llevó la mano al corazón.

—Oh —repitió—. ¡Perdone! Por un momento pensé que era otra persona… una muy buena amiga mía. Algo en su rostro me la recordó cuando dormía. Siento haberla despertado.

—No estaba durmiendo —respondió Nicole sonriendo—. Sólo estaba descansando los ojos. Y lamento no ser la persona que esperaba ver.

—Difícilmente lo podría ser. Mi amiga… Bueno, Arlene murió en un accidente de coche. Hará tres meses.

La sonrisa de Nicole se heló en sus labios.

La mujer, todavía alterada, se sentó al lado de ella.

—Lo siento, no he querido ser tan insensible. Sólo me ha sorprendido mucho y, por un momento, casi me olvidé de que… Debe de pensar que estoy loca.

—No. En absoluto. Evidentemente, echa mucho de menos a su amiga.

—Era como una hermana para mí.

«¡Pero no era su hermana, sino la mía!», pensó ella.

—Lo siento mucho.

—¿Se ha dado cuenta de la cantidad de veces que nos hemos dicho eso?

—¿Qué?

—Que lo sentimos. Debemos haberlo repetido unas veinte veces en los últimos cinco minutos.

—A veces son las únicas palabras que sirven.

—Sí. Y a veces no hay palabras en absoluto.

—Ya lo sé.

—¿Puedo invitarla a otra copa? —dijo la mujer señalándole la copa de vino, que se había caído sobre la mesa—. Yo también me podría tomar otra y me temo que la suya se ha derramado casi toda.

—Gracias, pero no.

Tenía que escapar, antes de que su compostura se viniera abajo. ¿Quién se iba a imaginar que se encontraría con una amiga de Arlene? Y peor aún, si esa mujer se había dado cuenta del parecido, ¿quién más lo podía hacer?

—Realmente tengo que irme.

—Bueno, entonces gracias por no hacerme sentir una idiota. Y la verdad es que no se parece tanto a Arlene. Ella era rubia y usted morena. No sé lo que me ha hecho ver un parecido… Tal vez la boca.

Ella también tenía una sonrisa encantadora.

El pánico amenazó con apoderarse de nuevo de Nicole.

—He cambiado de opinión —dijo cuando la camarera se acercó indicándole que ya tenía una mesa libre—. Me temo que no me voy a poder quedar, después de todo.

—Adiós —le dijo la amiga de Arlene mientras se dirigía a la salida —. Tal vez nos volvamos a ver en otro momento.

Nicole esperó sinceramente que no.

Capítulo Cuatro

Cuando volvió al mercado no pensaba claramente, su único objetivo era llegar al coche y salir corriendo de allí. Pero un ladrido la detuvo en seco. Justo delante de ella vio una perrita atada a una de las mesas. Un cliente le había pisado una pata y la tenía levantada. Nicole cometió entonces dos errores. El primero fue simplemente tonto. Se detuvo y acarició al cachorro. Tenía una piel suave del color de la miel.

El segundo fue entrar en conversación con el duro dueño. Ese fue fatal.

—¿Le interesa, señora? Se la dejo barata. Fue entonces cuando vio el cartel.

Se vende. Cachorro de diez semanas de Golden Retriever. Sin papeles.

El cachorro tenía los ojos más tristes que había visto en su vida.

¿Por qué no se limitó a agitar la cabeza y seguir su camino? ¿Por qué le resultó imposible hacerlo?

—Es adorable. ¿Cómo se puede separar de ella?

—Porque ya tengo bastantes bocas que alimentar —dijo el hombre, señalando a la mujer con un niño en brazos que había en la furgoneta que estaba detrás de él—. O la vendo o…

Entonces se llevó un dedo al cuello e hizo como si se lo cortara.

La perrita gimió y le dio con la pata a Nicole.

La idea, aunque ridícula y presuntuosa, tomó forma y persistió. Pierce había sugerido que le podrían comprar un perro a Tommy, y allí había uno que necesitaba desesperadamente un hogar El hecho de que Nicole necesitara a alguien a quien amar, alguien que no fuera de otro, era de menor importancia.

Pensó que no lo podía hacer, que no tenía derecho a hacerlo.

—Me la llevo —dijo sin querer pensar en las repercusiones.

Lo peor que podía pasar era que la tuviera que mandar a casa de sus padres. Lo mejor era que ahora tenía una buena razón para volver a casa esa noche.

Durante todo el camino, estuvo repasando lo que le iba a decir a Pierce. Que le había salvado la vida. Aquello le parecía un principio muy razonable. Pero cuando aparcó el coche en el garaje, vio que también estaba el de Louise. Faltaba el de Pierce, lo que significaba que habían dejado a Janet para que cuidara a Tommy y se habían ido a alguna parte a cenar. Eso le pareció bien, ya que le daba más

tiempo para pensar algo que convenciera a Pierce.

Cuando entró en la cocina, se encontró con Janet.

—Se ha llevado a Tommy y a la señorita Trent a cenar fuera. ¿Qué llevas ahí?

—Supongo que lo podrías llamar una compra impulsiva —respondió ella sacando a la perrita de la caja donde la había llevado. Luego, esperó aprensivamente a la reacción de Janet.

Janet dio una palmada y exclamó:

—¡Es un perro! Y apenas lo suficientemente mayor como para pasar sin la leche de su madre. Ponlo en el jardín trasero rápidamente, antes de que moje el suelo. Yo le haré algo de comida.

—¿Crees que Pierce me dejará conservarla? —le preguntó Nicole un poco más tarde mientras observaban como se comía un tazón de leche con cereales.

—¿Quieres decir que el Comandante no…? ¡No me digas…!

Por una vez, Janet pareció escandalizada.

Nicole asintió.

—Lo he hecho sin su permiso.

—¡Cielo Santo, Nicole! ¿Cómo has podido?

—No tenía elección. El hombre que me la vendió me dijo que, si no, la iba a matar.

—¿Te das cuenta de que seguramente tendrá más de estos? Probablemente incluso los robe. Y la semana que viene estará otra vez allí diciendo lo mismo.

—No. No me di cuenta de eso. Y, si no te importa, no me gustaría insistir en eso. Me veo con una jauría dentro de poco.

Justo entonces unos faros iluminaron las ventanas de la cocina.

—Creo que ahora tienes problemas mayores. El Comandante acaba de llegar y, si yo estuviera en tu lugar, esperaría a mañana para darle la sorpresa. Supongo que, después de haber pasado la tarde con Tommy y la señorita Trent, no va a estar de muy buen humor.

—Tienes razón.

Nicole volvió a meter a la perrita en su caja y lo puso todo en los brazos a Janet.

—Ayúdame, Janet. Sólo por esta noche, tenla aquí, en la cocina. No puede causar muchos problemas metida en esta caja.

—Esperemos que no. Por cierto, ¿cómo se llama?

Nicole se encogió de hombros y acarició a la perrita.

—¿Tal vez *Miel*? No lo sé. La verdad es que todavía no lo he pensado.
—No has pensado nada hoy, si quieres que te lo diga. Vamos a ponerla fuera de la vista, bajo la mesa, y roguemos porque el Comandante no decida venir para tomar algo. Si lo hace, las dos vamos a tener problemas.

Pierce llevó a Tom a su cuarto. Le quitó la ropa sucia y lo metió en el baño. El niño lo necesitaba de verdad. Estaba lleno de salsa de tomate, helado y un montón más de cosas difíciles de identificar.
Cuando estuvo limpio de nuevo, él estaba prácticamente empapado y pensó que a él tampoco le vendría mal un baño. Así se quitaría de encima los recuerdos de lo que había resultado un día desastroso.
Tom no se había recuperado de la marcha de Nicole y había sido un duro golpe para el ego de Pierce darse cuenta de que era tan mal sustituto de ella.
Había pensado que, si se lo llevaba a dar un paseo, se arreglarían las cosas y, cuando Louise apareció inesperadamente, la invitó a ella también pensado que podría ayudarle. Pero eso sólo había empeorado las cosas.
—Este niño está muy mimado —dijo ante la insistencia de Tom por parar para tomar un helado al cuarto de hora de salir de la casa—. Y eso gracias a la niñera que has contratado, Pierce.
—Yo creía que la aprobabas.
Louise se había puesto a una distancia segura de Tom, que se estaba tomando una naranjada.
—Eso fue antes de que me diera cuenta de lo mal que está haciendo su trabajo.
—Yo creo que lo está haciendo muy bien. Tom parece que se está acostumbrando al cambio.
—Querido, no te estoy criticando a ti. Sé que estás haciéndolo lo mejor que puedes, y por eso te amo.
El silencio siguió a esas palabras; un silencio lleno de tensión. Pierce sabía qué era lo que tenía que decir a continuación, pero el problema estaba en que él no sentía lo mismo.
En vez de decir nada, limpió lo que Tom había ensuciado y luego sugirió que fueran a la costa, a Cleves, donde había un parque de

atracciones… Louise se pasó todo el tiempo mirando por la ventanilla del coche. Evidentemente, estaba disgustada con la perspectiva.

La verdad era que, de alguna manera, no la podía culpar. Llevaban saliendo cinco meses y todo había parecido indicar que iban a durar más. El había supuesto que, con el tiempo, se habrían casado, tenido hijos… Pero ahora las cosas habían cambiado con la muerte de Jim y Arlene y había dado por hecho que Louise lo comprendía.

Tal vez había dado por hecho demasiado por esa parte. Contratar a Nicole, por ejemplo, había parecido una buena idea, una forma de ayudar a Tom a acostumbrarse a su nueva vida. ¿Por qué entonces, cuando las cosas empezaban a arreglarse, se había transformado ella en una complicación que no necesitaba?

La noche anterior, cuando la besó… ¡Sólo con pensarlo empezaba a sudar!

La estancia en el parque de atracciones había ido bastante bien, por lo menos desde el punto de vista de Tom, ya que se lo había pasado muy bien.

Louise no habló mucho… No era el mejor lugar para mantener una conversación, pero lo había soportado todo estoicamente sobre sus tacones altos. La verdad era que la única vez que había abierto la boca fue cuando Tom insistió en montarse en la montaña rusa.

—Estás loco por permitirle eso, Pierce —había dicho—. Se mareará y vomitará por todas partes.

Pierce no la escuchó. Se sentía contento de que Tom no estuviera gritando o enfadado. O las dos cosas a la vez.

—No le pasará nada. Tiene sangre de marinero. Oye, ¿por qué no vienes tú con nosotros?

Pero Louise se detuvo en seco.

—¡Me va a vomitar encima!

Tom se portó perfectamente, gritó como un loco y se agarró a su tío de una manera que le compensó de su anterior rechazo. Pierce pensó que podría llegar a acostumbrarse a eso de ser padre.

Mientras volvían a casa, Tom volvió a su humor anterior y tuvo hambre, así que se detuvieron a comer en una cafetería cerca de la playa.

Tom y él habían pedido de todo, hamburguesas, patatas fritas y batidos de chocolate, pero Louise sólo había pedido una ensalada. Fue entonces cuando Pierce se dio cuenta de que llevaba mucho rato

callada, lo que no era habitual en ella.

—¿Te pasa algo?

Ella suspiró.

—No lo sé. Dímelo tú.

Pierce la miró sorprendido, pero luego tuvo que dedicarle de nuevo su atención a Tom, que se había echado tanto kétchup como para un regimiento.

—¿Eres siquiera consciente de que estoy aquí? —le preguntó ella con aire de sufrimiento.

La verdad era que él no sabía de lo que le estaba hablando. ¿No había sido él el que le había preguntado?

—Bueno, por supuesto que sé que estás aquí.

—¿Pero realmente significa algo para ti? ¿O serviría lo mismo cualquier otra mujer? ¿La niñera, por ejemplo? ¿Soy sólo un cuerpo que te viene bien para cuando estás de humor para tener un poco de sexo saludable? ¡Aunque llevas ya semanas sin estar de humor!

—No hables así —le dijo él mirando a su alrededor—. Hay niños.

Louise dejó su tenedor y los ojos se le llenaron de lágrimas.

—¡Precisamente es a eso a lo que me refiero! Desde que este… pequeño está viviendo contigo, apenas me dedicas tiempo.

A él no le gustó cómo dijo lo de pequeño; parecía un insulto o algo así. Pero lo que le gustó menos todavía fue como le tembló la voz.

—No empieces a llorar. De verdad, Louise, si ésa es la impresión que te he dado, lo siento. Pensé que entendías cómo van a tener que ser las cosas ahora. Ya no puedo ser el soltero sin compromiso de cuando nos conocimos. Tengo responsabilidades y las voy a seguir teniendo largo tiempo.

—Ya lo sé.

—Si te parece mejor para ti el salir con otros hombres…

—No. No es eso lo que quiero.

—Bueno… —dijo él sin dejar de vigilar a Tom, que estaba mojando las patatas fritas en su batido—. Siempre que comprendas que no le puedo dar la espalda a Tom.

—Querido —murmuró ella—. Yo nunca te pediría que hicieras algo así. Creo que es maravillosa la forma en que has tomado el lugar de su padre. Thomas es un niño adorable. Y, con respecto a esa desafortunada afirmación que he hecho de Nicole…

Pierce no quería hablar de Nicole. No con Louise.

—Olvídalo. Yo ya lo he hecho.
—Eso está bien. Pero, querido, Thomas necesita una mano firme y, francamente, creo que Nicole es demasiado permisiva. No es bueno para un niño que lo mimen tanto, Pierce.
—Supongo que no.
La camarera apareció entonces para recoger la mesa y le dijo a Tom:
—¿Qué te parecería un helado de postre?
—¡Estupendo! —exclamó el niño entusiasmado.
Luego, para asegurarse de que se lo dieran, añadió:
—Por favor.
—Un día es un día —dijo Pierce viendo que Louise iba a negarse.
Ella sonrió secamente.
—Lo que tú digas, querido.
—Eso lo mantendrá ocupado mientras nos tomamos un café.
—Muy bien. El mío que sea fuerte.
Pierce extendió entonces un brazo y le apretó un hombro.
—Si sigue bien el tiempo, podríamos hacer algo especial este fin de semana. ¿Tienes alguna idea?
Sin pensarlo, él había vuelto a meter la pata.
—¡No me digas que lo has olvidado! —gimió ella—. Oh, Pierce, ¿cómo has podido después de todas las molestias que me he tomado?
—¿Para qué?
—¡Para la fiesta de inauguración de tu casa el sábado, por supuesto!
—Lo había olvidado, lo siento, ¿Pero no podría esperar un poco? —dijo mirando a Tom—. Me refiero a que no ha pasado mucho tiempo desde…
—La vida sigue, querido. Y, en el caso de Thomas, cuanto antes olvide, mejor, ¿no crees?
Él se encogió de hombros.
—Puede…
—No es como si no hubieras contratado a alguien. El pequeño estará bien atendido con Janet y Nicole y no va a ser un problema.
No era eso exactamente lo que había pensado Pierce, pero el pequeño en cuestión eligió ese momento para llevar a cabo un juego de su invención. Tomó un montón de helado de chocolate con la cuchara de plástico, apuntó y, usándolo de catapulta, depositó el

montón sobre la inmaculada falda blanca de Louise.

Después de eso, Pierce pensó que la velada ya no podría empeorar más.

Pero se había equivocado. A mitad de camino de la casa, tuvo que parar el coche para que Tom vomitara en el arcén. Louise no dijo nada. Pero le dio una lección de cómo el silencio podía ser mucho más explícito que las palabras.

Cuando por fin llegaron a la casa, la había invitado a tomar algo.

—No, gracias —le dijo ella secamente—. Los niños que vomitan me ponen nerviosa.

¿Nerviosa? ¿Por ese pequeño incidente? ¡Eso no era nada comparado con las cosas que él había tenido que ver en la mar! La tensión se palpó entre ellos incluso cuando ella le dio las gracias por un día encantador. No fue de extrañar que, cuando se hubo marchado, Pierce estuviera más que dispuesto a tomarse una copa.

Miró por la ventana y vio que la noche era clara y cálida, con una leve brisa marina. Justo debajo de la ventana, brillaba la piscina, demasiado tentadora como para resistirse.

Tal vez unas brazadas lo relajaran un poco. El fresco aire nocturno suavizó su mal humor. Y el whisky que pretendía tomarse luego terminaría la labor y lo haría ver el futuro más rosa de lo que parecía en ese momento.

Cinco minutos más tarde, estaba sobre el trampolín. Respiró profundamente y saltó. El agua lo rodeó suave y cálidamente como los brazos de una mujer, pero mucho menos complicada o exigente.

Poco más tarde, se sentía un hombre nuevo. Se dio la vuelta y empezó a nadar lentamente de espaldas. Se oía perfectamente el sonido del mar abajo del acantilado. En el cielo, la Osa Menor brillaba clara y brillante.

En un mundo perfecto, él estaría mandando su propio barco, seguramente en alguna parte del Golfo Pérsico. Jim y Arlene estarían vivos y Tom tendría a sus dos padres y a su tío, quien le mandaría regalos exóticos de países extranjeros. Y las mujeres serían algo que ansiaría encontrar en el siguiente puerto.

Cruzó los brazos tras la cabeza, miró a las estrellas y decidió que allí tampoco se estaba nada mal. Todo era calma y tranquilidad, con Tom durmiendo tranquilamente…

Si no fuera por el perro que aullaba en una casa vecina…

Claro que la casa más cercana estaba francamente lejos y lo que él estaba oyendo venía de más cerca. De mucho más cerca.

Nicole había esperado a que Pierce acostara a Tom y la casa estuviera en silencio para apagar las luces de su *suite* y acostarse a su vez. El día había sido agotador por muchos motivos.

Entonces, justo cuando acababa de salir de un largo y lujurioso baño caliente, oyó algo. Su primer pensamiento fue que Tommy estaba teniendo otra pesadilla. Se puso la bata y se asomó a la puerta del niño. Pero estaba profundamente dormido.

De repente, le llegó de nuevo el sonido. Era un gemido patético seguido por un leve ladrido. Nicole bajó al piso de abajo, casi esperándose ver al cachorro subiendo las escaleras tras ella.

Por debajo de la puerta cerrada de Pierce, se veía luz. Se quedó paralizada, esperando a que él la abriera y le exigiera una explicación. Cuando no pasó nada, se relajó y empezó a volver a su habitación.

Pero antes de que llegara, empezaron de nuevo los ladridos, más nerviosos e infinitamente más sonoros que antes. Parecía como si el cachorro estuviera decidido a despertar a toda la casa. Nicole bajó las escaleras a toda prisa y se dirigió a la cocina.

La caja estaba tumbada de lado y la vieja toalla con que habían acomodado al cachorro estaba en medio del suelo. Pero no se veía a la perrita por ninguna parte.

Aterrorizada, Nicole pensó en todo lo que podía haber hecho, incluso podría haberse colado en el salón y a saber lo que se podría encontrar allí. Podía haber dejado las marcas de sus dientes en los muebles de caoba, o algún recuerdo en la cara alfombra del salón, eso por no mencionar lo que podía haber hecho en la preciada biblioteca de Pierce. Eso hizo que se le helara la sangre en las venas.

—¿*Miel*? —susurró abriendo las puertas que daban al corredor, esperando encontrar a la perrita antes que nadie—. Vamos, ven. Vas a hacer que me cuelguen de los pulgares si molestamos a nuestro excelentísimo Comandante.

—Eso ya no lo hacemos, Nicole —dijo una voz desde el otro lado de la habitación—. Tenemos otras formas de castigo.

Nicole tragó saliva y se dio la vuelta. Pierce estaba en la puerta. El

agua que chorreaba de su cuerpo y la toalla indicaban de dónde venía. Por una vez, su espléndido físico no le llamó la atención.

—¡Oh, *Miel*! —exclamó y corrió hacia el cachorrillo, que Pierce sujetaba en el brazo—. ¡Ahí estás!

Pierce lo apartó de su alcance y separó a Nicole con la otra mano.

—¿*Miel*? —le preguntó él maliciosamente—. Hace un segundo yo era tu excelentísimo Comandante. ¿A qué viene ese cariñoso, y excesivo, cambio de apelativo?

—No seas ridículo. Me refería a la perrita.

—¿A la perrita? Debes de estar equivocada. No tenemos ninguna perrita.

—Ahora sí —dijo ella orgullosamente, ya que la evidencia era irrefutable—. La compré esta tarde en el mercado del parque. Es un cruce de Golden Retriever y…

—Tiene tanto de Golden Retriever como yo de caniche. Y, con respecto al nombre, es sólo un poco menos ridículo que el que hayas dado por hecho que yo no me iba a dar cuenta de que tenía otra boca que alimentar. No tienes una muy alta opinión de mi inteligencia, ¿no es así, Nicole?

—No —empezó ella, pero luego se corrigió inmediatamente—. Quiero decir que no, que no es cierto. Tengo un respeto tremendo hacia ti, en todos los aspectos posibles, y lamento que pueda parecer que he intentado aprovecharme de ti trayendo a esta perrita a tu casa sin tu permiso expreso.

—¿Es eso lo que has hecho?

Ella levantó un hombro como disculpándose.

—Sí. Pero no me pareció que tuviera otra opción.

—¿De verdad? ¿La rescataste de un final horrible?

—Sí —respondió ella sintiéndose aliviada al ver que Pierce estaba acariciando suavemente la cabeza del cachorro—. El hombre que me la vendió me dijo que la iba a matar si no la vendía. Y tú mismo dijiste que tal vez un perro sería una buena idea para Tommy.

—Recuérdame que no vuelva a decir en voz alta lo que pienso delante de ti.

—¿Podemos quedárnosla, Pierce?

Él suspiró largamente y, con la mano libre se aseguró mejor la toalla a las caderas. Ese gesto, unido a la gran cantidad de piel desnuda que mostraba, la hizo preguntarse si llevaría algo más de

ropa.

Volvió a hablar y el sonido de su voz la hizo sentirse más culpable.

—Estaba a punto de tomarme algo tranquilamente en la piscina. Creo que me lo he merecido, teniendo en cuenta la tarde que acabo de pasar.

—¿No te lo pasaste bien con Tommy?

—Un infierno. Oh, él estuvo muy bien, supongo, pero el resto… Digamos que no necesitaba en absoluto a este animal ladrando con todas sus fuerzas y destruyendo la tranquilidad de una velada que ha terminado por fin. No es un buen momento para apelar a mis buenos sentimientos, Nicole.

«Si es que tienes alguno», pensó ella mientras la perrita se acomodaba mejor en el brazo de Pierce. ¿Cómo podía alguien permanecer impávido ante semejante criatura indefensa?

—Bueno, si eso es pedir demasiado, por lo menos podrías dejarme tenerla aquí mientras le busco otro sitio.

—Yo no he dicho que sea demasiado. He dicho que éste no es el mejor momento de tomar una decisión, ni tampoco el mejor sitio, ya que estamos —dijo él mirando el charco que se estaba formando a sus pies—. Estoy llenando de agua el suelo que Janet debe haber limpiado y, esta perrita probablemente vaya a añadir algo más en cualquier momento. Si insistes en hablar del asunto, vamos fuera. Vente a la piscina conmigo y trataremos de llegar a un acuerdo.

—¿Qué clase de acuerdo?

—Ven a tomar algo conmigo y yo accederé a ver los pros y los contras de quedamos con la perrita. Una pequeña conversación entre adultos puede hacer que yo vea las cosas de una forma más caritativa.

Nicole pensó que aquello se parecía más a un chantaje que a un acuerdo, pero no creía que estuviera en posición de discutírselo.

—Abriré una botella de vino —añadió él—. Ya sé que no te gusta el whisky.

—¿No es un poco tarde para estar fuera?

—No son más que las nueve y media.

—Estaba hablando de la temperatura. Puede que haga frío.

—Hay veinte grados y las baldosas del patio todavía están calientes por el sol —dijo sujetando mejor a *Miel* y sonriendo triunfalmente—. ¿A qué vienen todas esas excusas, Nicole? ¿Por qué te resistes tanto a

dedicarme unos minutos de tu precioso tiempo para ayudarme a decidir qué hacemos con esta pobre criatura que has metido en mi casa?

Nicole sabía por qué. El vino, la luz de la luna y Pierce Warner con todos sus encantos eran una combinación tan segura como la gasolina y el fuego.

—No estoy poniendo excusas —dijo.

—¿De verdad? Pues eso es lo que me ha parecido. De hecho, se podría pensar que tienes miedo de estar conmigo en la oscuridad.

—¡Eso es absurdo!

—¿Entonces vendrás?

—Si insistes…

—Insisto.

Y, aunque no dejó de sonreír, el tono de su voz fue autoritario cuando añadió:

—Ve a ponerte el bañador y rápido.

Ella resistió la tentación de cuadrarse y saludar, o mejor aún, de recordarle que ya no estaba en la Armada y que era costumbre entre los civiles educados decir «por favor» y «gracias» de vez en cuando. Pero teniendo en cuenta las circunstancias, no le pareció bien hacer nada de eso. El destino del cachorro estaba en juego.

—De acuerdo.

—Tráete el interfono del cuarto de Tom —dijo él aún en plan militar—. Sólo por si se despierta. Aunque no creo que lo haga, con el día que ha pasado.

—¿Y qué pasa con…?

Nicole le señaló a la perrita.

—Yo la llevaré a la piscina. No es necesario que se quede aquí despertando a todo el vecindario. Vamos, Nicole. Estamos perdiendo el tiempo y no me gusta nada la forma en que se está agitando tu protegida.

Nicole no estuvo segura de lo que la hizo elegir un traje de baño que había usado en su otra vida, pero que le había parecido que era demasiado arriesgado que lo llevara una niñera, con su gran escote y su corte alto en las caderas. ¿La necesidad de convencerse a sí misma de que aún era la dueña de su propia vida, a pesar de los intentos de él por controlársela? ¿La tentación de comprobar su atracción por él… o la de él por ella? Ciertamente, para ser una mujer que sólo

unos segundos antes no había querido ponerse a jugar con fuego, era una decisión arriesgada, algo de lo que se dio cuenta en el mismo momento en que se sentó en una de las dos hamacas que Pierce había instalado al lado de una mesa de cristal con una botella y dos copas.

—El bañador es nuevo —dijo él haciendo una pausa mientras descorchaba la botella,

—No, lo tengo desde hace mucho tiempo.

Él la recorrió lentamente con la mirada.

—No es como el que llevas habitualmente.

No había nada de crítica en esa observación, pero su mirada, junto con algo más en el tono de su voz, la hizo sentirse indecentemente expuesta. Como para añadirle morbo al asunto, la luna eligió precisamente ese momento para salir de entre los árboles y bañarla con una luz tan brillante que casi la hizo estremecerse.

Miel estaba entre medias de las dos hamacas y Nicole la tomó y se la puso en el regazo, para así tapar un poco esa parte de su anatomía. Molesta tanto consigo misma como con Pierce, dijo desafiantemente:

—No, no lo es. ¿Qué sentido tendría comprar siempre las mismas cosas?

Él se aclaró la garganta.

—Ninguno, supongo. Pero es… todo un cambio. Te había tenido por más…

—¿Mojigata?

—Conservadora. No te imaginaba con algo tan *sexy*.

—Lo lamento si te he decepcionado —respondió ella, preguntándose si se habría dado cuenta de los escotes de Louise, que prácticamente le llegaban a la cintura.

—No he dicho que hayas hecho. Tal vez me hayas sorprendido. Al fin y al cabo, tú eras la que parecía preferir bañadores… más… recatados.

Mientras hablaba, él le ofreció una copa de un líquido pálido y dorado.

—Todo el mundo tiene derecho a cambiar de opinión, lo mismo que has hecho tú. No es vino lo que estás sirviendo.

—Es vino helado; muy agradable. Una especie de mezcla entre licor y…

—Sé lo que es —respondió ella, molesta porque él pudiera pensar que su paladar fuera tan insípido como su gusto por los bañadores.

Él le dio un trago a su copa.

—Esta noche estás llena de sorpresas —le dijo.

—No. Supongo que, como tú, he tenido un día muy ajetreado.

—Más razón para relajamos entonces.

Entonces, él tomó la copa que ella no había tocado y la dejó junto con la suya en la mesa. Después, le señaló a *Miel*.

—Deja que duerma en la hamaca y ven a darte un baño conmigo.

Ella ya se había bañado antes con él. Bueno, más bien, habían estado juntos en la piscina. ¿Entonces por qué se le aceleraba de esa manera el pulso?

Sabía por qué. Anteriormente Tommy había estado siempre con ellos, pero esa noche no había nada que se interpusiera entre los dos. No había disimulos, ni reglas predeterminadas, ni siquiera el recatado bañador negro que la hacía parecer más una colegiala pudibunda que una mujer en su plenitud.

—Ven —repitió él.

Nicole no tuvo más remedio que obedecerlo y, sin decir nada, dejó a la perrita en la hamaca y se metió en la piscina por la parte menos profunda con él. Una vez allí, Pierce tiró de ella hacia la parte más profunda.

Cuando perdieron pie él la abrazó y entrelazó las piernas con las suyas.

—¿Ves? —murmuró—. No se está tan mal, ¿verdad? Tal vez no, pero sí que era una locura.

Y era peligroso. ¡Definitivamente peligroso!

Y el paraíso.

Entonces, él le pasó las manos por la cintura y la apretó más todavía. A ella no le quedó la menor duda de que la iba a besar, y menos aún de que se lo iba a permitir.

Y aquello era lo más peligroso, loco y paradisíaco de todo.

Capítulo Cinco

Desde el breve encuentro anterior Nicole había soñado con que él la volviera a besar, pero nada la podía haber preparado para la realidad. ¿La realidad? La magia era una palabra más adecuada, un encantamiento que empezó con el primer roce de sus labios sobre los de ella y se intensificó hasta que su cuerpo se disolvió en oleadas de sensaciones.

Él la apretó más aún, sujetándole el trasero con una mano y la nuca con la otra. La presión de sus labios se incrementó, probando, saboreándola. Su última impresión antes de que se le cerraran los ojos fue la de las estrellas brillando en el cielo y la luna iluminando el ballet acuático que estaban ejecutando. Luego, no existió nada más que el aroma de las flores nocturnas, el suave sabor del vino en su lengua y la velocidad con que la sangre le corrió por las venas.

Debió parar entonces. La mujer que había sido hasta ese momento debió darse cuenta de que era en Tommy en quien tenía que pensar, que estaban las mentiras por medio. Pero sobre todo estaba Pierce y la luz de la luna, y ella era suficientemente madura como para saber las consecuencias de permitir que la pasión la cegara a todas las demás complicaciones.

Pero se había transformado en otro ser, uno que estaba embrujado por los besos y consumida por un ansia que no quería saber de nada más que de su propia satisfacción.

Cuando sintió los dedos de él sobre el hombro atrapándole el tirante del bañador y bajándoselo por el brazo, hizo algo peor que no tratar de evitarlo, se inclinó un poco para facilitarle la labor y poco después sus pálidos senos se apretaban desnudos contra el musculoso pecho de él.

Notó la mirada de él sobre ella, recorriéndola, lo mismo que hizo después su boca. La lengua de Pierce le trazó la curva de un seno y fue como si en su interior estallaran unos truenos lejanos. Entonces él encontró su pezón y ella trató de contener el fluir de la sangre en sus venas como fuego líquido. Abrió la boca para respirar, pero sólo se le escapó un gemido.

—Nicole… —susurró él—. ¿Nicole?

Ella supo lo que le estaba preguntando. Y también supo cuando echó atrás la cabeza, que se estaba ofreciendo sin reservas.

El agua los rodeaba, cálida y conspiradora, enloqueciéndola

todavía más. Sus piernas flotaron para rodearle la cintura. Oyó un gruñido de Pierce y sintió, a través de la poca tela que aún la separaba de él, su erección.

No fue consciente de que hubieran recorrido toda la longitud de la piscina hasta que él no soltó un brazo para agarrarse a una de las escalerillas. Entonces ella gritó, desolada por la distancia que se abrió entre ellos.

—Estoy aquí —murmuró él contra su boca, abrazándola de nuevo.

Y lo estaba. Le bajó el bañador hasta la cintura, las caderas, y luego, se reunió en el fondo de la piscina con el de él.

Pierce estaba a su lado, alrededor de ella y de repente, suave y delicadamente, estuvo dentro de ella.

Ella abrió entonces los ojos, suplicándole en silencio que terminara con esa dulce tortura.

—Pierce…

Él agitó la cabeza y la volvió a besar, reduciéndola al silencio. Ella sintió su vigor, su pasión. En un momento de locura, deseó decirle que lo amaba y que quería estar junto a él por toda la eternidad.

Pero en vez de eso, hundió el rostro contra su hombro y le clavó levemente los dientes. Entonces fue cuando se perdió en una oleada de calor tan intensa que el mundo a su alrededor dejó de existir.

Con el cuerpo aún entrelazado con el de él, se agarró a Pierce mientras se le pasaban los temblores de la plenitud. Poco a poco, empezó a ser consciente de los ruidos del mundo exterior. El sonido del agua contra la pared de la piscina, el canto de un pájaro, la brisa entre las ramas de un árbol…

Se aventuró a mirar a Pierce. Tenía la cabeza echada hacia atrás y apoyada en el escalón superior de la escalerilla. Los ojos cerrados y bien podía estar durmiendo. ¿Pero qué clase de sueño podría hacer que pusiera ese gesto tan adusto y severo?

A pesar del calor de la noche, Nicole se estremeció y todo el placer que él le había proporcionado se perdió en las sombras del sentimiento de culpa que la embargó. Desde que lo conocía había estado engañando a ese hombre. Y ahora no podía evitar reconocer que lo que acababa de hacer era la mayor mentira de todas.

No había hecho el amor con Pierce. Hacer el amor implicaba un afecto y una confianza mutua entre dos personas. Requería sinceridad y respeto. Lo primero no se lo podía ofrecer, y ella no se merecía lo

segundo. Pero como estaba ansiosa de él, había aceptado el sexo sin protección y eso era lo único que habían hecho.

Al parecer, Pierce estaba de acuerdo con ella. Cuando estaba a punto de separarse de él, él abrió los ojos y, no la miró, sino que fue como si viera a través de ella. En todos sus años de enfermera, nunca había visto una mirada tan vacía y desesperanzada.

Entonces, él se llevó una mano a la cara, como si con eso se pudiera lavar todo lo que había sucedido entre ellos en esa última media hora. Entonces dijo:

—¡Oh, maldita sea!

Fue como si un puño se cerrara alrededor del corazón de ella. Ciegamente y antes de que se le escapara un sollozo, se apartó de él y buceó hasta el extremo opuesto de la piscina. Salió fuera y tomó la toalla más cercana, con la que se tapó al salir del agua.

No supo que la había seguido hasta que su bañador cayó a sus pies. Lo ignoró y se enrolló la toalla. Luego corrió hacia la casa. No podía enfrentarse a él esa noche. Tenía demasiado miedo de lo que él pudiera leer en su expresión.

Fueran cuales fueran sus dudas sobre los sentimientos de Pierce, no tuvo ninguna con respecto a los de Tommy cuando vio a la perrita. Nada más verla, se le iluminó el rostro y se arrodilló gritando de alegría.

Miel salió de debajo de la mesa, donde había estado masticando una toalla vieja anudada por el centro y corrió hacia Tommy.

—No he visto tan contento a este niño desde sabe Dios cuándo —dijo Janet—. Incluso la perrita parece sonreír, ¡lo demuestra la forma en que mueve la cola!

Tenía razón. El niño y el cachorro rodaban juntos por el suelo. *Miel* parecía tener una sonrisa de oreja a oreja.

—Tanto si lo aprueba Pierce como si no, traerla a casa es lo mejor que he podido hacer — dijo Nicole.

—Nicole…

—Lo digo en serio, Janet. Realmente no me importa lo que nuestro excelentísimo Comandante pueda pensar y estoy dispuesta a decírselo a la cara. De hecho, ya estoy más que harta de que sea él el único que dé órdenes por aquí.

—¿De verdad? —dijo Pierce desde la puerta y a Nicole le dio un vuelco el corazón—. Entonces tal vez sea mejor que vayamos a la biblioteca, donde podrás dar rienda suelta a todas tus insatisfacciones sin temor a corromper los inocentes oídos de un niño.

—Todavía no hemos desayunado —dijo ella con voz temblorosa.

Pierce estaba de pie, con todo el aspecto de un oficial nada dispuesto a soportar motines a bordo. Una figura verdaderamente amenazadora; y casi tan lejana a la del amante de la noche anterior como un doberman entrenado para el ataque de un cocker.

—Ni creo que lo hagáis con la perrita por aquí. Me la llevaré para que puedas atender a tus deberes.

Como si se sintiera mencionada, *Miel* levantó la cabeza y se lanzó sobre Pierce, dedicándole el mismo entusiasmo que a Tommy. Pero él permaneció muy digno y miró a Nicole de una manera enigmática.

—Estaré en la biblioteca, Nicole. No me hagas esperar mucho.

Cuando se hubo marchado, Janet le dijo:

—¡Vaya, eso es poner a alguien en su sitio! Pero traté de advertirte, Nicole.

—Lo sé —suspiró ella—. Sólo espero que no se tome demasiado en serio esta tontería.

Luego miró a Tommy, que se estaba tomando su tazón de cereales.

—Odio pensar lo decepcionado que se sentirá si la perrita tiene que marcharse.

—Pierce no es de esa clase de hombre. Entre sus fallos no está ser injusto.

Nicole estuvo de acuerdo.

Cuando llegó a la biblioteca, vio que las puertas exteriores estaban abiertas y que Pierce estaba en el patio, con el ceño muy fruncido, observando a *Miel*, que se estaba bebiendo un tazón de leche.

Se humedeció los resecos labios y tosió.

—¡Ejem!

Él la miró un poco sorprendido.

—No te he oído entrar —dijo secamente antes de volver a dedicarle su atención al cachorro—. Estaba muy lejos de aquí.

¿Tal vez pensando en la mejor manera de librarse de una niñera que se había sobrepasado en sus obligaciones? Nicole se preparó para lo peor y apretó los labios.

Él se dio cuenta.

—He estado pensando en el cachorro —le dijo.

—¿Te refieres a *Miel*?

¡Como si hubiera algún otro por ahí!

—Exactamente. *Miel* tiene que desaparecer. Hay algunas cosas por las que no estoy dispuesto a pasar…

—¿Cómo puedes ser tan duro?

—¿Perdón?

El tono de la voz de él y su propio sentido común le dijeron que parara en ese mismo momento, antes de empeorar más todavía la situación, ¡pero qué demonios! No se iba a echar atrás ahora.

—Ya has visto la cara de Tommy cuando jugaba con ella, la luz que había en sus ojos. ¿Cómo puedes destruir tan cruelmente la alegría de un niño? ¿O es que esa es tu forma de hacerme saber que tu lapsus momentáneo de juicio de anoche no cuenta y que sigues siendo el Comandante en jefe y tomas todas las decisiones? ¿Realmente sacrificarías a un cachorro indefenso, sin tener en cuenta el bienestar de Tommy, sólo por restablecer tu posición de autoridad en esta casa?

Él la miró en silencio por un momento que a ella le pareció eterno. Por fin, le dijo:

—Me temo que tu ansiedad por pintarme como el malo de la película te ha llevado a una conclusión equivocada, Nicole. No te estoy proponiendo que nos libremos del cachorro. Sólo me estoy negando a ese nombre. Me siento como un idiota llamándola así. Creo que yo preferiría llamarla *Orejas*.

Un fuerte sentimiento de humillación se apoderó entonces de ella.

—Ya veo, hum… perdona.

—No hay razón para que te disculpes —continuó él, aparentando estar fascinado por el bote de leche para bebés que había cerca del tazón—. ¿Por qué no nos la íbamos quedar? Parece que tiene buen temperamento.

—Gracias. Ya sabes lo que esto significará para Tommy. Estará encantado.

—Sí. Hace otro buen día.

—Sí.

—¿Tenéis algún plan especial Tom y tú?

—No.

—Puede que sea una buena idea que esté tranquilo. Anoche vomitó

de vuelta a casa…. Y hablando de anoche…

—Probablemente estaba demasiado excitado —dijo ella al mismo tiempo.

Para su sorpresa, él se rió, pero sin nada de humor. Luego, se volvió y la miró de frente.

—No te he pedido que vinieras aquí para hablar del tiempo, Nicole. Y, francamente, no me importa nada cómo llames a la perra. Creo que los dos lo sabemos.

Nicole decidió mantener la boca cerrada hasta estar segura de lo que venía a continuación, así que apretó los labios y miró al infinito.

—Tenemos que hablar de lo de anoche.

Cuando ella fue a darse la vuelta, Pierce añadió:

—No, no te vuelvas. Me siento fatal por ello. De todos los errores que he cometido en mi vida, creo que el de anoche llega a lo imperdonable.

Entonces, él estiró una mano y le abarcó la barbilla, haciéndola mirarlo a los ojos. Era un hombre decente, además de muy atractivo y honorable y le rompería el corazón mirarlo y ver lo profundamente que se arrepentía de esa experiencia.

—No volverá a suceder —dijo él.

Ésas eran las mismas palabras que usó cuando la besó por primera vez, pero esa vez, ella no encontró por ninguna parte la fiereza con que las repelió entonces.

—Espero —continuó él—, que eso no te haga… dejar el trabajo.

Nada de «hacer el amor», nada de «buen sexo», sólo «eso».

—No.

—Muy bien. A Tommy le resultaría muy duro.

—Y a mí también. Le tengo mucho cariño.

«Y eso por no mencionar a su tutor», pensó ella.

—Entonces será mejor que…

—Nos olvidemos de que ha sucedido —añadió ella amargamente.

¿Qué se había imaginado? ¿Que se sentiría obligado a casarse con ella porque en un momento de debilidad inexplicable habían sucumbido al sexo?

—Dudo que yo pueda lograrlo —dijo Pierce.

Pero sí que pareció lograrlo. Durante los siguientes tres días,

Nicole no lo vio en absoluto y no pasó nada de tiempo con Tommy. En vez de ir a cenar a casa, llamaba a eso de las siete para decir que se quedaba a trabajar hasta tarde.

Pasó lo mismo con los desayunos. Cuando Tommy y ella bajaban, él ya se había marchado. Estaba claro que la evitaba, pero lo que más le dolía era que su abandono había devuelto a Tommy a la inseguridad que había experimentado al principio.

—Nicole, ¿tío Pierce está viviendo con papá y mamá? —le preguntó el niño el miércoles—. ¿Es por eso por lo que ya no viene a casa?

Ella no supo qué contestarle.

Si Pierce no aparecía, no era ese el caso de Louise, que el jueves se paseó por la casa con papel y lápiz. Cuando descubrió que *Orejas* vivía allí, no tardó en airear su opinión sobre el asunto.

—¿Qué está haciendo aquí esta cosa? —preguntó cuando entró en la cocina.

—Si se refiere a la perrita, vive aquí —le contestó Janet.

—¿Dentro de la casa? No me puedo creer que el Comandante Warner lo sepa.

—Lo sabe.

Janet estaba haciendo bollos y Tommy la estaba ayudando, o algo así.

—¿Ya tienes listo eso para el horno? —le preguntó al niño.

—Casi está —respondió Nicole por Tommy.

—Yo soy alérgica a los perros, ya lo sabe —dijo Louise estornudando.

Orejas la miró como no pudiendo creerse que no todo el mundo se enamorara de ella nada más verla.

—No lo sabía —replicó Janet flemáticamente—. Y tampoco puedo decir que me importe. La perrita está aquí para quedarse.

—Eso ya lo veremos. En cualquier caso, no la quiero por aquí este fin de semana.

—¿Qué va a suceder este fin de semana? —le preguntó Nicole a Janet cuando estuvieron solas de nuevo.

—La señorita Trent ha planeado una fiesta de inauguración de la casa para el sábado. Yo diría que lo ve como una especie de entrenamiento para cuando asuma el papel al completo, pero si se cree que se va a hacer cargo de mi cocina, no sabe lo que dice. Hasta que no me digan lo contrario, yo sólo aceptaré órdenes del

Comandante y de nadie más.

A Nicole no se le ocurrió nada que la pudiera molestar más que ser forzada a ver a Louise del brazo de Pierce, llamándolo «querido» todo el rato.

—Podría estar bien que yo me llevara a Tommy a pasar el día fuera. A la señorita Trent le gustan los niños tan poco como los cachorros.

—Tienes razón. Si fuera por ella, probablemente los metería a los dos en un cercado en el jardín, tan lejos de la casa como fuera posible.

Pero cuando Nicole le mencionó la idea a Pierce en un momento en que él fue a casa inesperadamente para recoger algo que necesitaba en su oficina, él lo dejó muy claro.

—De eso nada. Quiero que Tom esté aquí.

—¿Por qué? No se lo pasará bien entre desconocidos mayores. Y menos a esas horas. Para él ya será muy tarde.

—Puede aparecer al principio y estar acostado a las siete —dijo rebuscando entre los papeles de su mesa—. ¿Lo has dejado jugar por aquí mientras yo no estaba? No puedo encontrar nada en este lío.

—No, no lo he dejado jugar aquí mientras tú no estabas. No es que no haya tenido oportunidades de hacerlo, dado lo poco que apareces por aquí últimamente. Me sorprendería que te reconociera la próxima vez que te viera.

—Todavía trabajo para la Armada, Nicole. Y sucede que tengo un trabajo que hacer. Un trabajo muy exigente, por si te interesa. Y debería interesarte, ya que es lo que me permite pagar esta casa. Y a ti.

Fueron esas palabras las que terminaron de sacarla de quicio.

—Yo aceptaría gustosa un recorte en mi sueldo si eso disminuyera tus gastos. Y te puedo asegurar que Tommy estaría igual de contento en otra casa menos opulenta si pudiera disfrutar de más tiempo con el hombre que se supone que ha de sustituir a su padre.

—¡Por Dios! ¿No crees que no lo sé ya? —respondió él, dejando con fuerza un grueso manual sobre la mesa—. Me doy cuenta de ello y últimamente me parece que todo me sale mal. Tengo que presentar un nuevo destructor, reuniones a las que asistir, viajes de negocios que debería hacer y que no paro de postergar por asuntos personales. Y, sobre todo, se supone que debería organizar esta biblioteca para que la gente venga este fin de semana y me diga qué bonito y

ordenado tengo el barco.

—También tienes un niño a tu cargo y va antes que todo eso. Aclara tus prioridades. Otros hombres lo logran.

Él la miró duramente.

—Bueno, pues yo no soy otro hombre. Éste no es el futuro que había planeado para mí, por si no te habías dado cuenta. Quedarme inútil para el servicio activo ya fue suficientemente malo, pero tratar de hacer bien un nuevo trabajo y encontrarme siendo un padre repentinamente… Deja que te diga que me está costando acostumbrarme.

—Y todavía te queda mucho —le respondió ella amargamente—. ¿O te crees que eres el único que está sufriendo? ¿Y Tommy? ¡Al infierno con tus sueños rotos! ¿Y los suyos?

Sus palabras alcanzaron el blanco. Él dejó de rebuscar frenéticamente y se pasó una mano por la cara.

—Tienes razón y siento que pienses que estoy abandonando a Tom. Créeme, eso es lo último que quiero. Puedes pensar lo que quieras de mí, Nicole, pero te puedo asegurar que estoy más que dispuesto a aceptar toda la responsabilidad de ese niño. No soy tan corto de mente como para no poder querer al hijo de otro hombre y, sobre todo, si es de Jim. Tom es una parte importante de mi vida y es tan dueño de esta casa como yo. Es por eso por lo que quiero que esté aquí el sábado, aunque sea sólo por unos minutos.

—Muy bien. Lo tendré listo para la revista a las seis. Luego lo recogeré de nuevo a las siete —dijo ella y se volvió, dispuesta para marcharse.

Pero las siguientes palabras de él la detuvieron en seco.

—Quiero que tú también estés.

—No me puedo imaginar por qué —dijo ella mirándolo—. No se suele incluir a los empleados en los eventos sociales.

Él suspiró como si lo que fuera a decir a continuación le costara mucho.

—Tú eres mucho más que una empleada, Nicole.

Sí que lo era, pero no como él pensaba. Ya le resultaba difícil mantener sus mentiras con él como para tener que hacerlo además con sus amigos.

—Preferiría no estar.

—No te voy a aceptar un «no» por respuesta.

—¿Es eso una orden, Comandante?

Cada vez la fastidiaba más la forma en que él utilizaba su autoridad para obligarla a hacer algo cuando mejor le venía.

Los labios de él se tensaron.

—Si así lo quieres sí, es una orden.

Pierce hizo una pausa como si se esperara que ella saludara o se marchara de la habitación, pero ella no hizo nada de eso y le devolvió una mirada llena de indignación.

—Como usted desee, Comandante.

Ella pudo ver la ira reflejada en el rostro de Pierce.

—Lo deseo —respondió él como si se dirigiera a un oficial inferior—, después de todo, te pago para que cumplas el día completo.

—¿Y qué pasa con las veladas? ¿O es que te imaginas que debo estar libre para entretenerte cuando no tengas nada mejor que hacer?

Pierce se puso muy pálido.

—Si ésa es la opinión que tienes de mí, entonces no se me ocurre por qué sigues aquí y, ciertamente, yo entendería que quisieras renunciar al trabajo.

Ya era demasiado tarde para tragarse sus palabras y Pierce no era el único que tenía que poner en orden sus prioridades.

—Estoy aquí porque Tommy me necesita y no lo abandonaré porque tú y yo…

—Exactamente. Tommy te necesita. Lo haces sentirse seguro y a salvo. Nadie lo controla mejor que tú. Y eso era a lo único a lo que me refería cuando te dije que quería que estuvieras con él el sábado.

Ella no tenía por qué sentirse molesta por esa respuesta. ¿Qué otra cosa se había esperado que dijera? ¿Que porque habían hecho el amor se sentía obligado a tratarla como a una igual? ¿Como a alguien que le importara en más sentidos que únicamente por ser la niñera de Tommy? ¿Que se lo había pedido por el simple placer de su compañía?

Controló el dolor y se encogió de hombros indiferentemente.

—Lo comprendo perfectamente. Y ahora, si me perdonas, tengo que ganarme el sueldo.

Llegó hasta la puerta antes de que él la detuviera con la voz llena de ira de nuevo.

—No hagas esto, Nicole.

Ella se quedó con la mano en el picaporte y dándole la espalda.

—¿Qué es lo que estoy haciendo que te desagrada?
—Jugar a hacerte la mujer ofendida. Adoptar esa actitud hacia una relación que…
—No tenemos una relación, Comandante —respondió ella volviéndose—. Tenemos lo que me has recordado sucintamente hace menos de cinco minutos, un contrato.
Él la miró fijamente con una expresión inescrutable. Ella le devolvió la mirada.
Por fin, Pierce se encogió de hombros entre frustrado y resignado.
—Ya veo. Lamento que lo veas de esa manera. Esperaba que pudiéramos ser amigos.
Si le hubiera ofrecido su amistad el día que se conocieron, ella la habría aceptado de buena gana. Esa amistad habría hecho que las mentiras fueran innecesarias y habría dejado la puerta abierta para que el amor creciera. Pero ya no había vuelta atrás. No podía haberla desde el momento en que ella se había presentado a sí misma como otra persona de la que era en realidad.
Lo mejor que podía esperar era que, cuando él supiera la verdad sobre ella, comprendiera sus motivos y la perdonara. Tal vez pudieran ser amigos entonces. El hecho de que eso ya no la satisficiera era algo que tendría que soportar sola.

Apenas habían terminado de desayunar el sábado cuando empezó el espectáculo. Empezaron a llegar furgonetas y la casa se llenó de la gente de Louise preparándolo todo para la fiesta.
—En mi época, una fiesta de inauguración eran unos poco amigos que se reunían para tomar algo —se quejó Janet—. No me puedo creer que el Comandante desee todo esto.
A Nicole le sorprendió que Pierce pareciera más que ansioso por darle carta blanca a Louise. Se marchó con la excusa de tener cosas que hacer en su oficina de la ciudad. Nadie lo volvió a ver hasta esa tarde.
Para entonces, Louise había organizado una verdadera transformación en la casa. Había flores por todas partes y los árboles del jardín estaban llenos de luces de colores. Incluso había un pianista tocando en el salón, un cuarteto de cuerda tocaba a Mozart en la terraza de fuera de la biblioteca y un montón de camareras y

camareros uniformados estaban listos para servir Champán francés y aperitivos exóticos.

Todo brillaba como los chorros de oro, pero nada podía compararse con la anfitriona. Louise estaba deslumbrante vestida de terciopelo verde con unos pendientes de diamantes y un leve aura de perfume.

—Si llevara la falda más corta, se encontraría con el escote —dijo Janet mientras ayudaba a Nicole a preparar a Tommy para la fiesta—. Esa mujer no deja nada para la imaginación de los hombres.

—Bueno, no se la puede culpar por querer tener buen aspecto. Se ha tomado muchas molestias para que la velada sea un éxito —respondió Nicole tratando de ser justa.

—Y también se ha divertido haciéndolo. Todo esto promete ser la más extravagante muestra de sus energías y del dinero del Comandante desde el día en que le clavó las garras y lo convenció para que comprara esta casa.

—Le tienes mucho cariño a Pierce, ¿verdad?

—¿Por qué no se lo iba a tener? Lo conozco desde que era niño. Fui el ama de llaves de sus padres hasta que se retiraron a Arizona y me ofrecí la primera cuando necesitó a alguien que le llevara esta casa. Aunque no espero permanecer aquí cuando la señorita Trent se venga a vivir aquí. No soy suficientemente elegante para ella.

Luego, miró críticamente la sencilla falda y blusa azules que llevaba Nicole.

—Y hablando de elegancia, espero que no sea eso lo que lleves cuando bajes.

—¿Qué tiene de malo?

—Parece un uniforme. Lo único que te faltan son los zapatos y calcetines blancos para parecer una colegiala.

Aunque Janet y ella se habían hecho muy amigas, sus conversaciones raramente entraban en lo personal, así que Nicole se sintió un poco sorprendida por semejante franqueza.

—Bueno. También me los puedo poner si crees que me sentarán bien.

Janet inclinó a un lado la cabeza.

—¿A quién estás tratando de engañar, Nicole?

—¿Qué quieres decir?

—Puede que yo tenga más de sesenta años, pero eso no significa que no vea lo que está pasando delante de mis narices.

El corazón le dio un vuelco a Nicole.

—Realmente no sé de lo que me estás hablando —insistió con la boca seca.

—Eres una chica bonita, Nicole. Y eres demasiado lista como para no saberlo, lo mismo que el Comandante. Lo he visto observándote, igual que te he visto a ti mirándolo cuando crees que no se da cuenta.

—¡Tonterías!

—Y además —continuó Janet sin hacerle caso—, hay una suavidad en ti, una femineidad si quieres, que Louise Trent no tendrá nunca por mucho que lo intente.

—Es una exitosa mujer de negocios y no tiene que preocuparse por hacer otro papel.

—Es demasiado agresiva. Oh, puede saber cómo cerrar un trato y nadie mejor que ella para ejercer presión en una venta, pero tú eres la clase de mujer con la que se casaría un hombre como Pierce Warner. Así que, ¿por qué te esfuerzas tanto en vestir lo más sencillamente posible? ¿Por qué tienes miedo de mostrarte con tu mejor aspecto?

—Sólo soy una empleada, Janet.

—¡Tonterías! Eso es lo que una mujer de mi edad podría pensar, pero una chica moderna como tú debería pensar de otra manera. Deja a Tommy conmigo y vete a poner algo más elegante. Dale una lección a Louise en vez de dejarle el campo libre.

—No. No creo que a Pierce le gustara que yo pareciera querer destacar en una ocasión social que tan claramente no me incluye.

—Y tampoco le gustará que aparezcas como si te pagara tan poco que no te pudieras poner algo más atractivo que una sencilla falda vieja de algodón y una blusa.

—No tengo nada…

—Ahórrate la saliva. Yo hago la colada en esta casa, recuerda, y he visto lo que tienes en el armario. Tienes muchas cosas bonitas que ponerte —dijo Janet colocándose a Tommy en el regazo—. Vamos, muéstrale al Comandante lo que se está perdiendo.

¿Fue la vanidad lo que hizo irresistible la idea o simplemente que la verdadera Nicole Bennett había sido arrinconada durante demasiado tiempo como para desaprovechar la oportunidad de mostrarse por un rato? Fuera cual fuese la razón, Nicole volvió a su *suite* y rebuscó entre las cosas que tenía en el armario.

Una voz en su interior le dijo que tuviera cuidado, que podía estar

jugando con fuego. Si aparecía demasiado sofisticada levantaría sospechas. No le gustaría que a nadie se le ocurriera hacer preguntas incómodas. Tenía que olvidarse de los vestidos de alta costura de seda, del vestido de noche italiano. Toda esa ropa indicaba un dinero que se suponía que ella no tenía.

Así que eligió un vestido crema con un cinturón de seda. Los pendientes de su abuela habrían quedado fantásticos, pero le pareció más seguro el collar de perlas que le habían regalado sus padres por su graduación. El bronceado que había adquirido contrastaba muy bien con su atuendo.

—Encantadora —le dijo Janet cuando apareció con Tommy en su puerta—. Siempre me ha gustado cuando te recoges el cabello en lo alto de la cabeza de esa manera, dejando que los rizos te caigan sueltos.

Nicole se miró al espejo por última vez.

—¿Crees que estoy bien?

—Como para parar el tráfico.

No hizo eso, pero logró que las conversaciones se interrumpieran cuando bajó con Tommy de la mano. La gente se volvió para mirarlos cuando se abrieron camino entre ellos y se dirigieron a donde estaba Pierce. Algunos de ellos sonrieron, unos pocos la saludaron, pero la mayoría se limitaron a comentar entre ellos.

—Ése es el niño…

—Pierce es el tutor legal… El pariente más próximo.

«Eso no es cierto», pensó Nicole.

—Ella debe de ser la niñera. He oído que ha contratado una…

—Nadie sabe mucho de ella. Es nueva por aquí, por lo que tengo entendido. Viene de algún lugar del este.

—Es joven, ¿verdad?

—Joven y guapa. Me esperaba a una mujer mucho mayor.

En otro tiempo, Nicole se habría movido con facilidad en una fiesta como ésa. Sus padres tenían dinero y solían dar buenas fiestas. De su madre, había aprendido a manejarse bien con los menús elegantes y, de su padre, a saber distinguir entre un vino simplemente excelente y otro magnífico. Pero esa noche se sentía como Cenicienta, temiendo que su disfraz desapareciera y mostrara la impostora que era.

Así que llegó a arrepentirse de haberse vestido de aquella manera

y deseó poder pasar desapercibida.

—Estaba empezando a pensar que iba a tener que ir a buscarte —le dijo Pierce poniéndosele súbitamente delante.

Lo vio inspeccionarla. Vio la aprobación en sus ojos cuando se fijaron en su peinado, en las perlas del collar, en su escote, no demasiado pronunciado, pero que, bajo su mirada, le pareció indecente.

—Aquí está Tommy —dijo ella pasándoselo a su tío y preparándose para retroceder por donde había venido—. Ahora te dejo para que se lo presentes a todo el mundo.

—No tan aprisa —respondió él agarrándola del brazo y conduciéndola a la biblioteca, donde parecían haberse congregado la mayor parte de los invitados—. Quiero que la gente te conozca a ti también.

—La verdad es que yo preferiría…

—¿Qué tal si te tomas algo? —dijo él, tomando una copa de Champán de un camarero que pasaba y poniéndosela en la mano a ella.

—De verdad que no, Pierce. Estoy aquí para trabajar.

—Entonces considérate libre de servicio.

Él le puso entonces la mano en la espalda y la hizo entrar. Ese contacto la hizo recordar ese otro mucho más íntimo que habían tenido en la piscina.

Se apartó involuntariamente de esa mano.

—Relájate, Nicole —murmuró él—. Estamos rodeados de gente. Tu virtud está a salvo.

Nicole pensó que era una pena.

—Nunca se me habría ocurrido pensar de otra manera.

Luego, atravesó la biblioteca y salió al jardín.

Allí se habían concentrado numerosos invitados. Cuando Pierce apareció con Tommy, todos los miraron.

—La mayoría de vosotros ya conocéis a Tom —dijo, tirando de Nicole cuando ella trató de retroceder—. Pero no creo que conozcáis a la mujer que es la responsable de que haya vuelto a sonreír. Esta es su niñera, Nicole Bennett.

Todos asintieron y sonrieron, le dieron la mano y la saludaron, diciéndole que estaba haciendo un muy buen trabajo y la suerte que había tenido Pierce de encontrarla. Ella les devolvió las sonrisas, pero

entonces se dio cuenta de que Louise se había dado cuenta de lo caro que era el vestido que llevaba. La miró con la misma suspicacia con que habría mirado a una araña venenosa.

Nicole la ignoró y se dedicó a observar cómo se portaba Tommy en su primera fiesta formal. Estaba adorable con sus pantalones cortos y la camisa a rayas rojas y blancas. El cabello se le había puesto más rubio por el sol y sus ojos azules parecían aún más hermosos.

Pensó que merecía todas las mentiras que había contado por él. Las volvería a decir sin dudarlo por estar así de cerca de él.

No se dio cuenta de que alguien la estaba observando a ella igual de detenidamente hasta que una voz conocida le dijo:

—Tu evidente afecto por el hijo de Arlene es tan notable que, si no lo supiera, se podría decir que eres pariente suyo.

Sorprendida, se volvió y se encontró con la mujer con la que había hablado en el restaurante. La amiga de Arlene.

—¡Cielos! —exclamó, dejándose dominar por el pánico—. ¡Usted!

—Sí, y mi nombre es Alice Holt, Alice para los amigos. ¿No te parece una gran coincidencia que nos hayamos vuelto a encontrar aquí, donde vive el hijo de mi mejor amiga? Creo que deberíamos hablar de ello, ¿no?

Antes de que ella pudiera responder, Nicole se sintió observada por otra persona. Levantó la mirada y se encontró con que Louise estaba en la puerta de la biblioteca, mirándola con unos ojos que echaban chispas. Entonces, echó a andar decididamente hacia el patio.

Nicole cerró los ojos y pensó que así era como iba a terminar todo aquello. Con ella arrinconada y denunciada como mentirosa delante de la mitad de la población de Morningside. Después de eso, no esperaba poder pasar otra noche bajo el mismo techo que Tommy, y mucho menos poder seguir cuidando de él.

Capítulo Seis

—No creo que al Comandante Warner le guste que se dedique ya conversar con los invitados, señorita Bennett —dijo Louise fríamente —. Creo que preferiría que esperara en la habitación del niño hasta que la mandara a buscar.

—Te equivocas del todo, Louise —la interrumpió la amiga de Arlene—. He sido yo la que he empezado a conversar con la señorita Bennett y no creo que Pierce le importe en absoluto. De hecho, por ahí viene, ¿por qué no se lo preguntamos a él?

—Eso no es necesario…

Pero la amiga de Arlene no era fácil de detener una vez que se había puesto en marcha.

—Pierce —dijo—. Estoy teniendo una charla encantadora con la señorita Bennett. ¿Te importa?

—¿Por qué me iba a importar? —respondió él sonriendo—. Mantenla aquí abajo todo el tiempo que puedas, Alice. No me ha creído cuando le dije que era bienvenida a la fiesta, pero puede que a ti te haga caso.

—¿Pero y Tommy? —preguntó ella, desesperada por escapar—. No lo veo por ninguna parte.

—Ha ido a la casa. Me dijo algo de que iba a ver cómo estaba *Orejas*.

—¡Cielo Santo! ¡Primero la niñera y luego el perro! Me pregunto qué será lo siguiente —murmuró Louise.

Pierce no la oyó y exclamó:

—¿Quién ha invitado al alcalde?

—Yo, por supuesto —respondió Louise sonriendo y lo tomó del brazo.

Luego se lo llevó a recibir a los recién llegados mientras añadía:

—Es un hombre poderoso que conviene que tengas de tu lado, querido. Puede que alguna vez lo necesites y yo sé que está buscando una casa nueva.

—Ha sido una suerte que haya aparecido cuando lo ha hecho —dijo Alice secamente—. Nuestra estimada anfitriona estaba a punto de ponerse nerviosa por verse arrinconada por un perro.

Y, como respondiendo a esas palabras. *Orejas* apareció corriendo por la puerta justo entonces, encantada por verse libre de su encierro en el cuarto de la lavadora. Corrió locamente por el patio por entre

los empleados con Tommy detrás. Las mesas se bambolearon peligrosamente, a uno de los camareros estuvo a punto de caérsele una bandeja de canapés y se oyeron gritos por todo el camino que recorrió la perrita.

—Por favor, discúlpame —le dijo Nicole a Alice—. Creo que es mejor que me ocupe de esto antes de que se arme un alboroto.

—Por supuesto. Pero, querida, deberíamos hablar más tarde, cuando las cosas se hayan tranquilizado.

—Sí —respondió Nicole, temiendo que esa mujer hubiera sacado algunas conclusiones demasiado certeras y pensando que, tal vez, la pudiera convencer para que las mantuviera en secreto—. Creo que debemos hacerlo. Tommy se va a la cama a las siete y yo estaré en mi *suite* tan pronto como lo haya acostado. Es la tercera puerta a la izquierda en el piso de arriba, justo al lado de la del niño.

—Excelente. Por lo menos allí podremos hablar sin que nos molesten. Mientras tanto, por ahí, entre la multitud, hay un niño y un perro creando un pequeño caos, así que no te retengo más —dijo Alice divertida.

Nicole fue a buscarlos. Cuando vio a *Orejas*, Pierce la tenía firmemente sujeta, pero a Tommy no se le veía por ninguna parte.

—Lo siento —jadeó ella—. Debería haber vigilado más de cerca a Tommy. Nos aseguramos de que la perrita estaba encerrada en el cuarto de la lavadora antes de que empezara la fiesta y no se me ocurrió que él decidiera soltarla.

Pierce le acarició las orejas al cachorro.

—No se ha producido un daño real. Yo he accedido a que esté fuera siempre y que no ande corriendo por ahí molestando a la gente y Tommy ha entrado a por su correa.

Nicole se imaginó cómo iba a reaccionar Louise a esa noticia.

—La señorita Trent tiene razón, Pierce. Ésta es una fiesta muy elegante y no estoy segura de que sea apropiado tener por aquí a un cachorro.

—Yo tampoco estoy completamente seguro, pero Tom me ha convencido —dijo él, divertido—. Cuando le dije que la volviera a llevar a la casa, se tiró al suelo y se puso a llorar. Francamente, estaba dispuesto a dejarla corretear por la mesa del *buffet* para hacerlo callar.

—Ya temía yo que algo así fuera a suceder. Es difícil para un niño

de cuatro años aguantar una fiesta así al final de un largo y caluroso día.

—¿Y tú, Nicole? —le preguntó Pierce suavemente—. ¿Cómo lo estás llevando?

A ella le pareció como si le fueran a fallar las rodillas ante la intensidad de su mirada. Pero no fue el amor lo que cargó de intensidad la atmósfera, sino simple lujuria, se dijo a sí misma, eligiendo esa palabra para tratar de suavizar las emociones que había entre ellos. Pero nada suavizó la necesidad que sentía en su interior.

—Soy lo suficientemente profesional como para poder hacerme cargo de Tommy. Tú deberías haberte quedado con tus invitados y haberme dejado a mí que me ocupara de esto. Después de todo, es por eso por lo que estoy aquí.

—Lo habría hecho, pero tú estabas muy enfrascada con tu conversación con Alice, así que era más fácil que me ocupara yo mismo.

Entonces, de repente, Pierce la tomó la mano y añadió;

—Y, para que conste, Nicole, estás aquí porque yo lo quiero. Por favor, ¿podríamos olvidar esa desagradable escena en la biblioteca del otro día? Tienes que saber que te valoro demasiado como para poner precio a lo que has traído a la vida de Tom… y a la mía.

Él pareció tan sincero que a ella le habría resultado muy fácil convencerse a sí misma de que quería decir mucho más con esas palabras, de una manera que no tenía nada que ver con Tommy.

El problema estaba en que todo tenía que ver con Tommy de maneras que Pierce no se podía ni imaginar y Nicole tenía la desagradable sensación de que la historia que tan dolorosamente había tejido sobre ella misma estaba empezando a ser desvelada. Sólo era cuestión de tiempo el que Pierce supiera que había sido engañado desde el principio.

Cuando eso ocurriera, ¿seguiría él deseando su compañía? ¿Cómo iba a pensar que ella no le había seducido deliberadamente para conseguir sus propios fines? Si no hubiera accedido a tomarse algo esa noche en la piscina… Si no se hubiera puesto ese bañador que era una forma de buscarse problemas en sí misma…

El arrepentimiento por tantas cosas la hizo suspirar involuntariamente. Malinterpretando su respuesta, Pierce le besó el dorso de la mano de una forma tan impulsiva que la afectó

intensamente.

—Nicole, estás preciosa esta noche —le dijo—. Llevo deseando decírtelo desde el mismo momento en que has aparecido.

Un movimiento llamó entonces la atención de Nicole desde detrás de él, cerca de la casa. Louise los miraba entre las plantas y, aunque su expresión no revelaba nada, tenía los puños fuertemente cerrados.

—Has de estar con tus invitados, Pierce —le dijo Nicole apartando rápidamente la mano—. Deja conmigo a *Orejas* y vuelve a la fiesta.

Por la forma en que él frunció el ceño, ella supo que estaba a punto de discutírselo, pero no le dio la oportunidad de hacerlo. Tomó de sus brazos al cachorro y se apresuró hacia la cocina. Ya eran las siete menos veinte y dentro de menos de una hora tendría que hablar con Alice. No le apetecía nada tener un segundo enfrentamiento con Louise. Uno al día era suficiente.

Pierce se dio un poco de masaje en la espalda, donde había sufrido la herida que lo había retirado del servicio, y se preguntó qué habría hecho para hacerla irse de esa manera.

En momentos como ése echaba de menos la Armada. No porque le gustara la guerra, sino porque, comparada con la vida civil, el servicio en el mar no era nada complicado. Todo se llevaba a cabo conforme a las reglas y las cosas eran extremadamente claras. No había significados ocultos, ambigüedades ni señales sutiles. La comunicación era directa y clara. Comprendía a los hombres y cómo funcionaban sus cerebros.

Pero las mujeres lo confundían.

No era ningún estúpido. Había estado con bastantes mujeres y sabía que lo encontraban atractivo. Pero aun así, no conectaba con ellas en algún nivel y siempre se había sentido aliviado de alguna manera cuando volvía a una vida libre de interferencias femeninas. El amor, por lo menos el romántico, había sido siempre algo que había pensado que dejaría para otro momento más conveniente.

Cuando se vio de repente siendo padre de un niño de cuatro años, pensó que contratar una niñera les haría la vida más fácil a todos. Pero desde el mismo instante en que ella puso los pies en la casa, Nicole no le había producido más que complicaciones.

No la comprendía, no sabía cómo tratarla. Había puesto su vida

cabeza abajo y había usurpado su autoridad cada vez que había podido. Y a pesar de todo, disfrutaba de cada momento cerca de ella.

Le sorprendía la paciencia y cariño que ella demostraba con Tom. Había llegado incluso a pensar cómo se portaría con un hijo propio. Con el de él. Esa imagen se había colado en su mente y le resultaba fascinante.

Ahora incluso le parecía algo posible de conseguir.

Llevaba días pensándolo, temiendo confiar en sus sentimientos. ¿Era amor lo que sentía por ella, o necesidad? Después de todo, había pasado los treinta y cinco años de su vida sin pensar en el matrimonio. ¿Es que se había decidido a su favor en esos dos últimos meses o sus sentimientos tenían más que ver con la conveniencia?

—Bueno, por fin te encuentro. Estás lleno de pelo de perro —le reprochó Louise.

Eso le recordó que Nicole no era la única complicación de su vida. Iba a tener que dejar las cosas claras cuanto antes con Louise.

—Viene con la casa, Louise. Tenemos un cachorro viviendo ahora con nosotros. ¿Qué te ha traído de nuevo aquí? Normalmente no frecuentas el porche de la cocina.

—Ya te he dicho que te estaba buscando —respondió ella, limpiándose la nariz con un pañuelo de papel—. No estás siendo muy sociable, Pierce. Nuestros invitados se están preguntando qué han hecho para que te escondas.

Pierce pensó que no eran sus invitados, sino los de ella. No conocía a la mitad de la gente.

Louise lo tomó del brazo y le dijo:

—¿No te lo estás pasando bien, querido? Pareces un poco preocupado.

Él resistió la tentación de decirle que no podía esperar a que terminara la velada. Louise había trabajado duramente para que fuera un éxito, para demostrarle lo mucho de sí misma que estaba dispuesta a invertir en una relación con él.

Una semana antes, probablemente habría visto sus esfuerzos con más tolerancia, si no con entusiasmo, pero habían pasado muchas cosas esa última semana. Su creciente fascinación por Nicole había culminado haciendo el amor con ella y eso lo había cambiado todo. Pero no era el momento de decirle a Louise que lo que llevaba sospechando por un cierto tiempo había cristalizado en una certeza:

no veía ningún futuro en ellos como pareja.
—¿Pierce? ¿En qué estás pensando?
—En que tienes razón. Deberíamos volver a la fiesta.
—¿Estás seguro de que no te preocupa nada?
—Nada de lo que quiera hablar ahora. Ya hablaremos en otro momento.
—¿Es la niñera, Pierce?
Él se percató inmediatamente de que, tratando de evadir el tema de conversación, había cometido un error táctico.
—¿Por qué has llegado a esa idea, Louise?
—Porque no puedo dejar de darme cuenta de lo poco eficaz que es. Mira esta tarde, por ejemplo. ¿Dónde estaba cuando tú la necesitabas? Charlando con los invitados y dejando que tú hicieras el trabajo por el que le pagas.
Louise volvió a limpiarse la nariz entonces.
—¿Te estás acatarrando? Si es así, ¿no crees que deberías quedarte aquí dentro para organizar las cosas?
—No estoy acatarrada, Pierce. Es el perro. Ya te he dicho muchas veces que soy alérgica.
Cuando él no dijo nada, ella continuó.
—Pero volviendo a la señorita Bennett, tal vez fuera mejor que otra persona le indicara sus deberes exactamente, otra mujer. ¿Quieres que yo hable con ella?
—No, gracias. Yo no tengo ningún problema en hablar claramente cuando la ocasión lo requiere.
—Como quieras. De todos modos, la oferta sigue en pie, por si decides que te ayude. Estoy en esto para lo mejor y lo peor, Pierce, ya lo sabes.
Y él temió que así fuera. Cortar los lazos que lo unían a Louise no iba a ser algo sencillo. La Guerra del Golfo iba a ser una broma al lado de esa tenacidad de perro de presa.

Cuando *Orejas* estuvo bien atada, ya eran casi las siete.
Nicole tomó entonces a Tommy, que no quiso separarse del cachorro, para que se despidiera de todo el mundo y se sintió tremendamente aliviada de poder dejar la fiesta.
—Recuerda tus buenos modales, bonito —le dijo al niño.

Tommy lo hizo perfectamente al principio, soportando con entereza los abrazos de las mujeres presentes, pero llegaron inevitablemente a donde Louise estaba sentada con un grupo de amigos. Fue entonces cuando todo es estropeó.

Mientras se acercaba, Tommy miraba a Louise como fascinado. Muy consciente de la audiencia, Louise actuó perfectamente en su papel de supuesta futura madre.

—Hola. ¿Has venido a darle las buenas noches a tía Louise?

Tommy no dijo nada y siguió mirándola fijamente. Nicole entonces se dio cuenta de lo que le había llamado la atención. A Louise se le había pegado a la nariz un trozo de pañuelo de papel. Una nariz que tenía bastante roja, como si se la hubiera estado sonando repetidamente y que hacía que ese pedazo de papel blanco destacara más todavía.

Louise empezó a sentirse incómoda.

—Es de mala educación mirar así, Thomas —dijo sonriendo fríamente—. ¿Es que tu niñera no te lo ha enseñado?

Tommy siguió mirándola fijamente y, finalmente, dijo:

—Tienes algo en la nariz.

Fue algo tan clásico que Nicole no pudo evitar reírse. A los demás les pasó lo mismo. Entonces, la mujer que estaba sentada al lado de Louise se inclinó y le dijo algo al oído.

Poniéndose escarlata de rabia y vergüenza, Louise se frotó furiosamente la nariz.

—¡Aparta de mí a esta criatura nauseabunda! —exclamó sin poder contenerse señalando a *Orejas*—. ¡No me extraña que apenas pueda respirar!

Nicole se volvió para que no la vieran reírse y se encontró con Pierce.

—Me temo que hemos caído en desgracia —le dijo.

—Y yo me temo lo mismo —murmuró él riéndose—. Realmente no es de buena educación reírse a costa de otra persona, Nicole. ¡Estoy sorprendido! Llévate al pequeño antes de que pueda decir unas cuantas verdades más.

—No es cosa de risa, Pierce. La señorita Trent no nos va a perdonar a ninguno por esto.

—No puedo decir que la culpe por ello —replicó él sonriendo—. Acuesta a estos monstruos y luego vuelve aquí a ver si podemos

arreglar algunos daños.

—Preferiría no hacerlo. No es mi fiesta, Pierce, y me siento fuera de lugar. Además, no creo que Louise vaya a aceptar mis disculpas, aunque yo quisiera ofrecérselas.

—En ese caso —dijo él apartándola fuera del oído de los demás—, espera hasta que todos se hayan marchado. Hay algo de lo que quisiera hablar contigo y no creo que pueda esperar por más tiempo. Tiene que ver con el futuro de Tommy y me gustaría que me dieras tu opinión sobre lo que estoy pensando hacer.

Ella se estremeció alarmada.

—¿No estarás pensando mandarlo a un colegio interno o algo así?

—No. Tengo algo muy distinto en mente que tiene relación contigo. Así que espero verte más tarde, cuando volvamos a estar solos en la casa. ¿De acuerdo?

—De acuerdo —respondió ella con un nudo en la boca del estómago. Ese aire decididamente furtivo de él la ponía muy nerviosa.

Cuando terminó de bañar y acostar a Tommy y volvió a su habitación, se había olvidado de que tenía otra reunión esa noche y se quedó sorprendida al ver a Alice Holt cerca del escritorio de su *suite*.

—Espero que no te importe que haya entrado —dijo Alice—. No me pareció oportuno esperarte en el pasillo, donde me podía ver todo el mundo.

—No me importa —dijo ella pero no era cierto. Le importaba tanto, que no pudo evitar añadir:

—¿Has encontrado ya lo que estabas buscando?

Alice se ruborizó levemente.

—No, aunque tengo que admitir que me he sentido tentada. Pero pensé que te merecías la oportunidad de explicarme antes tu caso.

—Muchas gracias —dijo Nicole suspirando al tiempo que se sentaba en el sofá cerca de la ventana—. Ya te has imaginado quién soy yo en realidad, ¿no?

—Creo que eres una impostora y mi sentido común me dice que debería desenmascararte. Pero, por razones que no acabo de entender, te pareces físicamente a mi difunta amiga y estás tratando de ganarte a su hijo o a Pierce. Lo extraño es que ese parecido con Arlene me predispone a que me caigas bien y esa es la única excusa

que se me ocurre para no sacarlo a la luz.

Alice se sentó en una silla delante de la mesa y se cruzó de piernas, demostrando con ello que no estaba dispuesta a marcharse sin una explicación convincente.

—De todas formas, mi conciencia me está empezando a molestar, así que me gustaría que me explicaras las razones que hay detrás de esta complicada charada que has tenido a bien admitir.

—Yo soy la hermana de Arlene.

Alice se rió.

—¡Eso es una tontería! Arlene no tenía hermanas. Era hija única. Su madre no pudo tener más hijos después de su nacimiento.

—Su madre no podía tener hijos. Punto. Arlene fue adoptada cuando tenía dieciocho meses de edad, pero lo descubrió sólo unos meses antes de morir. Nuestra madre biológica nos dio en adopción porque no se sentía capaz de damos la clase de vida que pensaba que nos merecíamos después de que nuestro padre nos abandonara.

Alice se quedó mirándola por un momento, aparentemente sin palabras. Por fin, tragó saliva y dijo:

—Y tú puedes probar eso, ¿verdad?

Nicole le señaló la mesa.

—Todo está ahí, en un sobre marrón en el fondo del cajón. Míralo tú misma.

—No. Prefiero que seas tú la que me lo cuente. Por ejemplo, ¿por qué Arlene no me dijo nada si, como dices, lo sabía todo meses antes de su muerte?

—Decidimos mantenerlo en secreto hasta que tuviéramos la oportunidad de reunirnos. Yo no lo descubrí hasta el pasado agosto y luego me pasé todo el invierno tratando de seguirle la pista. Sus padres adoptivos se negaron a ayudarme cuando los encontré. Me dijeron que se habían lavado las manos cuando se casó y que no querían saber nada más de ella.

—Me lo creo —dijo Alice—. Los Goodman son muy posesivos. Ésa fue una de las razones por las que Arlene y Jim decidieron venirse a vivir aquí, lejos de su influencia.

—Bueno, pues yo estaba decidida a no dejarme vencer y mis padres adoptivos se portaron maravillosamente conmigo. Me ayudaron y animaron en cada momento. Finalmente la encontré en febrero.

—¿Pero no la viniste a visitar hasta después de su muerte? Eso no

encaja. ¿Qué te mantuvo apartada hasta entonces?

—Mi trabajo y el tiempo en el medio oeste. El invierno no es la mejor época para conducir. Pero nos escribimos y hablamos por teléfono a menudo. Habíamos planeado reunirnos a principios de junio. Habíamos pensado pasar unos días solos los cuatro…

Inesperadamente, la asaltó el dolor que llevaba controlando tanto tiempo y, con él, la ira.

—Ya estaba de camino hacia aquí cuando sucedió el accidente. Estaba previsto que llegara el primer jueves de junio y ella se mató el sábado anterior. Fue una jugada cruel del destino que, después de haber estado separadas la una de la otra durante todos estos años, no nos encontráramos por tan escaso margen de tiempo, y nunca perdonaré a Dios por habérsela llevado de esa manera. Y ahora, adelante, lee lo que hay en ese sobre si no me crees.

Alice la miró pensativamente antes de sacar el sobre del cajón y ponerse a leerlo sentándose al lado de Nicole en el sofá.

Mientras Alice leía, ella miró por la ventana y vio que el sol ya se había puesto y sólo quedaba una tenue luz en el horizonte. Louise estaba charlando con unos invitados.

Pierce estaba un poco más allá, charlando también con otros tres invitados, pero la mayoría de la gente estaba agrupada alrededor de la mesa del *buffet*.

Estaba claro que la velada había sido un éxito.

Entonces, oyó detrás de ella un ruido de papeles y un suspiro y se volvió.

—Querida —dijo Alice con un hilo de voz—. Lo siento mucho. Tienes que haberlo pasado muy mal desde tu llegada aquí. Pero lo que todavía no comprendo es por qué no has confiado en Pierce. Él lo habría comprendido.

—Yo no tenía forma de saberlo el día que llegué aquí. Acababan de darle la custodia de un niño que era más pariente mío que suyo. ¿Cómo sabes que no me habría considerado una amenaza para sus derechos de custodia? Si yo me viera en esa situación, lo habría visto así. Y habría removido cielo y tierra para tratar de evitar que un desconocido me apartara de Tommy.

—¿Querías llevarte a Tommy de su lado?

—No. Yo sólo quería estar cerca de él, amarlo y consolarlo, ayudarlo a pasar esta época horrible de su vida. Pero tuve miedo de

que, si revelaba mi verdadera identidad, Pierce pensara que tenía motivos ocultos.

—No le hiciste ningún favor pensando eso.

—Tal vez, pero yo no pensaba correctamente. En esos momentos, no me pareció mal presentarme para el puesto de niñera. ¿A quién podía hacerle daño?

—A ti misma —dijo Alice—. Y, en su momento, a Pierce. Lo conozco desde hace mucho tiempo, Nicole. No se lo va a tomar muy bien cuando sepa que lo has engañado de esta manera. Tiene en muy alta estima la sinceridad y la confianza.

Las lágrimas se le saltaron entonces a Nicole.

—No es necesario que me digas eso ahora, Alice. Las cosas ya son lo suficientemente complicadas.

—Sólo pueden empeorar, querida. Como ya te dije cuando nos conocimos, fue el cabello lo que me confundió al principio, ya que tú eres morena y Arlene era rubia natural. Eso puede confundir a la gente al principio, pero cuanto más te miro, más similitudes veo entre ella y tú. En realidad, os parecéis tanto que me sorprende que no lo haya visto nadie más.

—¿Crees que Pierce puede haberlo notado?

—Puede que no. Hasta que sufrió el accidente, estuvo por ahí mucho tiempo y no llegó a conocer mucho a Arlene. Pero alguien más puede notarlo. Sobre todo después de esta noche, con tanta gente que la conocía andando por aquí.

Entonces, tomó las dos manos de Nicole y añadió:

—Acepta mi consejo y cuéntaselo a Pierce antes de que lo haga otra persona. Por favor, Nicole.

—Quiero hacerlo, pero…

Entonces, un ruido en la puerta precedió a la entrada de Louise.

—Lamento interrumpir, pero me he roto una uña y me preguntaba si me podríais prestar una postiza.

—Me sorprende que no lleves de repuesto —dijo Alice al tiempo que buscaba en su bolso—. Toma una mía. Quédatela, yo tengo otra.

Dándose cuenta de que el contenido del sobre estaba expuesto, Nicole aprovechó el momento y lo recogió rápidamente, escondiéndolo a continuación entre los cojines del sofá.

Louise enarcó una ceja y sonrió levemente.

—Vaya, ¿es que he interrumpido algo muy íntimo?

—En absoluto —dijo Alice suavemente—. Sólo estábamos viendo unas viejas fotos.

Luego esperó a que la puerta estuviera cerrada antes de volverse a sentar en el sofá.

—¿Sabes lo que sucederá si esa mujer descubre lo que pasa y se lo cuenta a Pierce antes de que tú lo hagas? Está ansiosa por encontrar cualquier excusa para predisponerle en tu contra.

Nicole se quedó helada.

—¿Crees que sospecha algo?

—No quién eres en realidad, pero sólo porque se fija demasiado en ella misma como para prestar atención a los demás y nunca fue muy amiga de Arlene. No tenían nada en común. Pero no es tonta y se imagina que algo está pasando entre Pierce y tú. Yo no pretendo saber lo que es y no te estoy pidiendo los detalles. Eso es algo entre tú y él. Pero me resulta evidente que hay…

—¿Qué? —le preguntó Nicole, sorprendida por la intuición de esa inesperada aliada.

Alice se encogió de hombros expresivamente.

—Bueno, a falta de una forma mejor de decirlo, digamos que existe una atracción. Y, si yo la he notado, ten por seguro que Louise también. Y no creo que tenga que decirte que puede ser una muy mala enemiga, Nicole. No esperes que demuestre ninguna piedad si sabe esto antes que Pierce.

—Pero no está pasando nada entre él y yo.

—¡Por supuesto que está pasando! No para de mirarte…

Entonces se rió y la abrazó antes de continuar.

—Y tú tienes tus sentimientos escritos en la frente. Estás enamorada de él y no has hecho tan buen trabajo ocultándolo como el que has hecho escondiendo tu verdadera identidad.

—No se me da bien guardar secretos —dijo Nicole tristemente—. Odio todos estos subterfugios.

—Bueno, estás guardando uno por demasiado tiempo, querida. No dejes que sea Louise la que lo destape, Nicole. Si Pierce y tú tenéis que encontrar algún futuro juntos… romántico o de la clase que sea, él tiene que saber la verdad de tus labios y, me parece que no tienes mucho tiempo para hacerlo. Cuéntaselo esta misma noche, antes de que sea demasiado tarde.

Capítulo Siete

La fiesta duró horas. Mucho tiempo después de que Alice se marchara, Nicole decidió salir al patio y esperar allí, sentada en una de las hamacas, a que terminara.

Se había puesto un jersey para el frío, que había hecho que la gente se metiera dentro de la casa.

Cada vez estaba más nerviosa y dio un respingo cuando la luz de una puerta al abrirse la iluminó, se volvió y vio a Pierce en la puerta de la cocina.

—Te vi venir hacia acá. ¿Te importa se hablamos ahora en vez de más tarde? Nadie me va a echar de menos ahí dentro.

Ella se encogió de hombros.

—En estos momentos no soy muy buena compañía.

Él se dio cuenta del brillo de sus ojos.

—¿Llorando en una noche tan hermosa, Nicole? ¿Qué te pasa?

Ella le dio la espalda y se quedó mirando a la playa.

—Sólo estaba pensando en lo que se está perdiendo la madre de Tommy y en lo mucho que deseo que hubiera estado aquí esta noche para ver lo bien que está él.

—Tal vez lo esté viendo. ¿Quién sabe lo que separa la vida de la muerte?

Esa observación la sorprendió.

—¿Tú crees en el más allá, Pierce?

Pierce se sentó delante de ella y se soltó un poco la corbata.

—Hubo un tiempo en el que habría dicho que no, que cuando se acaba, se acabó. Pero ya no estoy tan seguro. No sé lo que estoy tratando de decir, salvo que el padre de Tom y yo éramos muy amigos y me resulta difícil pensar que yo no está. Crecimos juntos, fuimos a los mismos colegios, pertenecimos a los mismos clubes. Incluso salimos con las mismas chicas de vez en cuando.

—¿No se interpusieron esas chicas entre vosotros?

—Probablemente. Pero lo que estoy tratando de decirte es que Jim y yo tuvimos muchas cosas en común. Incluso cuando yo entré en la Armada seguimos muy unidos. Cuando la dejé, seguimos manteniendo una relación muy estrecha, aunque para entonces él ya estaba casado.

—¿Cómo era su esposa?

—Una joya. Muy tranquila y capaz —dijo él mirándola de una

forma que hizo que el corazón se le detuviera—. Se parecía a ti de algunas maneras.

—¿Se me parecía?

—Sí. Era muy buena con Tom. Nunca estaba demasiado ocupada o cansada para jugar con él o para leerle un cuento. Pero aunque la conocí poco me pareció evidente que estaba loca por Jim. De alguna manera, no estuvo mal que se mataran los dos porque no sé si alguno de los dos podría haber sobrevivido a la pérdida del otro. Lo extraño es que a veces es como si sintiera la presencia de Jim. O tal vez sea que lo echo de menos —dijo él agitando la cabeza—. No lo sé. ¿Y tú? ¿Crees en la vida después de la muerte?

—Quiero hacerlo —susurró ella—. Pero como tú, tengo dudas. Sé que las familias se pueden dar consuelo entre ellos cuando pierden a alguien y que nadie, sobre todo los niños, tiene suficientes parientes como para llenar el vacío que dejan unos padres.

Entonces, ella decidió que era el momento y añadió:

—Pierce, hay algo que tengo que contarte.

—Te escucho.

—La razón por la que vine a Morningside… por la que dejé Rochester… Ya te dije que necesitaba un cambio. Bueno, eso no era exactamente cierto. La verdad es que dejé mi trabajo…

—Por Dios, Nicole, no me digas que crees que cometiste un error viniendo aquí y…

—Me temo que así fue, Pierce.

—¡No! Mira, me doy cuenta de que cuidar a un saludable niño de cuatro años puede parecer un desperdicio de tus habilidades. Evidentemente, no es un reto tan grande como cuidar a niños gravemente enfermos, pero Tom te necesita, Nicole. Si nos dejas ahora, no sé cómo lo va a soportar. Otra pérdida, tan pronto después de la de sus padres, sería demasiado. Te echará de menos… los dos lo haremos.

—No es que quiera marcharme.

—¿Qué es entonces? ¿Dinero? ¿Es eso? ¿Quieres más? Di lo que quieres. ¿Más tiempo libre? —dijo él, más agitado de lo que nunca lo había visto—. Ya sé que trabajas muchas horas, pero pensé que lo querías así. Cuando te sugerí que te fueras a visitar a tus parientes…

—¡No tiene nada que ver con el dinero! No dejas de hablar de dinero, como si contara más que los sentimientos. Pero no se le puede

poner un precio a la felicidad de un niño. No se puede comprar el amor. Y tampoco tiene nada que ver con el tiempo libre. Un niño es una responsabilidad continua y es el trabajo más gratificante del mundo.

—Entonces no lo entiendo. ¿Soy yo? ¿Es tan difícil vivir conmigo?

—Tampoco eres tú.

—Yo creo que sí. Creo que sea lo que sea lo que te está preocupando tiene que ver con nosotros, contigo y conmigo y con lo que sucedió…

Otra sombra bloqueó entonces la luz que salía por la puerta de la cocina.

—Pierce, querido, ¿eres tú?

Él maldijo en voz baja y se apretó la corbata.

—¿Con quién estás hablando, Pierce? —dijo Louise avanzando—. Ah, es usted, señorita Bennett. No se me había ocurrido que deseara aparecer de nuevo después de su charla con la señora Holt.

Pierce se levantó, pero siguió dándole la espalda a Louise.

—Quiero terminar esta charla —le dijo a Nicole—. Es mejor que saques a la luz lo que te está preocupando. Me gustaría pensar que confías lo suficiente en mí como para ser sincera, como yo pretendo serlo contigo. Porque hay algo que yo también te quiero decir a ti, pero no aquí. Hemos de irnos a alguna parte donde no nos molesten. ¿Te parece bien que lo organice todo para que mañana te puedas venir unas horas conmigo para poder arreglarlo todo entre nosotros?

Aquella era la oferta más tentadora de su vida, pero…

—¿Pero quién va a cuidar a Tommy?

—Se lo diré a Janet y lo hará encantada.

—Entonces sí, iré contigo —dijo Nicole sin dudarlo.

Porque él tenía toda la razón, necesitaban un poco de intimidad. Tratar de hablar allí, con todas esas interrupciones, era prácticamente imposible.

—Entonces lo organizaré todo.

Louise se acercó.

—¿Interrumpo algo íntimo? —dijo suspicazmente.

—En absoluto —dijo Pierce rígidamente—. ¿Se están marchando ya nuestros invitados?

—Oh, querido, ¿te ha parecido tan aburrida la velada?

—Yo no diría tanto —respondió él mientras Louise se lo llevaba

hacia la casa—, pero ha sido un largo día y tengo ganas de irme a la cama.

—Entonces he llegado justo a tiempo porque he venido a decirte que los Cameron están esperando para despedirse, lo mismo que los Wiley. Cuando se hayan ido, tú y yo nos podemos tomar una última copa y charlar. Han pasado muchas cosas esta noche, Pierce, algunos incidentes extraños e interesantes…

Eso era cierto. Y, el primero, el que la hubiera descubierto conversando con Alice, pensó Louise. Una invitada que, presumiblemente, era una completa desconocida para ella. Como un sabueso siguiendo un rastro, Louise había descubierto que Nicole estaba ocultando algo. Sólo era cuestión de tiempo que descubriera de qué se trataba.

La cita del día siguiente con Pierce no podía llegar en un momento más oportuno.

Ya era más de medianoche cuando él apagó la última lámpara y subió las escaleras. Para entonces la puerta de Nicole ya estaba cerrada y la luz apagada, lo que probablemente fuera lo mejor. Si no hubiera sido así, habría entrado y habría hecho lo imposible por acostarse con ella, lo que difícilmente sería la mejor manera de convencerla de que estaba interesado en algo más que en su cuerpo.

El hecho era que estaba embrujado por ella, obsesionado. ¿Por qué darle más vueltas? ¡Estaba enamorado de ella! Y, después de la interrumpida conversación de esa noche, se sentía aterrorizado por la posibilidad de que ella se marchara.

No le gustaba nada esa sensación. No estaba nada acostumbrado a no ser él quien diera las órdenes.

Se suponía que ella estaba allí para llenar un profundo hueco en la vida de Tom, y ahora resultaba que la suya propia también estaba llena de huecos, pero de una clase muy distinta y de los que no había sabido nada hasta entonces.

Esa mujer encantadora había aparecido en su vida cuando más la necesitaba y él había estado demasiado ciego como para reconocerlo. Nunca había sido muy dado a complicarse la vida innecesariamente y se enorgullecía de afrontar las cosas directamente. Daba por hecho su inteligencia y su capacidad, igual que daba por hecho que medía un

metro noventa y tenía los ojos azules, pero en lo que a ella concernía, había sido tan estúpido como un marinero tuerto y borracho tratando de recordar que callejón daba al puerto.

Irónicamente, había necesitado de esa charla con Louise para darse cuenta de lo que cualquier idiota habría descubierto hacía semanas. Tenía que haberse dado cuenta de la profundidad de sus sentimientos hacia Nicole cuando su interés sexual por Louise desapareció tan de repente e irrevocablemente.

Pero había hecho lo que muchos hombres suelen hacer cuando descubren que una relación se está acabando. Se había negado a admitirlo y había esperado a que la cosa se pudriera por sí misma, sin cortar por lo sano. Había compensado su falta de interés romántico por Louise permitiendo que ella se metiera en otros aspectos de su vida, lo que había culminado en la ridícula charada que había sido la fiesta de esa noche.

No le había gustado nada tener a un montón de desconocidos pululando por su casa. Menos le había gustado el aire de propiedad hacia él y su casa que había demostrado ella, y menos aún su cada vez menos disimulada aversión hacia Tom.

Cuando todos se hubieron marchado y, como dándose cuenta de que algo pasaba, Louise se había retrasado, ignorando decididamente sus comentarios acerca de lo tarde que era.

—Mis pies me están matando —dijo ella al tiempo que se quitaba los zapatos—. Sírveme un Coñac, querido.

—¿Por qué? ¿Te va a curar el dolor de pies?

Ella se había reído o, por lo menos, había hecho como si la frase le divirtiera.

Pierce había empezado a ver toda esa afectación como una parte de ella, lo mismo que sus bonitos ojos y piernas. Quitando eso, no quedaba nada más. Un hombre más tolerante lo habría visto simplemente como un defecto menor, pero esa noche ella lo había empujado más allá de semejante generosidad.

—¡Tonto! —dijo ella—. Por supuesto que no. Pero será una forma encantadora de terminar el día, ¿no crees? Tú y yo solos.

Luego miró a su alrededor, suspiró y añadió:

—Me siento tan a gusto aquí, Pierce. Ésta es la clase de casa que me gusta.

—¿Sí? —dijo él, sabiendo perfectamente que ella consideraba la

decoración de la biblioteca demasiado abigarrada y desordenada—. ¿Y eso? No se parece en nada a tu casa, que yo creía hasta ahora que era exactamente lo que querías.

—Mi casa es perfecta para una mujer trabajadora soltera, pero esto… Querido, éste es un hogar familiar. La planta baja es perfecta, con su cuarto de juego y la cocina bien separados de las elegantes salas. ¿No crees que es muy importante que los niños tengan un sitio donde puedan ser ellos mismo sin estar por medio todo el tiempo?

—Ahora que lo dices, Louise, resulta que estoy disfrutando con el hecho de tener a Tom estando por medio todo el tiempo, mientras que tú…

Ella se dio cuenta de la crítica y se agitó en su sillón.

—Lo estoy haciendo lo mejor que puedo, Pierce. Y, después de todo, no es como si fuera tu hijo.

—No te estoy culpando. No todo el mundo está hecho para ser padre. Demonios, si a mí me hubieran preguntado hace seis meses lo que pensaba de esa idea, habría dicho que no me apetecía nada.

—¡Bueno, ahí lo tienes! Hablemos de algo más razonable. Por ejemplo, de lo que vamos a hacer mañana. Parece que va a hacer un tiempo maravilloso, así que, ¿qué te parecería si jugáramos un poco al golf antes de que haga demasiado calor?

—Me temo que no va a ser posible. Tengo otros planes.

—¿Y te ocuparán todo el día?

—Probablemente.

—¿Y por la noche? ¿Te veré entonces?

—No —dijo él suavemente—. No lo creo, Louise.

Pierce se sintió fatal ante la mirada que ella le dedicó. De repente, ella ya no fue la dura mujer de negocios, sino sólo una mujer incapaz de ocultar su dolor por ver destruidas sus esperanzas.

Entonces, se dio cuenta de que no podía permitir que las cosas siguieran así por más tiempo. No sólo era injusto con ella, sino que era una cobardía por su parte. Había llegado el momento de hablar claro. Respiró profundamente y trató de encontrar la manera más amable de decírselo.

Pero se le debió notar algo en la expresión, ya que ella lo sorprendió diciéndole:

—Se ha terminado todo entre nosotros, ¿no es así, Pierce? Hace ya un tiempo que ha terminado, ¿no?

—Sí —respondió él mirándola a los ojos.
—Y hay alguien más, ¡no?
¡Cielos! ¡Realmente la Guerra del Golfo había sido una tontería comparado con aquello!
—Sí.
—La niñera.
¿Es que todas las mujeres eran clarividentes? ¿Podía Nicole ver a través de él con tanta claridad? ¿Su esposa le contaría sus secretos antes de saberlos él mismo?
Sorprendentemente, esa idea no lo asustó tanto como lo habría hecho alguna otra vez. De hecho le pareció muy cautivadora.
—Bueno —dijo Louise permitiendo que se le notara algo de su habitual acidez en la voz—. Supongo que ya me has respondido.
—Yo no…
—No has tenido que hacerlo, Pierce. Tu mirada lo ha hecho por ti. Dime, ¿cuánto sabes de Nicole Bennett?
—Lo suficiente.
—¿De verdad? ¿Sabías que conocía a Alice Holt?
—Sabía que ella tiene familia por aquí.
—Eso no es lo mismo.
—Nicole no tiene nada que ver con esto, Louise —dijo él pesadamente.
—Sí, si es la razón por la que me dejas.
Pierce supo entonces que ya había llegado el momento de terminar con esa conversación. No había querido hacerle más daño, pero eso último no le había dejado otra opción.
—No es así. Tú y yo nos metimos demasiado apresuradamente en una relación de la que, aunque placentera, ahora me arrepiento y lamento haberte hecho daño.
—Preocúpate por no hacerte daño a ti mismo, querido —dijo ella sonriendo fríamente al tiempo que se ponía los zapatos—. Hay algo muy extraño en Nicole Bennett y no me gustaría ver destruidas tus ilusiones de un final feliz.
—Puedo cuidar de mí mismo.
—No estés tan seguro de eso, Pierce. El amor hace que hasta los mejores hagan tonterías.
Luego, se marchó y, si fuera posible que un hombre se sintiera peor que el lodo y el polvo, él se sintió así. Pero al mismo tiempo

experimentó una maravillosa sensación de libertad y ansia por el mañana.

Por primera vez desde que había vuelto a la vida civil tenía una idea clara de lo que quería hacer con su vida. Ahora sólo podía rogar que Nicole quisiera acompañarlo.

La llevó a la antigua cabaña de su familia en el lago Finlay, un lugar donde podían estar solos sin que nadie los molestara.

Era una perfecta mañana de verano y las únicas nubes existentes eran las que había en el horizonte privado de Nicole, pero antes de que el día terminara le había contado todo a Pierce. Tenía que hacerlo, el peso de esas mentiras le estaba resultando demasiado difícil de soportar.

—Tengo muy buenos recuerdos de esa cabaña —le dijo Pierce—. Jim y yo pasábamos los veranos aquí cuando éramos pequeños y nos encantaba.

Nicole pensó que entonces no debería llevarla a ella allí. No quería destruir esos buenos recuerdos con una desagradable confesión.

Pero no dijo nada y él continuó describiéndole el lugar animadamente.

—Espera a ver el lago, Nicole. El agua es tan clara como el cristal.

«Y tú espera a oír lo que tengo que contarte. Probablemente desearás entonces que me ahogue en ese lago», pensó ella.

—Se nota que te encanta —dijo.

—Sí. Sólo tengo buenos recuerdos de este lugar.

Sin darse cuenta de lo incómoda que se sentía ella, Pierce siguió contándole cosas del lugar y de su infancia con Jim mientras ella no dejaba de preguntarse cuándo sería el mejor momento para contarle todo. ¿Debería haberse llevado el sobre con la correspondencia de Arlene y los documentos que demostraban su identidad? Tampoco dejaba de preguntarse eso.

—¿Te has acordado de traerte el traje de baño? —le preguntó él en un momento dado.

—Dado que no has dejado de recordármelo, sí, lo he traído.

—Cuéntame algo de tu infancia —le dijo él entonces.

La voz de su conciencia le dijo que se lo contara en esos momentos.

—¿Qué pasa? ¿Es que he resucitado un viejo fantasma de tu pasado?

La sonrisa que él le dedicó fue cálida y encantadora. ¿Cómo podía ella destruir ese momento? Evidentemente, no era la ocasión más adecuada para hablarle de su infancia y sus consecuencias.

—No —respondió ella imitando un bostezo—. El sol me está dando sueño.

—Entonces duerme un poco. La historia de tu vida puede esperar de momento.

¿Podría esperar para siempre?

Nicole se apoyó contra la ventanilla y cerró los ojos, esperando que el tiempo pasara lo más rápidamente posible.

La siguiente vez que él habló fue para decirle que habían llegado a la cabaña. Aparcó el coche al final de una pista de tierra entre coníferas por entre las que se colaba la luz del sol. Encima de un pequeño promontorio rocoso había una casa pintada de blanco, con el lago muy azul justo debajo.

—Bueno, aquí es —dijo él—. El lugar que tiene tantos buenos recuerdos para mí. Y, por si te lo estabas preguntando, eres la única mujer a la que he traído aquí. Espero que te des cuenta con eso de lo especial que eres para mí.

Capítulo Ocho

El interior de la cabaña era tan bonito como el exterior, mueblas viejos y cómodos, suelo de madera de pino y las paredes pintadas de un luminoso color amarillo. Una de las paredes estaba ocupada de arriba abajo por una chimenea de piedra y los ventanales del salón daban directamente al lago.

—Podemos almorzar en la terraza —le dijo Pierce abriendo las puertas correderas que daban allí—. Aunque tampoco me importaría bajar a darme un baño antes. ¿Tú qué opinas?

Hacía bastante calor y la ropa se le pegaba al cuerpo, así que Nicole respondió:

—Me parece muy bien.

—Toma tu bolsa entonces y te mostraré dónde te puedes cambiar.

Pierce subió entonces el primero por una estrecha escalera de caracol hasta el piso superior.

Había dos dormitorios, cada uno con dos camas de hierro forjado pintadas de blanco, gruesos edredones y almohadas de plumas. En las dos habitaciones las ventanas daban también al lago.

—Ir a la cama aquí nunca fue un problema, ni siquiera cuando éramos niños —dijo él llevándola hasta la ventana—. Permanecíamos despiertos, oyendo a los búhos y a los coyotes. La luna ilumina el lago como si fuera de plata. Jim y yo mirábamos las estrellas mientras hablábamos de lo que íbamos a hacer al día siguiente. Nuestro mayor sueño era encontrar el tesoro que la leyenda dice que escondió el minero que construyó la casa original para que no lo encontraran los indios hostiles.

—Tommy tendrá ese mismo sueño algún día, me imagino.

Pierce suspiró entonces.

—Pero no tendrá a su padre para que se lo cuente.

—Te tendrá a ti, Pierce.

«Y me gustaría que a mí también», pensó ella.

—¿No lo has traído nunca aquí?

—No, pero sí lo hicieron Jim y Arlene. Les encantaba la cabaña y este año ya habían pasado varios fines de semana aquí. Es por eso por lo que todo está en orden y listo para ser usado después de haber estado cerrada durante el invierno. Ahora que lo pienso, tal vez haya todavía ropa suya en los armarios. Supongo que debería recogerla, pero no hoy —dijo él acariciándole la barbilla—. Hoy es para

nosotros.

¿Entonces por qué estropearlo con su confesión antes de tiempo?, se preguntó Nicole. Teniendo en cuenta lo mucho que ya había esperado, ¿qué importaban unas cuantas horas más?

Entonces, él la miró y supo que la iba a besar. ¿Sería algo egoísta por su parte permitírselo? ¿Aceptar lo que él quería darle? Si cimentaban el lazo que los unía con momentos como ése, ¿no le vendría bien para más tarde, cuando le contara quién era en realidad?

De hecho, sin decirse nada específico ya prácticamente eran amantes.

¿Y no se perdonaban entre sí los amantes?

Los labios de él denotaron su ansia, tomando posesión de los de ella y llevándola a un deseo que eclipsó todo los demás salvo la necesidad de ser parte de él mientras se lo permitiera.

La cama estaba a sus espaldas, como dándoles la bienvenida.

Pero él no continuó.

—Me estoy adelantando —dijo apartándola—. Date prisa en cambiarte antes de que todo mi plan se vaya por la borda.

Cuando ella bajó, Pierce ya había sacado la cesta del almuerzo al porche y estaba sacando el contenido. Ya tenía puesto el bañador y a Nicole le pareció un bocado más delicioso que cualquier cosa que les hubiera preparado Janet.

—Como sospechaba, Janet ha hecho suficiente comida como para un regimiento —dijo él—. De paso, la he llamado mientras tú te cambiabas para asegurarme de que lo estaba llevando bien con Tom. Parece que se lo están pasando muy bien haciendo tarta de chocolate y evitando que *Orejas* organice líos.

—Me alegro —respondió Nicole extendiendo el mantel—. Me siento culpable por haberla dejado a cargo de Tommy sabiendo lo mucho que tiene que hacer, pero no me habría gustado dejarlo con alguien desconocido.

—Y ella no lo habría permitido. Te tiene mucho cariño, ¿sabes? Y anoche me dijo unas cuantas cosas muy claras cuando le dije que te iba a traer aquí.

Luego, imitó la voz de Janet y añadió:

—Esa chica no se ha tomado ningún descanso desde que llegó aquí, Pierce Warner. Estaba empezando a preguntarme si te habrías dado cuenta de que se está matando a trabajar sin que tú hagas nada por

agradecérselo. Tu madre se escandalizaría. Ya es hora de que hagas algo al respecto.

—¿Y sobreviviste a la regañina? —le preguntó ella riendo.

—Estoy aquí para contártelo, ¿no?

—Esperaba que estuvieras aquí porque quisieras estar. Tenía la impresión de que esto fue idea tuya, no de Janet.

—Oh, fue idea mía. No estaba dispuesto a que nadie me impidiera hacer esto, cariño, pero estoy contento de tener a Janet de mi lado, porque podría ser algo infernal si no fuera así.

Cariño… ¡La había llamado cariño! Un calor delicioso la embargó entonces.

—También me dijo que tú eres algo que merece la pena conservar —añadió Pierce descorchando una botella de vino.

—¿Y qué le dijiste tú?

—Que estaba completamente de acuerdo, Nicole. No te he traído aquí hoy sólo para romper la rutina. Quería que estuvieras aquí, en un lugar que me trae recuerdos tan especiales porque hay algo que quiero preguntarte.

Pierce dejó la botella en una cubitera con hielo y se acercó a ella, la tomó de la mano y la llevó al balancín que había al final del porche.

—Tú y yo hemos hablado mucho de la mejor manera de criar a Tom, sobre valores y moral y todo lo demás. Pero nunca hemos hablado sinceramente de nosotros. De un hombre y una mujer que se sienten poderosamente atraídos entre sí. Te he besado y hemos hecho el amor en contra de mi sentido común y, probablemente, del tuyo también. Pero nunca te he dicho lo que siento por ti. No creo que yo mismo lo supiera, o no estaba dispuesto a admitirlo. Hasta anoche, cuando pensé que te iba a perder. Y en ese momento me di cuenta de que eso no sólo iba a dejar un vacío en la vida de Tom, sino también en la mía. Mi vida se quedaría tan insoportablemente vacía, que no sé cómo lo podría soportar. Y este es el discurso más largo que he soltado en toda mi vida, así que, por favor, hazme callar diciendo cualquier cosa.

Ella lo miró fijamente, incapaz de hablar por el nudo que tenía en la garganta. Los ojos se le llenaron de lágrimas.

—¡Demonios! —murmuró él abrazándola—. No he querido hacerte llorar. ¿Es por lo que he dicho? ¿He hablado demasiado pronto?

Ella agitó la cabeza.

—No. Has dicho exactamente lo correcto. Es sólo que no estoy segura de lo que significa cuando…

—Estoy tratando de decirte que te amo —la cortó él ansiosamente —. No te estoy sugiriendo ninguna clase de relación clandestina o alguna cita ocasional. Te estoy preguntando si te casarás conmigo y, por lo que parece, lo estoy haciendo fatal.

—Pero no puedes hacer esto. Todavía no. No sabes lo suficiente sobre mí.

—Sé todo lo que tengo que saber —respondió él, besándola en los párpados—. Sé que quieres a Tom y que tenerlo como una parte permanente en nuestras vidas no va a ser un problema para ti.

—Nunca —susurró ella—. Lo quiero, Pierce. De verdad. Pero quiero que sepas que también te amo a ti y que me gustaría… no haber esperado hasta ahora para decirte algo que tienes derecho a saber desde hace mucho.

—El momento tenía que ser el adecuado para los dos —dijo él malentendiéndola—. ¿Y cómo ibas a poder decir nada estando Louise por medio?

Ella lo miró y vio el ansia en sus ojos. Entonces se sintió perdida. No le importó nada más que la necesidad de responder a esa ansia de la única manera en que los podía satisfacer a los dos.

Lo tomó de la mano y se la llevó al seno izquierdo, haciéndolo descubrir que ella también estaba luchando fieramente por mantener el autocontrol contra una feroz pasión que nunca antes había experimentado.

—Si me fuera a morir ahora mismo —dijo—, lo haría feliz sabiendo que estaba entre tus brazos y con mi último suspiro te diría de nuevo lo mucho que te amo.

Él era el hombre más fuerte que nunca había conocido. El más honorable, el más valiente. Pero en ese momento casi lo estaba haciendo llorar.

—No te merezco —murmuró él.

—Te mereces mucho más —respondió ella acariciándolo.

La conciencia le decía que tenía que avergonzarse de lo que estaba haciendo, que tenía que detener eso inmediatamente.

Pero no podía hacerlo, la carne era débil.

—Hagamos el amor, Pierce —le suplicó—. Haz que me olvide de

todo lo doloroso y desagradable que tiene el mundo.

A él se le escapó un gemido y le acarició el seno.

—Tenía tanto miedo de estarte perdiendo… —murmuró—. Anoche te me estabas escapando y yo no sabía cómo…

—No hables de anoche. No importa nada salvo hoy, ahora… tú y yo…

—Sí. ¡Sí!

Él la tomó entonces sobre los cojines del balancín. Desvergonzadamente desnudos a la luz del sol, con esa vieja cabaña como testigo.

Ella deseó mantenerlo en su interior para siempre, retener el calor de su pasión, la realidad tangible de una unión que era mucho más que física. Por primera vez desde que supo lo de la muerte de su hermana, tal vez por primera vez en toda su vida, se sintió completa.

Y justificada por todo lo que había hecho. ¿Por qué cómo algo tan hermoso podía salir de una equivocación? ¿Cómo podían unos corazones tan llenos de amor encontrar sitio para la ira o el odio? ¿Y cómo podía hacerles daño algo mientras compartieran una unión tan perfecta de cuerpos y almas?

Pero no lo podía retener para siempre. La necesidad era demasiado violenta.

Sintió disolverse alrededor de Pierce, desaparecer en una especie de torbellino.

Cerró los ojos mientras los temblores que la invadieron amenazaron con destruirla. Por su agitada respiración, supo que a Pierce le estaba pasando lo mismo.

Se aventuró a mirarlo. Él estaba sobre su cuerpo, devorándola con la mirada. Buscando su alma, como si sólo eso lo pudiera salvar de la aniquilación. El sudor le cubría la frente.

Ella entrelazó las piernas alrededor de su cintura y se agarró fuertemente a él con los brazos, deseando tomarlo todo entero en su interior.

Las pupilas de él se agrandaron y respiró profundamente.

—Ahora —susurró Pierce enterrando el rostro en su cabello—. ¡Ahora!

Nicole se sintió como si no tuviera peso y fuera invencible durante unos dulces segundos antes de bajar de nuevo lentamente al mundo real.

Hicieron el amor dos veces más esa tarde. Una vez después de almorzar, cuando él la atrapó bajando del piso de arriba, a donde había ido por una toalla. Esa vez sus besos supieron a vino y a chocolate.

Y a amor.

Él no había parado de decirle que la amaba. Fuera cual fuese el precio que tuviera que pagar por ese día robado, había merecido la pena. Por muchas decepciones que la deparara el futuro, el recuerdo de ese día extraordinario la acompañaría siempre.

¿Y su confesión? Ya la haría más tarde, de vuelta a casa. Lo único que importaba ahora era que cumpliera la promesa que se había hecho a sí misma de contárselo antes de que terminara el día.

Luego, se fueron a bañar al lago. Allí, se volvieron a quitar la ropa y nadaron desnudos en sus claras aguas.

Después, se tumbaron en un pequeño embarcadero para secarse, Pierce le tomó la mano y le dijo:

—Tú sabes que quiero casarme contigo, ¿no es así?

A pesar de todo lo que habían compartido ese día, ella no se había esperado una proposición de matrimonio formal. El corazón se le detuvo por un momento y no deseó nada más que detener el reloj hasta que pudiera aclarar todo lo que había entre ellos.

—¿Nicole? ¿Cariño? ¿Podrías decirme algo, por favor?

A Pierce no le gustó nada el súbito silencio de ella, ni la forma en que su expresión se cerró.

Maldijo para sí. No debía habérselo dicho tan pronto, pero no se le ocurría un momento mejor. Nunca antes habían estado más cerca ni el nexo que los unía había sido tan fuerte.

Se apoyó en un codo y la miró. Ella se sentó inmediatamente y trató de darle la espalda, pero no lo hizo lo suficientemente rápido como para ocultar las lágrimas que se asomaban a sus ojos.

—Pensándolo mejor —dijo él—. Quisiera que me dijeras que sí. ¿O es que he dado por sentadas demasiadas cosas?

Ella miró hacia el lago y le dijo apagadamente:

—No. Me sentiría muy honrada casándome contigo.

Pero a él no le parecía precisamente una novia muy alegre en esos momentos.
—Muy bien.
¿Se habría olvidado de algo importante? ¿De algo crucial en el ritual?
¡Un anillo!
Fue a tocarla, pero luego cambió de opinión. Ella parecía una estatua de mármol.
—Querida. Si esto te resulta demasiado rápido, dilo. He esperado treinta y cinco años para encontrar a la mujer con la que quiero pasar el resto de mi vida, así que puedo seguir haciéndolo unos cuantos días más.
Ella se estremeció.
—¿Pasa algo más, Nicole? —le preguntó él temiendo que le dijera que sí, pero prefiriendo eso a la especie de limbo en que se encontraba en esos momentos.
¡De limbo nada! ¡Era un infierno!
—No —respondió ella.
—Pero hay algún problema, ¿no?
—Sí.
Ella se estaba estremeciendo tan fuertemente que Pierce deseó tomarla en sus brazos y consolarla, pero se dio cuenta de que eso sería peor.
—Respóndeme entonces a una cosa. ¿Me amas?
—¡Sí! Con todo mi corazón, pero…
—Entonces los peros no importan —dijo él abrazándola por fin y acunándola—. Por lo menos, hoy no importan. Lo que sea bien puede esperar a mañana. Lo único que quiero oír hoy es que te casarás conmigo.
Ella levantó el rostro y se enjugó las lágrimas que le corrían por las mejillas.
—Pierce…
—O me dices que te casarás conmigo o que te deje en paz, Nicole. Porque esto me está matando.
Ella le acarició entonces el rostro y Pierce no necesitó oír las palabras.
—Me casaré contigo. Te amo.
Luego lo besó.

Probablemente él no debió hacer lo que hizo entonces, pero el alivio lo volvió loco. Como un hombre que emergiera de una experiencia cercana a la muerte, no pensó en nada salvo en la necesidad de perderse en la suavidad de ella de nuevo. Hundirse en el corazón de su femineidad y no salir nunca de allí. Renovarse a sí mismo en ella.

En el porche se habían dejado llevar por el ansia. En el dormitorio habían hecho el amor como debían hacerlo los amantes, con palabras susurradas y tranquilas exploraciones.

Pero ahí, sin nada más que las planchas de madera del embarcadero bajo ellos, se introdujo en ella como un poseso. Rápida y furiosamente, como un hombre al que la guerra lo amenazara de muerte y supiera que bien podía no vivir para ver otro amanecer u otro ocaso.

Después, se avergonzó. Se quedó horrorizado cuando vio los restos de lágrimas que aún le quedaban en el rostro y los labios hinchados por la fuerza de sus besos. Y, sobre todo, se sintió devastado porque, cuando trató estúpidamente de consolarla, fue ella la que lo abrazó y le dijo que lo sentía mucho y se disculpó.

¿Por qué?

—Cariño —murmuró—, yo te honraré y cuidaré durante el resto de mis días.

No pudo decir nada más por el nudo que tenía en la garganta.

Después de eso, ella se calmó un poco. Lo suficiente como para que él la pudiera convencer para que se dieran otro baño. Sólo un leve chapuzón en las tranquilas aguas para curar las heridas de su corazón.

Por el norte avanzaba lentamente una línea de nubes, oscureciendo el cielo.

Habría tormenta antes de la noche.

—¿Eres feliz? —le preguntó Pierce mientras flotaban juntos.

—Sí. ¿Y tú?

—Más de lo que nunca me habría imaginado.

El miedo y la incertidumbre habían desaparecido. Había hecho lo inimaginable, había encontrado a la mujer de sus sueños y ella había accedido a ser su esposa. No había nada en el mundo que pudiera destruir eso.

—¿Recogemos las cosas para volver a casa? —le preguntó él—. ¿Te

parece bien que paremos por el camino para cenar en algún sitio?
—Me parece perfecto.
Pierce pensó que el calor debía haber sido demasiado para ella. No soplaba nada de viento. Mientras subían a la casa vio que el cielo había adquirido una tonalidad metálica que hacía daño a los ojos. Pensó que iba a ser una buena tormenta, así que era mejor que se marcharan antes de que empezara.
—Ve a cambiarte mientras yo cierro todo y llevo las cosas al coche —le dijo—. Si subo contigo, pasaremos la noche aquí, lo que no sería una mala idea si no fuera porque le prometí a Janet que volveríamos hoy.

Mientras se preparaba para volver a casa, Nicole no dejaba de pensar que estaba viviendo una auténtica pesadilla. Quería contárselo todo, pero no encontraba el momento. Se había prometido a sí misma que lo haría antes de llegar a la casa. Eran ya las cinco y media y se estaba quedando sin tiempo.
¿Qué evitaba que se lo contara en ese mismo momento?
—No hay ninguna razón para no hacerlo —le dijo a su imagen en el espejo—. Ninguna en absoluto.
Afuera, sonó la puerta de un coche al cerrarse y luego, curiosamente, sonaron otros pasos. Unos pasos livianos y nerviosos que no eran los de Pierce. La puerta de la casa se abrió.
—No me imagino qué puede ser tan importante como para haberte hecho venir hasta aquí —dijo la voz de Pierce secamente.
—No creí que esto pudiera esperar —respondió la inequívoca voz de Louise Trent—. Si esto me hubiera sucedido a mí. Dios no lo quiera, yo habría preferido saberlo cuanto antes.
Entonces, Louise recordó cómo las había sorprendido a Alice y a ella en su *suite* y había puesto la tonta excusa de haberse roto una uña.
Luego, pensó en el sobre en que guardaba los documentos, el que había escondido entre los cojines del sofá y allí los había olvidado.
Lo había dejado allí, al alcance de cualquiera. Y entonces supo que había sido encontrado.
Pierce iba a saber toda la extensión de su mentira, no con amor y dulzura para amortiguar el golpe, sino con malicia y sin piedad. Y no

podía culpar de ello a nadie más que a ella misma.

Capítulo Nueve

Louise estaba delante de la mesa, con el famoso sobre en la mano. Eso fue lo primero que vio Nicole cuando bajó.

Pierce estaba al otro lado de la mesa, apoyándose en el respaldo de una de las sillas. En su expresión no se reflejaba más que incredulidad.

—Louise —dijo tranquilamente—. Creo que tú y yo hablamos de todo lo que teníamos que hablar anoche.

—No he venido hasta aquí para tratar de hacerte cambiar de opinión sobre mí, Pierce —dijo ella, acariciando el sobre—. Estoy tratando de salvarte de la mujer a la que crees querer. Te respeto demasiado como para permitir que ella te haga hacer el ridículo.

El sobre atrajo a Nicole como un imán. Sin pensar, se metió en la línea de visión de ambos.

—Ahórratelo, Louise —dijo Pierce—. Ya le he pedido a Nicole que se case conmigo y me ha dicho que sí. Nada de lo que puedas decir me hará cambiar de opinión.

En los ojos de Louise se reflejó un aire de triunfo cuando recorrió de arriba abajo a Nicole.

—¿Estás seguro de que sabes quién es en realidad tu futura mujer?

—Sé todo lo que tengo que saber. Es la mujer a la que amo.

—¡Ah, sí, la niñera! La querida y abnegada enfermera que deja un prestigioso hospital para venirse a una pequeña ciudad de la costa y acepta un trabajo menor para cuidar a un niño para poder estar cerca de sus parientes —dijo Louise sarcásticamente—. Dime, Pierce, ¿Te caen bien sus parientes?

—No los conozco —respondió él inseguro.

—¡Los conoces, querido! Por lo menos conoces a uno de ellos muy bien.

—¡Por Dios, no te andes por las ramas!

—De acuerdo, iré al grano —dijo ella levantando el sobre—. Lo que tengo aquí puede no ser una imagen pero sí vale más que mil palabras.

—¡Dame eso! —exclamó Nicole por fin y saltó a por el sobre, pero ya era demasiado tarde.

Louise lo abrió y desparramó su contenido sobre la mesa. Documentos legales, cartas, y la vieja foto de dos niñas mezclada con otras más recientes de Arlene con su marido y su hijo.

La prueba era tan clara que no se podía negar.

Pero aun así, Pierce rechazó todo eso con un gesto displicente.

—¿Qué es todo esto? ¿De dónde lo has sacado?

Nicole cerró los ojos desesperada.

—Es mío. Lo ha robado de mi habitación.

—¡Y ella es tan niñera como yo astronauta! —gritó Louise—. Es la tía de Tom. Así que olvida cualquier idea que tengas de que tú le importas, Pierce, porque no eres más que un obstáculo para lo que quiere realmente. Sólo ha venido desde Oregón para estar cerca de su sobrino.

—No seas ridícula —dijo Pierce—. O te estás inventando todo esto o lo has malinterpretado.

Nicole ansió entonces poder abrazarlo.

—No. Léelo tú mismo si no me crees a mí. ¡Vamos! Me importas demasiado como para dejarte caer en esta trampa que ella te ha tendido, pero si, cuando descubras la razón real de por qué ha venido tu preciosa Nicole, puedes mirarme a los ojos y decirme que aún quieres casarte con ella, yo no diré nada.

—Ya has dicho demasiado. No tenías que haber invadido la intimidad de Nicole y no has conseguido nada más que dañar esa amistad que tanto dices apreciar.

Nicole lo miró entonces. Parecía helado, formidable, con los rasgos tallados en piedra. Entonces, murieron esas ganas de tocarlo, lo mismo que el amor de él por ella estaba muriendo delante de sus ojos.

Pierce volvió a hablar entonces.

—Si esto era todo lo que tenías que decirme, Louise, te agradeceré que te vayas. Vete a tu casa. Aquí no tienes nada más que hacer.

El silencio que quedó después de que se marchara fue insoportable. Por fin, Nicole se dio cuenta de que tenía que decir algo antes de que no quedara ninguna esperanza de solución.

—Pierce —susurró—. No es como lo ha hecho parecer Louise.

—¿Hay algo de verdad en todo lo que ha dicho?

—Sí. Yo soy la tía de Tommy.

—No sé cómo puedes serlo.

—Arlene era mi hermana. Nuestra madre nos dio en adopción cuando éramos pequeñas. Louise tiene razón. Todo está aquí —dijo señalando los papeles.

Como si no pudiera soportar la visión de ella, se acercó a la ventana y miró a lo lejos.

—¿De verdad pensaste que podías mantener esto en secreto indefinidamente?

—No. Nunca fue mi intención hacerlo.

—¿De verdad? Entonces, ¿cuándo pensabas contármelo?

—Esta noche. Admito que lo he estado retrasando, pero me prometí a mí misma contártelo esta noche, durante la cena.

—¿Por qué entonces? ¿Porque yo ya habría hecho tanto el ridículo que otro golpe a mi orgullo no me afectaría? ¿O realmente pensabas que, una vez que me hubieras sacado una propuesta de matrimonio, yo sería suficientemente caballeroso como para no echarme atrás en mi oferta?

—Pierce, mi relación con Tommy no tiene nada que ver con lo que siento por ti. Tienes que creerlo.

—Dame una buena razón por la que creer que me lo contarías en su momento. Me has mentido desde el mismo momento en que pusiste los pies en mi casa, y lo has hecho tan bien que yo no he sospechado nada.

—Siempre he querido decírtelo.

—¿Y qué te lo ha impedido? ¿Tu pervertido sentido del honor? ¿Tu no existente código moral?

—¡Tenía miedo! Pensé que me verías como una amenaza para tus derechos de custodia y me negarías acercarme a él. Yo soy el pariente más cercano de Tommy, después de todo, y no sabía qué clase de hombre eras.

—No, no lo sabías, pero eso no evitó que me juzgaras y pensaras que eso era lo que quería, ¿no?

—Podrías haberte puesto celoso. Podrías haber pensado que trataba de quitártelo.

—Así que decidiste transformarte en la señora de Pierce Warner. Es una pena que Louise te estropeara el plan.

—Ya te he dicho que te lo iba a contar todo esta noche. Nunca me habría casado contigo con este secreto entre nosotros, Pierce.

Desesperada por que la creyera, lo siguió al salón. Para entonces, el cielo se había oscurecido mucho, añadiendo un aire de tragedia a esa ya sombría escena.

—Ahora no estoy mintiendo, Pierce. Quiero pasar el resto de mi

vida contigo —añadió desesperada.

—¿Aunque yo decidiera que Tom estaría mejor viviendo con sus abuelos en Arizona y que sólo nos viniera a visitar un par de veces al año? ¿Seguirías queriéndome así?

—¿Es algo tan terrible que os quiera a los dos? —dijo ella llorando y agarrándolo del brazo—. ¿No lo harías tú en mi lugar? Me he pasado casi toda mi vida sin saber que tenía una hermana y, cuando la encuentro, es para volverla a perder antes de poder verla o abrazarla.

Por un momento, ella pensó que había penetrado en la férrea coraza de rechazo con que se había equipado Pierce, pero luego él se acercó a la ventana.

—¡No, Pierce! ¡No te voy a dejar que me des la espalda, que nos la des a los dos! Si el que no quisiera perder el contacto con el hijo de mi hermana me hace ser una persona despreciable ante tus ojos, por lo menos ten el valor de decírmelo a la cara.

—Se acerca una fuerte tormenta.

—¡No me importa si el mundo se acaba! ¡No voy a permitir que me dejes de esta manera! ¡No me lo merezco!

—¿Que no te lo mereces? ¿Y por qué crees que te mereces algo?

—Incluso a los criminales se les deja defenderse.

Pierce no respondió. Parecía encontrar más interesante el paisaje que lo que ella le pudiera contar en su defensa.

—No me había imaginado que fueras tan injusto —continuó Nicole.

—Si eso es lo que opinas… Sólo me pregunto por qué aceptaste tan fácilmente casarte conmigo. ¡Ah, me olvidaba! El que aceptaras no tenía nada que ver conmigo y sí con lo que esperabas ganar con una alianza tan conveniente.

—Y tú no eres más que un niño mimado que ha decidido recoger todos sus juguetes y meterse en su casa porque el juego no se desarrolla según las reglas que ha impuesto. Admito que cometí un error, y estoy tratando de subsanarlo, pero tú no estás dispuesto a perdonar. Si lo que sentimos el uno por el otro, el amor que creíamos compartir, no puede superar esto, a la larga nos habríamos visto en serios problemas, Pierce.

—Ya los tenemos de todas formas —dijo él y algo en su tono de voz la alarmó.

—¿Qué quieres decir?

—Echa un vistazo.

Ella se acercó y miró por la ventana.

—¿Ves la península del lago? —dijo él, señalándosela.

La anteriormente tranquila superficie del lago ahora estaba llena de espuma blanca de las olas.

Hacía media hora que muchos barcos estaban surcando suavemente las aguas.

—¿Dónde están los barcos? ¿Cómo podría alguien aguantar eso?

—No se puede —respondió él—. Es una auténtica galerna lo que estamos viendo, y se dirige hacia aquí.

La línea negra de nubes avanzaba hacia ellos a toda velocidad mientras el viento ya estaba creando un auténtico maremágnum en el agua.

—¡Vaya, sí que es una buena tormenta!

De repente, mientras miraban, el viento y el agua se juntaron en una masa que giró y se elevó en un embudo, como si un gigante la estuviera succionando hacia el cielo.

De repente se dieron cuenta de que el viento había cesado cerca de la casa y todo estaba a oscuras, como si hubiera atardecido ya. Fuera de la cabaña todo estaba anormalmente tranquilo, como preparándose para el ataque que venía del lago.

En el agua, el embudo crecía y ganaba fuerzas. Aun cuando empezó a moverse hacia la cabaña, Nicole se vio imposibilitada de dejar de mirarlo. Era algo maravilloso con su furia y velocidad.

—Creo que será mejor esperar a que pase metiéndonos debajo de la mesa del comedor —dijo Pierce agarrándola de la muñeca y apartándola de la ventana cuando el enorme pino que había fuera se agitó como en una advertencia—. Lo que estás viendo es un tornado y puede destruir perfectamente esta casa.

Se metieron debajo de la mesa, deteniéndose sólo para abrir la puerta trasera.

—Es para darle salida al viento —le explicó Pierce cuando ya se oía al tomado como un grito agudo—. Aquí viene.

Nicole no había oído nada semejante en toda su vida, un terrible rugido, un grito espantoso. Al mismo tiempo, la lluvia empezó a estrellarse contra una de las paredes, aporreando las ventanas.

En el piso de arriba se rompió una y se abrió golpeando la pared. Casi inmediatamente lo hicieron también las del salón y Pierce

maldijo.

—Si sigue así, va a arrancar la casa. Esas viejas ventanas no están hechas para soportar semejante ataque. Es un milagro que hayan aguantado ya tanto tiempo.

Mientras tanto, el tornado continuaba con su rabia.

Nicole nunca antes había tenido miedo de un fenómeno atmosférico. Incluso en Minnesota, donde las ventiscas invernales podían paralizar todo el estado en menos de una hora, nunca se había sentido tan impotente como en ese momento.

Pensó que iba a morir allí mientras se apretaba contra Pierce. No iba a volver a ver a sus padres ni a Tommy.

Pierce no se podía apartar de ella, ya que apenas había sitio para los dos bajo la mesa, así que no tuvo más remedio que pasarle un brazo sobre los hombros y protegerle la nuca con una mano.

—Aguanta —le dijo.

Nicole sintió que tenía que decirle una cosa urgentemente.

—Nunca quise hacerte daño —balbuceó—. No me esperaba enamorarme de ti y, si hubiera sospechado que lo iba a hacer, habría hablado mucho antes, pero las cosas se me escaparon de las manos, Pierce. Cada vez que me decidía a decírtelo, veía a una familia sobreponiéndose a la tragedia y no me podía arriesgar a destruir todo eso. Pero te amo de todo corazón, de verdad. Y quiero que sepas que has hecho que estos últimos días sean los más maravillosos de toda mi vida.

Y, como estaban tan cerca y él no lo podía evitar, lo besó. No quiso que fuera algo apasionado. Sólo había querido sellar de alguna manera esas palabras, hacerle saber que hablaba de corazón.

Al principio él se resistió, pero entonces, de repente, la devolvió el beso ferozmente, como si el holocausto de fuera hubiera generado otra tormenta en su interior que hubiera hecho que se olvidara de todo su rechazo.

Por unos pocos instantes, la vieja magia resucitó, potente como siempre, hasta que él recordó lo que ella había hecho.

Se apartó y dijo:

—Deja de actuar como si fueras a morir.

Si ella se hubiera atrevido, habría levantado la mirada para ver si el destello de diversión que oyó en su voz se reflejaba en sus ojos.

—¿No vamos a morir?

—No —respondió él asomando la cabeza desde debajo de la mesa —. Ya ha pasado lo peor y, aunque no fuera así, no te vas a escapar de ésta tan fácilmente.

Un minuto más tarde, todo había terminado, su breve momento de intimidad, el aullido del viento… sólo quedaban la lluvia y los rayos y truenos. Milagrosamente, el pino de fuera todavía estaba en pie, lo mismo que la cabaña.

—Ya puedes salir —dijo Pierce.

Luego, se dedicó a inspeccionar los daños.

—¿Qué puedo hacer? —le preguntó ella levantándose.

—Arriba hay toallas. Échame aquí la mitad y, con las restantes, seca lo que puedas del dormitorio.

Estuvieron limpiando durante media hora y, cuando por fin hubieron arreglado aquello un poco, él le dijo:

—Bueno, supongo que debemos hacer que esto sea lo menos duro posible —dijo él, sacando una botella de vino de un armario—. ¿Quieres que encienda la chimenea? Hace bastante más fresco que antes.

—¿No vamos a volver a la ciudad?

—¿Con esta tormenta? Aparte de que puede haber árboles caídos, probablemente las carreteras estén intransitables.

Entonces, estalló un trueno y su consiguiente relámpago.

—Parece que la casa vecina ha recibido un impacto directo —dijo él —. Será mejor que recojamos algunas velas. Las vamos a necesitar dentro de poco. Hay una caja en un cajón de la cómoda.

Cuando ella las llevó, él ya estaba encendiendo la chimenea.

—También he traído unos vasos —dijo ella.

Casi se le cayó todo de las manos cuando estalló otro trueno.

—Es sólo un trueno. No te va a morder.

—Y a ti no te importaría si lo hiciera —replicó ella, molesta por su indiferencia.

—No particularmente.

Pierce tomó un vaso, lo llenó y no se molestó en ofrecerle otro a ella.

—No se puede decir que tu bienestar sea lo más importante que tengo en mente en estos momentos. Estoy demasiado ocupado tratando de pensar en cómo le voy a decir a Tom que la mujer que él creía que sólo era su niñera, es su tía en realidad, pero que ha sido

demasiado cobarde como para no contárselo antes.

—Y también está el asunto de tu ego herido.

—¿Qué se supone que significa eso?

Ella se sirvió un poco de vino y le dio un buen trago.

—Estás tan ocupado pensando en tus sentimientos heridos que no se te ha ocurrido pensar en los míos.

Él casi se atragantó.

—No sé…

—Por ejemplo —continuó ella—. ¿Tienes la menor idea de cómo me he sentido cuando he mirado en el armario de arriba y vi la ropa que había pertenecido a Arlene?

—No tenías que haberte puesto a rebuscar en los cajones.

—No, supongo que no. Ni se me habría ocurrido si tú no me hubieras dicho que probablemente hubiera todavía cosas de ella. No lo pude evitar. En lo único en lo que pude pensar fue en que, probablemente ella fue la última persona que las había tocado hasta que he aparecido yo. Tomé uno de sus jerséis. En él había un cabello suyo. Lo que me ha sorprendido es que, a pesar de que ya lleva meses muerta, el cabello aún brillaba y parecía lleno de vida. Eso ha sido lo más cerca que he estado nunca de poder volverla a tocar de nuevo.

—Déjalo…

—También había unas sandalias. Calzaba el mismo pie que yo, ¿no es sorprendente? Me estaban tan bien como si las hubiera llevado desde que eran nuevas. Y pensé entonces, como tantas otras desde que vine aquí, que podría haber compartido mi ropa con ella. Era mi hermana, Pierce. ¡Mi hermana! Y durante todos estos años ni siquiera sabía que existiera. ¿Cómo te habrías sentido tú si esto te hubiera sucedido a ti?

—Fatal —respondió él apartando la mirada—. Pero no lo habría tomado como excusa para vivir una mentira y con ella introducirte en mi casa.

—¿Cómo lo sabes? ¿Cómo puedes decir lo que habrías hecho o sentido si te hubieras visto atrapado en una tragedia como yo y hubieras tenido sólo un niño que te conectara con tu pasado? Por otra parte, un niño cuya custodia la tiene un desconocido que no sabe siquiera de tu existencia.

—Lo único que tenías que haber hecho era contármelo.

—¿Y tú me habrías creído?

—Naturalmente, yo habría querido que me lo demostraras, pero si me hubiera quedado satisfecho con las pruebas, te habría aceptado.

Ella se sentó delante de la chimenea y se quedó mirándolo por un momento.

—Si es así, entonces he cometido una gran injusticia contigo. Pero permite que te recuerde que había sufrido un terrible *shock* el día en que fui a tu casa por primera vez. No pensaba con claridad. Lo único que sabía era que necesitaba estar cerca de Tommy, tocarlo, abrazarlo. Observarlo mientras dormía, saber cómo olía su cabello después del baño, oírlo respirar.

Ella agitó una mano, frustrada por su poca habilidad en poner en palabras todo lo que la había impulsado a actuar como lo había hecho.

—No me estoy expresando muy bien, pero si tú hubieras sufrido una pérdida como ésa, sabrías lo que quiero decir.

—La he sufrido —le recordó él—. Perdí a un primo que era como un hermano para mí, por si lo has olvidado. Y puede que te guste pensar que eres una pariente más próxima que yo de Tommy, pero sinceramente, yo no lo veo así. Lo conozco desde que nació. Tal vez no tan bien como hubiera querido. La Armada no tiene mucho en cuenta los acontecimientos familiares cuando uno está en activo, pero algunas conexiones son más fuertes que los lazos de la sangre, y las mías con él lo son.

—Y eso es precisamente lo que me temí que sucedería si te decía quién era yo, Pierce. Me habrías visto como una amenaza y eso era lo último que yo quería. Pero si Jim y tú estabais tan cerca como dices, tienes que estar de acuerdo conmigo en que hay algo en la presencia física de otra persona que nada más puede igualar. Puede que tú hayas necesitado a Tommy, pero yo también lo necesito. Para ayudarme a cicatrizar mi herida. Y realmente creo que yo también lo puedo ayudar a él en eso.

—Todo esto está muy bien —dijo él secamente—, pero si Arlene y tú habíais organizado esa supuesta reunión, ¿cómo es que no me dijeron nunca nada a mí? Prácticamente éramos vecinos y ésa no era de la clase de noticias que se andan ocultando.

—Habíamos accedido a mantenerlo en secreto por lo menos durante los primeros días. Necesitábamos estar un tiempo solos para conocemos y que yo conociera a Jim y Tommy antes de contárselo a

todo el mundo. Jim lo sabía y también estaba de acuerdo. Tengo cartas que lo demuestran, desde tres meses antes de que yo llegara aquí. Me escribí con ella y hablé por teléfono a menudo. Incluso supe de ti.

Él la miró fijamente.

—Así que ya estabas informada antes de llegar a mi puerta. No me extraña que supieras las cuerdas que tenías que pulsar.

—¡Por Dios, Pierce, deja de buscar motivos ocultos que no existen! Yo sabía que Jim tenía un pariente que vivía cerca, pero eso era todo. ¡Te lo creas o no, teníamos cosas más importantes de que hablar que de detalles tontos como tu número de pie o tu marca favorita de pasta de dientes!

Él hizo una leve mueca.

—Supongo que me merezco eso.

—Y yo también lo supongo. Y si estás disgustado conmigo por no serte sincera, yo no estoy precisamente impresionada con la forma en que tú has llevado las cosas ahora que ya están claras. Si no me puedes ofrecer tu perdón, lo menos que puedes hacer es mostrar un poco de comprensión. He cometido un error, pero no soy una criminal.

Él se levantó y echó otro leño al fuego, luego se estiró y arqueó la espalda.

—¿Tienes hambre?

¿Cómo podía él pensar en comer en un momento como ése?

—No. Y, aunque la tuviera, no ha quedado mucho del almuerzo.

—Tiene que haber latas. Y, probablemente, también cosas congeladas. Normalmente Arlene dejaba esto bien provisto en primavera, cuando venía con Jim a abrir la cabaña después del invierno.

Tomó entonces la botella de vino y señaló a la cocina con la cabeza.

—Ven conmigo y dame más detalles mientras yo busco.

Esas palabras le dieron esperanzas. Tal vez estuvieran haciendo algún progreso, después de todo.

—¿Qué más quieres saber?

—Cómo descubriste lo de que tenías una hermana y dónde estaba. Por qué tardasteis tanto en poneros en contacto.

—Me estás pidiendo que te cuente la historia de mi vida.

—¿Y qué? —dijo él mientras apilaba sobre la mesa la comida que iba encontrando—. Me parece un trato justo, teniendo en cuenta todo lo que tú sabes de mí.

—¿Por qué no te limitas a leer las cartas que hay en el sobre?

—Porque prefiero que me lo cuentes tú. Recordarás del día en que solicitaste el puesto de niñera que a mí no me impresionan mucho los papeles. Puede que apoyen lo que cuenta una persona, pero nunca dan la imagen completa. Así que empieza por el principio, Nicole, y esta vez no te dejes nada.

Capítulo Diez

—¡Señor, sí, señor!

Pierce dejó de desenvolver unos canelones congelados y la miró fijamente.

—No tientes a tu suerte.

Ella se encogió de hombros.

—Yo siempre supe que había sido adoptada antes de mi cuarto cumpleaños porque mi padre natural nos había abandonado a mi madre y a nosotras dos y ella no nos pudo mantener.

—Eso debió de ser duro de aceptar.

—No. Mis padres adoptivos son maravillosos. Nunca se han arrepentido de los sacrificios que han hecho por mí. Los adoro a los dos. Me dieron todo el amor y la seguridad que necesita cualquier niño.

—¿Qué sacrificios? O querían adoptar a una hija o no.

—Tenían cuarenta y tantos años y se consideraban demasiado viejos como para seguir los caminos habituales, así que pagaron a una agencia privada para que les encontrara un hijo al que poder amar.

—¿Te refieres a que te compraron?

—Si quieres llamarlo así, sí. Yo prefiero pensar que ellos me querían lo suficiente como para que permitieran que algo se interpusiera entre ellos y yo.

—Se parece mucho a la forma en que tú no dejas que nada se interponga entre Tom y tú.

—No voy a tolerar que te metas con mi familia, Pierce.

—No, y yo tampoco lo haría. Perdona. Pero has dicho que no sabías que tenías una hermana hasta hace poco, y eso me parece extraño. Me resulta difícil de creer que una niña de cuatro años se despierte un día y no se dé cuenta de que su familia, tal como la conocía hasta entonces, ha desaparecido de repente. Tom recuerda a sus padres.

—Es cierto que tengo algunos recuerdos fragmentados —dijo Nicole, sentándose en un taburete. Luego le dio otro trago a su vino —. Recuerdo a una mujer, que debía de ser mi madre biológica, pero no recuerdo el color de sus ojos ni lo alta que pudiera ser, ni si era gorda o delgada. Pero, recuerdo vagamente su voz, preocupada y aguda. También tengo una vaga imagen de ella junto a una mesa de cocina. Recuerdo haberme despertado en una habitación pequeña y oscura y haber oído a alguien llorando.

—¿Arlene?

—O nuestra madre. Sólo tenía dieciséis años cuando yo nací… casi una niña.

—¿Has sabido algo de ella?

—Nada hasta el pasado agosto.

Nicole se levantó entonces, se dirigió al salón y tomó el famoso sobre y los papeles, que estaban sobre la mesa tal como Louise los había dejado y que, milagrosamente, habían permanecido así a pesar del tornado. Luego, volvió a la cocina con ellos.

—El día de mi veintinueve cumpleaños, mis padres me dieron un gran sobre sellado que contenía todos los detalles de mi adopción. Pensaron que yo debía tenerlo por si quería investigar algo.

Mientras ella hablaba, Pierce había estado cocinando y olía sorprendentemente bien, teniendo en cuenta que todo lo que había eran latas y productos congelados. Pero cuando ella quedó en silencio, él la miró.

—¿Y qué encontraste en el sobre?

—Sobre todo papeles legales. Pero también esto.

Sacó dos papeles del sobre y los dejó sobre la mesa de la cocina.

—Esto es una carta de mi madre biológica. Lo otro es una foto de dos niñas pequeñas de la mano en un jardín soleado.

Pierce dudó un momento, como si no quisiera mostrar curiosidad, pero luego no pudo resistirlo y dijo:

—¿Puedo verla?

Ella se encogió de hombros. Pierce tomó la foto y la miró intensamente. Una niña era morena y la otra rubia. La casa que se veía detrás estaba bastante deteriorada. Detrás ponía:

Nicole y Arlene. Dakota del Sur. Julio.

Luego, volvió a mirar a Nicole y, por primera vez, ella vio un destello de compasión en sus ojos azules.

—No parecía que tuviera mucho, ¿verdad?

—No. Y se quedó sin lo poco que tenía. ¿Quieres leer la carta?

—Yo…

Él extendió la mano entonces como para tocarla, pero cambió de opinión y siguió cocinando.

—Estoy ocupado. Léemela tú.

—Muy bien.

Entonces, tomó la triste carta que conocía tan bien, con sus faltas

de ortografía y mala puntuación.

—No hay saludo ni fecha. Empieza así: «Doy a mis hijas en adopción porque nunca llegarán a ser nada si se quedan en este agujero. Tengo veinte años y mi marido se ha marchado con otra mujer, no tengo ni dinero ni estudios y estoy harta de que la gente sienta lástima por mí y me deje comida en el porche trasero como si temieran que no les diera de comer bien a mis hijas. Voy a tratar de empezar de nuevo donde nadie me conozca.

Aunque las quiero mucho, sé que mis pequeñas estarán mejor sin mí y el asistente social está seguro de que acabarán en buenos hogares. Firmado. Susan Mary Little».

Cuando terminó, Nicole levantó la mirada. Pierce estaba como anonadado.

—¡Cielos!

—No te voy a aburrir contándote lo que sentí cuando leí esta carta por primera vez. Es suficiente que te diga que me quedé impresionada al saber que, en alguna parte, tenía una hermana y que habíamos crecido sin conocemos. Habíamos perdido veintinueve años de ser amigas, de compartir las penas y alegrías. Y decidí no dejar pasar un año más sin encontrarla.

—¿Qué pensaron de eso tus padres?

—Ellos no sabían nada de esta carta y se quedaron tan sorprendidos como yo. Me comprendieron perfectamente y me ofrecieron todo su apoyo. Les apenó mucho saber que dos niñas tan pequeñas se hubieran visto separadas de esa manera, sobre todo cuando se habrían quedado con las dos si lo hubieran sabido. Pero, como descubrí luego, Arlene fue adoptada rápidamente por una pareja que, como la mayoría, querían a un niño más pequeño. Yo era la difícil de colocar y ésa fue la razón por la que mis padres me consiguieron a pesar de su edad.

—Es curioso, pero Arlene nunca hablaba demasiado de sus padres adoptivos. Ni siquiera vinieron al funeral y no han demostrado el menor interés en Tom.

—Mi hermana no se sentía muy unida a ellos y puedo entender por qué. Cuando los fui a ver, se negaron en redondo a ayudarme a encontrarla. Dijeron que siempre había sido una niña difícil y que nunca les había demostrado su agradecimiento por haberla recogido. Me pareció que no les había gustado nada que se casara y se hubiera

ido a vivir a Oregon. Pensaban que debía haberse quedado a cuidarlos en su ancianidad. Por como lo veían ellos, ésa era la principal razón para tener hijos.

—Cielo Santo, no me extraña que no los quisiera mucho. En vista de su actitud, ¿cómo te las arreglaste para encontrarla?

—Contraté a un detective privado. Cuando le escribí contándoselo todo, ella se quedó tan sorprendida como me había quedado yo. Cuando yo supe que ella tenía un hijo de cuatro años… la misma edad que yo tenía cuando nos separaron, fue como si, a pesar de esa separación, el destino, Dios o lo que sea, hubiera hecho algo para coordinar nuestras vidas para que no nos sintiéramos como desconocidas cuando nos volviéramos a encontrar.

Nicole suspiró y continuó.

—En mi caso, lo que hacía que todo fuera más especial fue el consuelo que le dio a mis padres saber que, cuando ellos murieran, yo no me quedaría completamente sola. Me animaron a dejar mi trabajo en la clínica y a pasar todo el tiempo que pudiera conociendo a mi otra familia.

—¿Qué piensan de las mentiras que me has contado?

—Estaban preocupados, me aconsejaron que te contara la verdad inmediatamente.

—Es una lástima que no les hicieras caso —dijo él.

—Sí. Si pudiera volver atrás en el tiempo, lo haría. Pero ya no es posible. La vida sigue y yo he tenido apenas tres meses para acostumbrarme a todo esto. La tristeza y el dolor me son más soportables ahora. Pero el día que llamé a la puerta de la casa de Arlene y una mujer me contó lo que había sucedido sufrí un *shock*. Me tomó por una aspirante al puesto de niñera que tú estabas buscando para Tommy y yo no la contradije. Hasta que no me habló de la tragedia no sospeché nada porque la última vez que llamé a Arlene antes de salir de mi casa, ella me contó que ellos se iban a una boda a California la semana anterior a mi llegada.

—Se suponía que Tom tenía que ir con ellos, pero en el último momento, decidieron dejarlo con Janet y conmigo. ¡Demonios! —exclamó Pierce, dándole un puñetazo a la pared—. Si tú hubieras tenido el valor de contarme la verdad al principio, podríamos habernos ahorrado todo esto.

—Bueno, pues no lo tuve. Lo único que sabía era que tú eras

soltero, pero que probablemente no lo ibas a seguir siendo por mucho tiempo y que, mientras tanto, necesitabas ayuda con Tommy. Yo estaba desesperada, atontada, asustada. Luego, conocí a Louise y supe que, cuando te casaras con ella, no necesitarías una niñera, así que enterré todas las dudas que tenía sobre lo que estaba haciendo y me agarré a la única posibilidad que me quedaba de crear una unión entre Tommy yo, creyendo tontamente que, si aparecía a tus ojos como una mujer decente y compasiva, te sería más fácil aceptar que yo adoptara un papel más permanente en su vida después de que te casaras.

—¿Y cuándo cambiaron tus planes, Nicole?

—¿Qué?

Él llenó entonces los platos de sopa de tomate.

—¿Cuándo te diste cuenta de que sería mucho mejor para tus propósitos transformarte en mi esposa?

—¿Es eso lo que crees?

—Tienes que admitir que todo encaja. Suplantas a Louise, te metes en mi vida y te transformas en la madrastra de Tom. De esa forma consigues todo lo que quieres y más.

Ella lo miró por un momento, sorprendida. Luego susurró:

—¡Eres un cerdo estúpido y arrogante!

—Vaya, gracias —respondió él sin enfadarse—. ¡Buena manera de ganar amigos!

—Si realmente crees que puedo ser así, no te quiero ni como amigo, así que mucho menos como esposo. Para tu información, antes de conocerte, tenía una vida y la volveré a tener. Y ser la tía de Tommy será parte de esa vida.

Él la miró entonces fríamente.

—¿Me estás amenazando, Nicole?

—No —respondió ella tristemente—. Nunca lo haría. Pero te pido por favor que no te interpongas entre Tommy y yo sólo porque hayas decidido que ya no soy la persona con la que quieres pasar el resto de tus días. Si me permites seguir en contacto con él, Pierce, nunca más te pediré nada.

Él no respondió, apretó los labios y se quedó mirando al infinito. Luego, llevó los platos de sopa al salón y los dejó sobre la mesa.

Como ella no lo siguió, le preguntó indiferentemente por encima del hombro:

—¿No vas a comer nada?

Sólo con pensarlo se sintió mal.

—No. Si no te importa, creo que voy a tratar de dormir un poco.

—Como quieras. Elige tú la cama.

Cuando entró en el dormitorio que había utilizado antes, se encontró con que las dos camas que había allí estaban empapadas por la lluvia que había entrado por la ventana.

Así que, completamente vestida, se tumbó en una de las dos que había en la otra habitación, se tapó con la manta y le dio la espalda a la puerta. No era que se imaginara que fuera a poder dormir, pero por lo menos así evitaría tener que volver a hablar con él cuando se decidiera a subir.

Lo hizo a eso de la medianoche. Ella supo por la forma en que se atenuaba la luz de la vela que llevaba que estaba mirando en la otra habitación, tratando de evitar estar cerca de ella. Pero un momento más tarde, estaba de vuelta. No había duda de que había descubierto lo mojadas que estaban las otras camas.

Permaneció rígida y dándole la espalda, tratando de aparentar estar dormida mientras él dejaba la vela en el suelo. Cerró los ojos con fuerza. No quería verlo desnudarse, era un recuerdo demasiado amargo de lo que habían compartido esa misma tarde. Cuando lo oyó tumbarse en la cama, volvió a abrir los ojos. Lo único que iluminaba la habitación era el pálido resplandor de la luna. Las camas estaban separadas por menos de medio metro, con sólo una mesilla de noche entre ellas. Si alguno de los dos estirara la mano, podría tocar al otro, un simple contacto que dijera «lo siento» o algo así.

Pero ninguno lo hizo.

A la mañana siguiente, ella estaba dormida cuando Pierce se levantó de la cama a eso de las seis. No se atrevió a mirarla. Era más seguro mantenerse lejos de la tentación.

Ya tenía todo preparado en el coche y el café hecho cuando ella se levantó. Irracionalmente, el hecho de que ella estuviera igual de deseable con esas ojeras, mientras que él, con barba de un día y completamente despeinado, parecía y se sentía como un perro callejero, lo enervó. El que esa mañana fuera igual de fresca y agradable que la anterior sólo añadía más afrenta a cómo se sentía.

—Me gustaría volver a casa lo antes posible —dijo secamente.

—Yo ya estoy lista.

—¿No quieres café?

—No, gracias.

Poco después, mientras se abrían camino por entre las embarradas carreteras del condado, él le dijo de repente:

—He decidido llevarme a Tom a Arizona a visitar a sus abuelos.

—¿Te refieres a la familia de Jim?

—Sí. Mi tía tiene artritis y no puede viajar hasta aquí, pero sé que ambos están ansiosos por pasar un tiempo con su nieto.

—¿Cuándo te marcharás?

—La semana que viene. Tardaré todo ese tiempo en dejarlo todo arreglado en el trabajo.

—¿Cuánto tiempo estarás fuera?

—No estoy seguro, seis, ocho semanas, tal vez más. Probablemente haga unos cuantos viajes de negocios mientras esté allí.

Él no hizo caso de sus suspiros de desesperación. Necesitaba poner tiempo y espacio entre ellos para controlar sus sentimientos. Una cosa era decirse a sí mismo que todo había terminado y otra muy distinta creérselo. La verdad era que no sabía cómo se sentía.

—Echaré de menos a Tommy.

«Pero no a ti. Ahora que ya lo sabes todo, ya no te necesito más», pensó él que debía añadir. No tenía que hacerlo. La forma en que se mantenía apartada de él lo decía todo.

—Creo que, al principio, te echará de menos, pero sus abuelos lo mantendrán ocupado y un niño se acostumbra rápidamente a los cambios. Después de todo, no has estado en contacto con él por mucho tiempo.

—En ese caso, creo que yo también me iré a casa. Mis padres han estado muy preocupados por… la situación. Les gustará ver que he podido superarlo.

—Sí, bueno. Yo se lo explicaré a Tom.

—Lo haré yo misma, gracias —respondió ella fríamente—. Es lo menos que puedo hacer. No tendría ningún sentido que yo siguiera en tu casa cuando él no esté.

—Ninguno.

—Probablemente será mejor para Janet si me llevo también a *Orejas*.

—Seguramente.
—Ya tienes la dirección de mis padres y sabes dónde encontrarme, así que esperaré a que me llames cuando estéis de vuelta.
—De acuerdo.
Y así terminó todo. Él se pasó los siguientes días organizándolo todo en la oficina para su marcha y Nicole le explicó a Tom los nuevos planes de la mejor manera que pudo.
La noche anterior a su marcha, Tommy había metido todo lo que se quería llevar en una mochila. Se lo estaba explicando a Pierce durante la cena cuando dijo:
—Nicole me ha ayudado a hacerla. Lo llevo todo, hasta mis fotos de papá y mamá.
Nicole casi se atragantó.
—Buen trabajo, Tom —dijo Pierce—. Saldremos a primera hora de la mañana.
Después de acostar a Tom, ella no volvió a bajar. Pierce esperó una hora o así paseando arriba y abajo de la biblioteca, deteniéndose de vez en cuando para mirar al mar y preguntándose cómo habrían logrado complicar tanto las cosas.
En un momento dado, decidió subir a buscarla. La puerta de su *suite* estaba cerrada, pero la pudo oír moviéndose en el interior. Llamó a la puerta y ella tardó un momento en responder.
Cuando lo hizo, él vio enseguida que había estado llorando.
No le gustó nada la forma en que eso lo afectó. Le pareció un signo de debilidad.
—He pensado que deberíamos hablar —dijo sintiéndose muy poco original.
Ella abrió más todavía la puerta invitándolo a pasar y él entró en la *suite*. Entonces vio que todas sus maletas estaban abiertas en el suelo, medio llenas de ropa.
—¿Tú también te vas mañana?
—Sí —respondió ella antes de sonarse la nariz con un pañuelo de papel.
—¿Qué le has dicho a Tom?
—Que él va a ver a sus abuelos y que yo me voy a ir a ver a mis padres.
—¿Le has contado que eres su tía?
—No —respondió ella—. He pensado que eso ya era demasiado

para él y que, probablemente, preferirás ser tú quien se lo cuente. No te olvides de meter en la maleta su mantita y sus vitaminas. Están en la bandeja superior del frigorífico. Y vas a necesitar llevar más ropa. La he dejado preparada en su armario.

—Me las arreglaré. ¿Algo más?

Ella lo miró con los grandes ojos castaños llenos de dolor.

—Por favor, déjame verlo de vez en cuando. Y mantenme al corriente de cómo le va.

—Claro.

Estaban hablando como si ella no fuera a volver, como si realmente aquello se hubiera acabado. Él deseó poderle decir que no era así, pero seguía lleno de dudas y resentimiento.

—Te haré saber dónde estamos y cómo está Tom.

Ella se miró las manos, que tenía entrelazadas.

—Anoche, después de que te acostaras en la cabaña, le eché un vistazo al contenido de ese sobre y, si te sirve de algo, ya no me queda ninguna duda de que Arlene y tú erais hermanas y quiero que sepas que siento el que no la hayas podido llegar a conocer.

—Gracias —dijo ella con la voz alterada por las lágrimas.

El dolor se apoderó de él y se dio cuenta de lo fácil que sería abrazarla y consolarla.

—Ya lo arreglaremos todo —dijo entonces—. Sólo necesito tiempo para aclararme…

—Sí. Por supuesto.

Todavía la deseaba. La deseaba intensamente.

—Bueno —dijo él extendiendo la mano como haría con otro hombre—. Conduce con cuidado.

—Sí…

Si ella hubiera empezado a llorar entonces, seguramente él se habría alejado. Fue su valor lo que lo derrotó, la pequeñez de su mano en la de él.

—Oh, demonios —gimió y, antes de darse cuenta, la estaba abrazando y besando. Se agarró a su cabello como si fuera un clavo ardiendo, lo único que lo mantuviera atado a la realidad, a la cordura, un pasaporte a la felicidad.

Unos estremecimientos de emoción la recorrieron, leves como una brisa ligera agitando la vela de un barco. Entonces, Pierce supo que tenía que apartarse, antes de dejarse llevar por completo por la

necesidad que ella despertaba en su interior.

—Me pondré en contacto contigo —le dijo.

—Y yo lo estaré esperando.

Capítulo Once

Fue en septiembre cuando Nicole se dio cuenta de que estaba embarazada.

—¡Cielo Santo, ese hombre tiene muchas cosas de que responder! —explotó su padre cuando lo supo.

—Tranquilízate. Para esto hacen falta dos —le recordó su madre.

Pero Nicole se culpó sólo a sí misma. Una mujer como ella no tenía ninguna excusa para ser tan descuidada. Pero aun así no se arrepentía de su embarazo. Quería un hijo del hombre al que amaba.

—Díselo a Pierce, querida —le dijo su madre—. Tiene derecho a saberlo, y todos los niños se merecen dos padres.

—Tiene más que derecho —intervino airado su padre—. Tiene obligaciones para con nuestra hija.

Nicole no quería las obligaciones de Pierce, lo quería a él, pero sólo si iba a ella por su propia decisión, sin reservas. La había dejado porque se había sentido traicionado. ¿No vería esa paternidad no deseada como otro intento de atraparlo por parte de ella? Y si así era, ¿era algo egoísta por parte de ella desear de todas formas tener un hijo suyo?

—Tienes otra postal de Tommy —le dijo su padre una mañana de noviembre—. Y una carta.

Estaba claro que era de Pierce, aunque ninguno de los dos se lo dijo.

—Están en Carolina del Norte —les dijo cuando leyó la postal de Tommy—. En la base naval de Charlottetown. Tommy ha estado en el puente de un destructor. Y ha escrito su nombre. ¿Veis?

—¿Cuándo se va a cansar ese hombre de tratar de agarrarse a su pasado y va a empezar a afrontar el presente? —gruño su padre—. Vivir con una maleta en la mano no es vida para un niño de cuatro años.

—Están combinando el placer con el trabajo —dijo ella, repitiendo la misma excusa de siempre.

—¿Y dónde encajas tú en todo eso? —le preguntó su padre.

Dejó la carta sin abrir de momento, temiendo lo que pudiera contener.

A mediados de octubre, Pierce le había escrito diciéndole que podían reunirse los tres en Disneylandia a pasar un par de días, pero como ella tenía náuseas por las mañanas, no le pareció oportuno, ya

que no lo podría ocultar. Pero ahora que lo pensaba, haber rechazado esa invitación no le parecía una buena idea. Desde entonces, no le había vuelto a escribir y no estaba segura de que lo volviera a hacer. A no ser que esa última carta…

Abrió el sobre y leyó a toda velocidad la única hoja que contenía. Una oleada de calor la recorrió.

Sus padres, que la estaban observando, se alarmaron ante su expresión.

—¿Todo va bien? —le preguntó su padre.

—Quiere saber si me gustaría que Tommy pasara aquí el Día de Acción de Gracias antes de que vuelvan a casa por Navidad.

—Ya veo que no te agrada la idea —dijo su padre—. ¿Cuándo viene el pequeño?

—El próximo miércoles, a no ser que yo diga algo en contra. Vendrá en un vuelo que llegará a las tres de la tarde.

De repente, ya no le pareció tan difícil pensar en las vacaciones que se aproximaban. Tenía una razón para ir de compras y hacer planes.

Los siguientes cinco días pasaron a toda velocidad, haciendo preparativos.

Cuando llegó el día, sus padres decidieron acompañarla al aeropuerto.

—Será mejor que nos llevemos el todoterreno —dijo su padre después de haber oído el parte meteorológico—. Si no, no llegaremos.

Nicole se estremeció de miedo. ¿Y si el avión…?

¡No! Apartó decididamente esos pensamientos, ya habían sufrido demasiadas tragedias.

El vuelo de Tommy llegó con media hora de retraso y esa fue la media hora más larga de la vida de Nicole.

—Acaba de aterrizar —le dijo en un momento dado su padre tratando de consolarla—. Ha aparecido ya en el monitor de llegadas.

Su madre le apretó un brazo.

—Ya te puedes relajar, querida.

—Son las hormonas —susurró ella patéticamente—. Ya sabéis que, normalmente, no soy así.

—Estabas preocupada. Es un niño muy pequeño para andar por ahí viajando solo, sobre todo con este tiempo.

Nicole se enjugó las lágrimas con un pañuelo.

—¿Creéis que me reconocerá?

—¡Por supuesto! Dentro de nada será como si no os hubierais separado nunca. Y cuando vea a *Orejas* y lo mucho que ha crecido…

—Aquí llegan —dijo su padre señalando a los pasajeros que aparecían—. No tendrás que esperar mucho más.

—Tiene que ser uno de los últimos en salir.

De repente, allí estaba. Un poco más alto y sonriente. Adorable como siempre.

—¡Hola, Nicole!

Ella se arrodilló y lo tomó en sus brazos. Se abrazaron con todo el cariño del mundo.

—Te he comprado un regalo de Navidad —le dijo el niño, excitado —. Pero no te puedo decir lo que es porque se trata de una sorpresa.

—Tú eres mi regalo de Navidad, y la única sorpresa que necesito.

Entonces, aparecieron en su línea de visión un par de botas negras de hombre. Más arriba seguían unos pantalones grises.

—Lamento oír eso, Nicole. Esperaba que pudieras soportar una más.

La voz de él pareció como si llegara desde muy lejos. Ella tardó toda una eternidad en levantar la mirada hasta sus muy azules ojos.

—¿Pierce? —susurró.

—¿Ha pasado tanto tiempo que ya no me reconoces?

Había sido toda una eternidad, una pesadilla. Y, seguramente, ahora estaba soñando, porque él la estaba acariciando con la mirada y su voz era tan cariñosa como antes de…

Pero la mano con que la ayudó a levantarse era cálida y segura, de carne y hueso. El brazo con que la rodeó la cintura era firme y musculoso.

¡Su cintura!

—Pierce… No te esperaba —dijo ella apartándose.

—Ya lo sé. Yo tampoco esperaba… —dijo él, señalándole el vientre tristemente—. Parece que tenemos muchas más cosas de que hablar de las que había pensado. Mucho más…

Sus padres se adelantaron entonces, sin saber muy bien cuál era su papel en todo aquello.

—Éste es Pierce —les dijo ella, innecesariamente.

Él se dio cuenta entonces de su presencia. Sobre todo, se dio cuenta de la acerada mirada de su padre.

—Mi madre y mi padre. Dan y Nancy Bennett.

—Encantado de conocerla, señora Bennett —respondió él dándole la mano a su madre.

Luego se dirigió a su padre y a Nicole le pareció como si fueran dos perros agresivos a punto de pelearse por el dominio del territorio.

—¿Cómo está usted, señor?

—Casi tan bien como se podría esperar, dado el estado de mi hija.

—Y éste es Tommy —intervino ansiosamente Nicole, deseando evitar problemas.

—Hola —dijo el niño, dándole la mano a su madre—. Tengo que ir al cuarto de baño.

Como forma de romper la tensión, aquello fue un regalo del cielo.

Para cuando Nicole y su madre hubieron encontrado un servicio y se hubieron ocupado de las necesidades del pequeño, Pierce había recogido el equipaje y su padre tenía ya el coche en la salida de la terminal.

Una vez instalados en el asiento trasero y, con Tommy en medio, Pierce le dijo a Nicole:

—Tenemos que hablar un momento a solas.

—Sí.

—Y pronto.

—Trataré de arreglarlo.

—Asegúrate de que lo haces.

Bueno, algunas cosas no cambian nunca.

—¡Señor, sí, señor!

¡Un hijo! ¡Suyo!

Ésa sí que era una buena sorpresa.

Él había pensado que tenía ventaja, que pillaría a Nicole desprevenida y que, antes de que ella pudiera pensárselo, la habría convencido. Pero era ella la que lo había sorprendido.

¡Estaba embarazada!

Y de unos cuatro meses.

Estaba de pie delante de la elegante chimenea de la casa de los Bennett y observaba las llamas. Nicole le había prometido que se reuniría allí con él tan pronto como Tom se durmiera y sus padres, dándose por enterados de las indirectas que les había soltado, se habían ido a otra habitación a ver la televisión.

La cena había sido bastante tensa. Tommy estaba agotado y lleno de excitación. *Orejas*, que ya tenía el tamaño de un *pony* pequeño, había sido echada del comedor por revoltosa. Y Dan Bennett…

Bueno, no se podía decir que estuviera muy impresionado con el hombre que había ido a reclamar a su hija. Claro que, si estuviera en su lugar, él tampoco lo estaría. Sus últimas acciones no habían sido como para enorgullecerse.

Entonces se abrió una puerta tras él.

—Hola —dijo ella—. Lamento haber tardado tanto.

—Está bien. ¿Está Tom ya dormido?

—Como un tronco.

—¿Por qué no me lo has dicho? —dijo él, señalándole la barriga.

Ella se encogió de hombros.

—Quise esperar.

—¿A qué? ¿A que tu padre me tuviera en el punto de mira de una escopeta?

Ella lo miró y se sintió aliviada al ver que estaba sonriendo.

—Temía que te molestaras.

—¡Querida! —dijo él al tiempo que la abrazaba—. No estoy molesto. Si lo hubiera sabido, habría venido antes.

—Yo no quería que lo hicieras —dijo ella apartándose un poco—. No quise que te sintieras coaccionado. No nos separamos en muy buenos términos, Pierce. Tú creías que yo había abusado de tu buena fe…

—Estaba equivocado —respondió él, sentándose en el sofá y haciendo que ella lo hiciera en su regazo—. Para empezar, admito que estaba dolido. Traté de no amarte. Me marché e intenté agarrarme a mi pasado porque pensé que lo que tenía antes era mejor que nada de lo que tenía en el presente. Pero estaba equivocado. Ya no soy un marino, Nicole. Soy un hombre de familia y me alegro de ello. Y quiero tener un futuro contigo. ¿Es ya demasiado tarde para decirte que lo siento?

—No —susurró ella—. Yo también lo siento. Siento haberte dado motivos para que dudaras de mí.

—Deja de culparte a ti misma. Ahora que he logrado dejar a un lado mi orgullo, puedo darme cuenta de que, si me hubiera visto en tu lugar, yo también habría actuado como tú.

—No, no lo habrías hecho. Tú nunca habrías torcido así la verdad.

—Sí, lo he hecho. Me aparté de la verdad el día en que te dejé. Si me hubiera atrevido a ser sincero conmigo mismo entonces, habría admitido que no era en ti en quien temía confiar, sino en mí. Pero he descubierto que no se puede huir de los sentimientos.

Ella le abarcó el rostro entre las manos y le dijo entonces:

—Te doy mi palabra de honor que nunca más te mentiré ni te daré motivos para cuestionar tu fe en mí.

—¿Volverás a Morningside conmigo, Nicole? —le preguntó él, apoyándole la mano en el vientre—. ¿Te casarás conmigo y serás una madre para Tommy igual que para este hijo? ¿Me permitirás amarte y hacerte olvidar la tristeza que has sufrido este último año?

—Sí —respondió ella tomándole la mano.

Nicole había pensado que no la iba a besar nunca, pero por fin lo hizo.

—Te amo —dijo él.

—Y yo también te amo a ti. Y te amaré por siempre.

Fin